



Entre la India y Nueva Inglaterra, las historias en este extraordinario debut nos hacen cómplices de los viajes emocionales de los personajes, que buscan el amor traspasando las fronteras de las naciones y de las generaciones. Enriquecidas con detalles sensuales de la cultura india, estas historias abarcan el sentimiento universal de sentirse extranjero en alguna parte.

Premios Pulitzer 2000

* * *

Una medida temporal

Cuando el señor Pirzada venía a cenar

Intérprete de emociones

Un durwan de verdad

Sexy

LA CASA DE LA SEÑORA SEN

Esta casa está bendecida

El tratamiento de Bibi Haldar

El tercer y último continente

notes

* * *

Jhumpa Lahiri

Intérprete de emociones

Una medida temporal

EL aviso les informó de que la medida era temporal: durante cinco días les cortarían la electricidad por espacio de una hora, a partir de las ocho de la noche. La última tormenta de nieve había producido una avería en el suministro y los empleados de la compañía iban a acometer la reparación a primera hora de la noche, cuando el clima era algo más clemente. Su labor sólo afectaría a las casas de la tranquila calle puntuada de árboles, a tiro de piedra de una hilera de almacenes construidos en ladrillo rojo y una parada de tranvía, donde Shoba y Shukumar vivían desde hacía tres años.

—Por lo menos han avisado —concedió Shoba después de leer la nota en voz alta, más para sí misma que para Shukumar. Shoba dejó que la correa de su cartera escolar de cuero, henchida de originales, se deslizara de sus hombros; dejándola en el recibidor, se encaminó a la cocina. Vestía un impermeable azul marino de popelín sobre los grises pantalones de chándal y las blancas zapatillas deportivas; con treinta y tres años, su aspecto era el del tipo de mujer que una vez se prometiera que jamás llegaría a ser.

Shoba volvía del gimnasio. El lápiz de labios color arándano sólo era visible en el reborde externo de su boca, mientras que el delineador de ojos había dejado parches de carbonilla bajo sus pestañas inferiores. Ella a veces tenía esa pinta, pensó Shukumar, la mañana posterior a una fiesta o una velada en el bar, después de haberse mostrado demasiado perezosa para lavarse la cara, demasiado ansiosa de derrumbarse entre sus brazos. Sin mirar, Shoba dejó el fajo del correo sobre la mesa. Sus ojos seguían fijos en la nota que tenía en la otra mano.

—No entiendo por qué no hacen esas reparaciones durante el día.

—Cuando soy yo quien está en casa, quieres decir —observó Shukumar, ajustando la tapa sobre el cazo donde estofaba cordero, de modo que sólo escapara una mínima cantidad de vapor. Llevaba trabajando en casa desde enero, intentando completar los últimos capítulos de su tesis doctoral sobre las revueltas campesinas de la India—. ¿Cuándo empiezan con la reparación?

—19 de marzo, dice aquí. ¿Hoy es 19? —Shoba se acercó al tablero de corcho con marco que colgaba de la pared, junto a la nevera, vacío a excepción de un calendario decorado con diseños de papel pintado firmados por William Morris. Shoba contempló el calendario como si fuera la primera vez que lo viera, estudiando con atención el diseño de papel pintado que había en la parte superior antes de dejar que sus ojos se posaran en la retícula numerada de abajo. Un amigo les había enviado el calendario por correo como regalo navideño, y eso que ni Shoba ni Shukumar habían celebrado la Navidad ese año.

—Hoy mismo —anunció Shoba—. Por cierto, tienes visita al dentista el viernes que viene.

Shukumar repasó la superficie de sus dientes con la lengua; esa mañana se había olvidado de cepillarlos. No era la primera vez. No había salido de casa un minuto en todo el día, lo mismo que el día anterior. Cuanto más tiempo pasaba Shoba fuera del hogar, haciendo horas extraordinarias en el trabajo o emprendiendo nuevos proyectos, más ganas tenía él de quedarse en casa, sin salir siquiera para recoger el correo o comprar fruta o vino en las tiendas próximas a la parada del tranvía.

Seis meses atrás, en septiembre, Shukumar se encontraba en un congreso académico en Baltimore mientras Shoba seguía trabajando, a sólo tres semanas de la fecha prevista. Aunque él hubiera preferido no asistir al congreso, ella había insistido en que lo hiciera: relacionarse era importante, y al año siguiente le tocaría ingresar en el mercado de trabajo. Tras recordarle que había apuntado el teléfono de su hotel, su programa de actividades y sus horarios de vuelo, le dijo que ya había hablado con una amiga, Gillian, por si era preciso que ésta la condujese al hospital en caso de emergencia. Cuando el taxi se puso en camino al aeropuerto esa mañana, Shoba le despidió envuelta en su bata, con una mano posada en el túbulo de su vientre, como si éste fuera parte perfectamente natural de su organismo.

Cada vez que recordaba ese momento, la última vez que vio a Shoba embarazada, sus pensamientos se concentraban en el taxi, una ranchera pintada de rojo con el rótulo en letras azules. En comparación con su propio vehículo, el auto era de dimensiones cavernosas. Aunque Shukumar medía más de metro ochenta y tenía unas manos demasiado grandes incluso para descansar con comodidad en los bolsillos de sus vaqueros, en ese momento se sintió empequeñecido en el asiento trasero. Mientras el coche atravesaba Beacon Street, imaginó que un día él y Shoba tendrían que comprar su propia ranchera, para transportar a sus niños de un lado a otro, de las clases de música a las citas con el dentista. Shukumar se imaginó aferrando el volante mientras Shoba se volvía para entregar cartoncillos de zumo de frutas a los pequeños. Una vez estas imágenes de la paternidad le habían producido una inquietud que se sumaba a la ansiedad de seguir siendo un estudiante a los treinta y cinco años de edad. Pero esa mañana de comienzos de otoño, cuando en los árboles todavía se arracimaban las hojas del color del bronce, Shukumar por primera vez recibió la imagen con satisfacción.

Un miembro de la organización se las arregló para dar con él entre las idénticas salas de conferencia y le pasó una pequeña nota rígida y cuadrada. En ella sólo constaba un número de teléfono, pero Shukumar supo que se trataba del hospital. Cuando estuvo de vuelta en Boston, todo había terminado. El niño había nacido muerto. Shoba yacía en la cama, dormida, en una habitación individual tan angosta que apenas había espacio para estar de pie a su lado, en un ala del hospital que no les había sido mostrada durante su anterior visita como futuros padres. La placenta había cedido y habían tenido que hacerle una cesárea; sin embargo, ya era demasiado tarde. El doctor le explicó que eran cosas que pasaban. La sonrisa del médico era todo lo amable que puede ser una sonrisa dedicada a quien sólo se conoce a nivel profesional. Shoba estaría perfectamente recuperada en unas pocas semanas. Nada indicaba que no pudiera tener más hijos en el futuro.

Estos días Shoba siempre se había marchado ya cuando él se despertaba por la mañana. Shukumar abría los ojos, se encontraba con sus largos cabellos negros depositados sobre la almohada y la imaginaba, ya vestida, bebiendo la que sería ya su tercera taza de café, en su oficina en el centro, allí donde trabajaba buscando errores tipográficos en libros de texto, errores que señalaba con un código que cierta vez le detalló, valiéndose de una panoplia de lápices de colores. Según le había prometido, ella misma le corregiría la tesis cuando ésta estuviera lista. Shukumar envidiaba lo específico de su trabajo, tan distinto a la naturaleza elusiva del que él realizaba. Shukumar era un estudiante mediocre, dotado de facilidad para absorber los detalles sin aportar curiosidad. Hasta septiembre se había mostrado cumplidor, ya que no aplicado, en el resumen de capítulos y el bosquejo de líneas de argumentación en unos cuadernos de rayado papel amarillento. Pero ahora se quedaba en la cama de matrimonio hasta que el aburrimiento le vencía, contemplando el armario que Shoba siempre dejaba entreabierto, la hilera de americanas de tweed y pantalones de pana que ya no tendría que molestarse en combinar para dar clase ese semestre. Cuando el niño nació muerto, ya era demasiado tarde para que le liberasen de dar clase. Sin embargo, su tutor en el departamento había arreglado las cosas para que le liberaran de dar clase durante el semestre de primavera. Shukumar estaba en su sexto curso de posgrado.

—Entre ese semestre y el verano tendrás tiempo para echar el resto —había observado el tutor—. En septiembre deberías tenerlo todo a punto.

Pero Shukumar distaba de estar echando el resto. En este momento le daba vueltas al modo en que él y Shoba se habían convertido en expertos en evitarse entre las paredes de aquella casa de tres dormitorios, donde pasaban el mayor tiempo posible viviendo en pisos separados. Shukumar pensó que los fines de semana habían dejado de tener aliciente para él, ahora que ella pasaba horas sentada en el sofá absorta en sus carpetas y sus lápices de colores, de modo que él sentía aprensión a poner un disco en su propio hogar por miedo a parecer descortés. También pensó en el mucho tiempo transcurrido sin que ella le mirase a los ojos y le dedicara una sonrisa, o musitara su nombre en las raras ocasiones en que todavía buscaban el cuerpo del otro antes de caer dormidos.

Al principio creyó que todo pasaría, que de un modo u otro él y Shoba se las arreglarían para salir adelante. Shoba no tenía más que treinta y tres años. Era una mujer fuerte y se había recuperado bien, cosa que no servía de consuelo. Con frecuencia se acercaba la hora del almuerzo cuando Shukumar por fin se decidía a salir de la cama y acercarse a

la cafetera, en el piso de abajo, para servirse el resto de café que Shoba siempre dejaba para él en la encimera, al lado de una taza vacía.

* * *

Shukumar recogió las pieles de cebolla con ambas manos y las dejó caer en el cubo de la basura, sobre los recortes de grasa de cordero. Abrió el grifo del agua del fregadero, para que el cuchillo y la tabla de cortar se empaparan, y se frotó los dedos con medio limón a fin de eliminar el olor a ajo, truco que había aprendido de Shoba. Eran las siete y media. A través de la ventana contempló el cielo, negro y apagado como la brea. Desiguales bancadas de nieve continuaban alineándose en las aceras, si bien el tiempo más cálido permitía que la gente caminara sin guantes ni gorros. La última tormenta había dejado casi un metro de nieve, así que durante una semana la gente había tenido que andar en fila india por unas estrechas trincheras. Durante una semana, ésa había sido la excusa empleada por Shukumar para no salir de casa. Pero ahora las trincheras eran cada vez más anchas y el agua se escurría de forma sostenida por las rejillas del pavimento.

—El cordero no estará listo antes de las ocho —dijo Shukumar—. Me temo que cenaremos a oscuras.

—Podemos encender velas —sugirió ella. Shoba se soltó el cabello, que durante el día llevaba pulcramente recogido sobre la nuca, y se quitó las zapatillas sin desanudar los cordones—.

Voy a ducharme antes de que se vaya la luz —añadió, dirigiéndose a la escalera—. Ahora vuelvo.

Shukumar recogió el bolso y las zapatillas, que dejó al lado de la nevera. Shoba antes no era así. Antes ponía el impermeable en una percha, las zapatillas en el armario y pagaba las facturas nada más llegar éstas. Pero ahora pensaba en su casa como quien piensa en un hotel. El hecho de que el amarillo sillón de chintz que tenían en la sala de estar desentonara con los tonos azules y rojizos de la alfombra turca había dejado de preocuparle por completo. En el porche cubierto que había en la parte trasera de la casa, una gran bolsa de un blanco reluciente seguía abandonada sobre la chaise-longue de mimbre, llena de tela de encaje que una vez comprara a fin de confeccionar cortinas.

Mientras Shoba se duchaba, Shukumar bajó al baño del piso inferior y halló un cepillo de dientes sin usar en una caja junto al lavabo. Las cerdas baratas y rígidas hirieron sus encías, obligándole a escupir sangre en la pila. El cepillo nuevo era uno de tantos que había almacenados en una cesta metálica. Shoba los había adquirido cierta vez que los halló de oferta, por si alguna visita se quedaba a pasar la noche de modo inesperado.

Era típico de ella. Shoba pertenecía a ese tipo de personas que se preparan para las sorpresas, buenas y malas. Si encontraba una falda o un bolso de su agrado, compraba dos unidades. También guardaba las bonificaciones de su trabajo en una cuenta bancaria

independiente, bajo su propio nombre. Shukumar no le había dado mayor importancia. Su propia madre se había visto sin un céntimo después de la muerte de su padre, teniendo que abandonar la casa en que Shukumar había crecido para trasladarse otra vez a Calcuta, abandonando a Shukumar a su propia suerte. El apreciaba que Shoba fuera distinta. Su visión de futuro no dejaba de sorprenderle. Cuando era ella quien se encargaba de las compras, la despensa siempre estaba atestada de botellas adicionales de aceite de oliva o maíz, según les diera por cocinar platos italianos o indios. Siempre había infinidad de cajas de pasta de todas las formas y colores, sacos con cremallera repletos de arroz basmati, ijadas enteras de cabras y corderos adquiridas en las carnicerías musulmanas de Haymarket, troceadas y congeladas en un sinfín de bolsas de plástico. Uno de cada dos sábados se aventuraban por el laberinto de puestos que Shukumar tan bien llegó a conocer con el tiempo. El la contemplaba atónito mientras ella seguía comprando más comida, persiguiéndola con las bolsas de lona en la mano mientras ella se abría paso entre el gentío, discutiendo bajo el sol matinal con muchachos que aún no se afeitaban pero a quienes ya les faltaban dientes, muchachos que hacían malabarismos con las bolsas de papel marrón llenas de alcachofas, ciruelas, jengibres y boniatos, antes de pesarlas en la báscula y pasárselas a Shoba, una detrás de otra. A ella no la molestaban los empujones de la multitud, ni siquiera cuando estuvo embarazada. Era alta, de hombros anchos y caderas hechas para la maternidad, según las había definido el tocólogo. De regreso a casa, mientras el coche enfilaba la curva del río Charles, nunca dejaban de maravillarse ante la cantidad de comida que habían comprado.

La comida jamás se desperdiciaba. Cuando los amigos venían de visita, Shoba organizaba unas cenas cuya preparación parecía cosa de medio día, a partir de ingredientes congelados y envasados por ella misma, no de baratas latas de conservas, sino de pimientos que ella misma marinaba con romero, salsas estilo chutney que cocinaba los domingos removiendo hirvientes cazos repletos de tomates y ciruelas. Sus frascos de conservas se alineaban etiquetados en los estantes de la cocina en un sinfín de pirámides selladas, suficientes, estaban de acuerdo, para que sus nietos los probaran algún día. Ahora se los habían comido todos. Shukumar llevaba tiempo saqueando la despensa de forma metódica, preparando comidas para los dos, midiendo el arroz en tazas, descongelando bolsas de carne un día tras otro. Cada tarde repasaba los libros de cocina de Shoba y seguía sus instrucciones anotadas a lápiz a fin de emplear dos cucharadas de semillas de cilantro molidas en vez de una, lentejas rojas en vez de las amarillas. Cada receta exhibía una fecha, en referencia a la primera vez que habían comido el plato juntos. 2 de abril, coliflor con hinojo. 14 de enero, pollo con pasas y almendras. El no recordaba en absoluto haber probado esos platos, pero ahí estaban, anotados con su precisa letra de correctora. Shukumar le había cogido afición a la cocina en los últimos tiempos. Era lo único que todavía le hacía sentirse útil. Como sabía, si no fuera por él, Shoba se contentaría con cenar un tazón de cereales.

Hoy, sin electricidad, tendrían que comer juntos. Llevaban meses sirviéndose directamente de la cocina. Shukumar se llevaba el plato a su estudio, donde dejaba que la comida se enfriara sobre el escritorio antes de llevársela a la boca sin pausa. Por su parte, Shoba se llevaba su plato a la sala de estar, donde miraba algún concurso o corregía originales con su arsenal de lápices de colores cerca.

Shoba venía a visitarle en algún momento de la noche. Cuando Shukumar le oía llegar, escondía la novela que estaba leyendo y se ponía a teclear frases. Shoba ponía las manos

en sus hombros y unía su mirada a la suya, concentradas ambas en el destello azul de la pantalla del ordenador.

—No trabajes tanto —le decía después de uno o dos minutos, antes de ir a acostarse.

Era el único momento del día en que ella buscaba su presencia, un instante que desde hacía tiempo provocaba pavor en Shukumar. Sabía que Shoba se forzaba a ello. Ella dejaba vagar su mirada por las paredes de la habitación, que habían decorado el verano pasado con un ejército de patos y conejos desfilando al son de tambores y trompetas. A fines de agosto ya había una cuna de cerezo bajo la ventana, una blanca mesita de bebé con tiradores verdes y una mecedora con cojines a cuadros. Shukumar lo había desmantelado todo antes de traer a Shoba del hospital, encargándose de raspar los patos y conejos con ayuda de una espátula. Por alguna razón, la habitación no le angustiaba del modo que le angustiaba a ella. En enero, cuando dejó de trabajar en su cubículo de la biblioteca, instaló su escritorio allí de forma deliberada, en parte porque se sentía a gusto en la habitación, en parte porque Shoba evitaba entrar en ella.

* * *

Shukumar volvió a la cocina y empezó a abrir un cajón tras otro. Trataba de encontrar una vela entre las tijeras, las batidoras eléctricas y manuales, el mortero y su mano adquiridos en un bazar de Calcuta y empleados para machacar dientes de ajo y vainas de cardamomo cuando era ella quien cocinaba. Shukumar encontró una linterna, pero no pilas, así como una caja medio vacía de velas de cumpleaños. Shoba le había organizado una fiesta sorpresa por su cumpleaños, el mayo pasado. Ciento veinte personas habían abarrotado la casa, los mismos amigos y amigos de amigos que ahora evitaban de forma sistemática. Las botellas de vino verde portugués se apilaban en la bañera cubierta de hielo. En su quinto mes de embarazo, Shoba bebía ginger-ale en una copa de martini. Había preparado un pastel de vainilla con crema y azúcar hilado. Toda la noche la pasó con los largos dedos de Shukumar entrelazados con los suyos mientras paseaban entre los invitados de la fiesta.

Desde el pasado septiembre, su única visitante había sido la madre de Shoba. Venida de Arizona, se había quedado dos meses con ellos, después que Shoba volviera del hospital. La mujer hacía la cena todas las noches, conducía ella misma al supermercado y lavaba y ordenaba la ropa de la pareja. La madre de Shoba era una mujer religiosa. En un pequeño altar dispuso la imagen enmarcada de una diosa de rostro color lavanda y un plato con pétalos de caléndula, en una mesita del cuarto de los invitados, donde oraba dos veces al día, en demanda de nietos sanos en el futuro. La mujer se mostraba amable con Shukumar sin ser de veras amistosa. Cuando doblaba sus jerseys, lo hacía con la experiencia aprendida en sus años como empleada de gran almacén. También le cosió el botón que faltaba en su abrigo para el invierno y le tejió una bufanda beige y marrón que le entregó sin el menor atisbo de ceremonia, como si se tratara de una prenda recién descubierta caída en el suelo. Con él, nunca hablaba acerca de Shoba; cierta vez que él hizo mención a la muerte del bebé, ella alzó la mirada de la prenda que tejía y declaró:

—Pero si tú ni siquiera estabas allí...

A Shukumar le pareció extraño que no hubiera una sola vela corriente en toda la casa. Que Shoba no hubiera previsto tan común emergencia. Tras buscar un lugar donde disponer las velas de cumpleaños, se decidió por la tierra de una maceta de hiedra que normalmente reposaba en una repisa sobre el fregadero. Aunque la planta estaba a apenas centímetros del grifo, la tierra estaba tan reseca que debió regarla a fin de que las velas se mantuvieran erguidas. Shukumar echó a un lado los objetos que atestaban la mesa de la cocina, la pila de cartas del correo, los volúmenes prestados de la biblioteca y no leídos. Recordó las primeras comidas allí compartidas, cuando tan excitante les resultaba el matrimonio, por fin la vida en común en una misma casa, cuando tantas veces perdían la cabeza y se echaban el uno en brazos del otro, más ansiosos de hacer el amor que de alimentarse. Shukumar dispuso dos manteles individuales de encaje, regalo de bodas de un tío de Lucknow, y sacó los platos y las copas de vino que solían reservar para las visitas. A continuación puso la hiedra en el medio, las estrelladas hojas de reborde blanco rodeadas por diez velas diminutas. Conectó el aparato digital de radio y despertador, que ajustó en la onda de una emisora de jazz.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Shoba cuando bajó del baño. Una espesa toalla blanca envolvía sus cabellos. Desanudó la toalla y la dispuso en el respaldo de una silla, dejando que su cabellera húmeda y oscura descendiera espalda abajo. Caminando hacia el horno con gesto abstraído, liberó algunos rizos con sus dedos. Vestía unos pantalones de chándal limpios, una camiseta, una vieja bata de franela. Su estómago era otra vez liso, su cintura volvía a resultar estrecha junto a la explosión de las caderas, el cinturón de la bata estaba anudado con descuido.

Eran casi las ocho. Shukumar puso el arroz en la mesa y las lentejas de la noche anterior en el horno microondas, cuyo temporizador ajustó al momento.

—Has hecho rogan josh —observó Shoba, contemplando el estofado reluciente de pimentón a través de la transparente tapa del cazo.

Shukumar extrajo un pedazo de cordero, pellizcándolo con rapidez entre los dedos a fin de no quemarse. A continuación palpó un pedazo mayor con la cuchara de servir para cerciorarse de que la carne se soltaba bien del hueso.

—Ya está listo —anunció.

El microondas emitió su pitido justo cuando la luz se apagó y la música dejó de oírse.

—Ni hecho aposta —dijo Shoba.

—Sólo he encontrado velas de cumpleaños.

Shukumar iluminó la maceta de hiedra y dejó las demás velas y la carterilla de fósforos junto a su plato.

—No importa —respondió ella, pasando un dedo por el canto de su copa de vino—. Así es muy bonito.

En la penumbra, Shukumar supo cómo se sentaba ella, un poco hacia delante en la silla, los tobillos cruzados contra el travesaño inferior, el codo izquierdo sobre la mesa. Mientras buscaba las velas, Shukumar había encontrado una botella de vino en cierto cajón que pensó vacío. Afianzó la botella entre las rodillas y la abrió con el sacacorchos. A fin de no derramar el vino, alzó las copas y las situó sobre su regazo en el momento de llenarlas. Ambos se sirvieron, removiendo el arroz con los tenedores, guiñando los ojos al separar clavos y hojas de laurel del estofado. Cada pocos minutos, Shukumar prendía alguna nueva vela de cumpleaños, que emplazaba en la tierra del tiesto.

—Es como en la India —dijo Shoba, observándole mientras se las componía con su candelabro improvisado. A veces no hay corriente durante horas seguidas. Una vez tuve que atender toda una ceremonia del arroz en plena oscuridad. El bebé no hacía más que llorar y llorar. Seguro que hacía muchísimo calor.

Su niño jamás había llorado, meditó Shukumar. Su bebé jamás disfrutaría de una ceremonia del arroz, por mucho que Shoba hubiera elaborado una lista de invitados y hubiera decidido a cuál de sus tres hermanos le pediría servir al bebé su primer bocado sólido de comida, a los seis meses si se trataba de un niño, a los siete si era una niña.

—¿No está demasiado picante? —preguntó él. Empujó el iluminado de hiedra hacia el otro extremo de la mesa, junto a las pilas de libros y cartas, dificultando aún más la visión que tenían el uno del otro. De pronto le irritó no poder subir al piso de arriba y sentarse frente al ordenador.

—No. Está delicioso —respondió ella, tamborileando sobre su plato con el tenedor—. Muy bueno, de verdad.

Shukumar llenó de nuevo su copa de vino. Shoba le dio las gracias.

Antes no eran así. Ahora se veía obligado a luchar para decir algo que captara el interés de Shoba; algo que le hiciera levantar la mirada del plato o los originales que no dejaba de corregir. Con el tiempo había cedido en su empeño de distraerla. Había aprendido a convivir con el silencio.

—Me acuerdo de que cuando la corriente se iba en casa de mi abuela, era costumbre que todos tuviéramos que decir alguna cosa —continuó Shoba.

Shukumar apenas podía ver sus ojos, si bien su tono le decía que tenía los ojos entrecerrados, como si trataran de concentrarse en un objeto distante. Era un hábito que tenía.

—¿Qué tipo de cosa?

—No sé. Unos versos cortos. Un chiste. Un dato cualquiera acerca del mundo. Por alguna razón, mis parientes siempre querían que les dijera los nombres de mis amigas en América.

No sé por qué les interesaba tanto esa información. La última vez que vi a mi tía, me preguntó por cuatro chicas con quienes fui a la escuela en Tucson. Yo apenas si me acordaba de ellas.

Shukumar no había pasado tanto tiempo en la India como Shoba. Sus padres, que se habían establecido en New Hampshire, tenían la costumbre de volver de visita sin él. La primera vez que fue, siendo un niño pequeño, una disentería amébrica casi le cuesta la muerte. Su padre, hombre de carácter nervioso, tenía miedo de volver a llevarle con ellos, no fuera a pasarle algo otra vez, así que le dejaba en casa de sus tíos de Concord. Durante su adolescencia, Shukumar prefería pasar los veranos de campamento o vendiendo helado antes que de visita en Calcuta. No fue hasta la muerte de su padre, en su primer año en la universidad, cuando el país comenzó a interesarle y se dedicó a estudiar su historia en los libros de texto, como si se tratara de una asignatura más. Ahora le gustaría contar con sus propias experiencias infantiles de la India.

—¿Por qué no lo hacemos? —propuso ella de repente.

—¿Hacer, el qué?

—Decirnos algo en la oscuridad.

—¿Como qué? No me acuerdo de ningún chiste.

—No, no hablo de chistes. —Shoba pensó por un minuto—. ¿Por qué no nos decimos algo que nunca nos hayamos dicho antes?

—En la escuela jugábamos a un juego así —recordó Shukumar—. Cuando bebíamos más de la cuenta.

—Ya. Te refieres al juego de contar verdades. Pero yo quiero decir otra cosa. Muy bien, empiezo yo. —Shoba bebió un sorbo de vino—. La primera vez que estuve a solas en tu apartamento, espí en tu agenda de direcciones, para ver si habías apuntado la mía. Me parece que entonces hacía dos semanas que nos conocíamos.

—¿Dónde estaba yo?

—Al teléfono, en la habitación de al lado. Era tu madre, así que supuse que estarías ocupado un buen rato. Quería saber si mi consideración había ascendido del simple teléfono garrapateado en un margen del periódico.

—¿Y era así?

—No. Pero no me desanimé. Ahora te toca a ti.

Aunque no se le ocurría cosa alguna, ella esperaba que dijera algo. Shoba no se había mostrado tan vivaz en varios meses. ¿Qué podía decirle que no le hubiera dicho ya? Shukumar recordó su primer encuentro, cuatro años atrás, en una sala de conferencias en Cambridge, en el recital de un grupo de poetas bengalíes. El azar les había hecho sentarse el uno al lado del otro, en sendas sillas plegables de madera. Shukumar no tardó en aburrirse; incapaz de descifrar la literaria prosodia, le resultaba imposible unirse a los suspiros y solemnes asentimientos de cabeza con que el resto del público acogía determinadas frases. Ojeando con disimulo el diario que tenía sobre el regazo, estudió las temperaturas registradas en diversas ciudades del mundo. Treinta y dos

grados en Singapur el día de ayer, diez en Estocolmo. Cuando volvió el rostro a su izquierda, vio que la mujer sentada a su lado estaba ocupada en redactar una lista de la compra. Para su sorpresa, advirtió que la mujer era hermosa de veras.

—Muy bien —repuso él, acordándose—. La primera vez que fuimos a cenar, al restaurante portugués, olvidé darle propina al camarero. A la mañana siguiente volví, pregunté por su nombre y le dejé el dinero al encargado.

—¿Quieres decir que fuiste otra vez a Somerville, simplemente para dejarle la propina al camarero?

—Sí. Fui en taxi.

—¿Cómo es que olvidaste darle la propina?

Las velas de cumpleaños se habían apagado, pero Shukumar no tenía dificultad en percibir su rostro en la oscuridad, los ojos grandes y vivos, los labios llenos como uvas, la caída de la trona sufrida a los dos años, visible en la coma que señalaba su barbilla. Día a día, advirtió Shukumar, la belleza que antes le dejara anonadado parecía disiparse. El maquillaje que antes pareciera superfluo ahora resultaba necesario, no ya para subrayar sus facciones sino para prestarles cierta definición.

—Al final de la cena tuve la curiosa sensación de que acabaría casándome contigo —respondió él, admitiéndolo por primera vez ante sí, tanto como ante ella—. Supongo que eso me distrajo.

* * *

La noche siguiente, Shoba volvió a casa antes de lo habitual. Quedaba algo de cordero del día anterior, que Shukumar recalentó para que pudieran cenar a las siete. Ese día había salido de casa, entre la nieve que se derretía, y había comprado un paquete de velas largas y delgadas en la tienda de la esquina, junto con pilas para la linterna. Aunque ya tenía las velas dispuestas en la encimera, sobre unos candelabros de bronce en forma de flor de loto, comieron a la luz de la lámpara de pantalla de cobre que pendía sobre la mesa.

Cuando terminaron de cenar, Shukumar se sorprendió al ver que Shoba ponía un plato encima del otro y los llevaba al fregadero. Ya le hacía retirándose a la sala de estar, para buscar cobijo tras su barricada de originales.

—No te preocupes por los platos —dijo él, quitándoselos de las manos.

—Mejor hacerlo ahora —respondió ella, vertiendo una gota de jabón lavavajillas en la esponja—. Ya son casi las ocho.

A Shukumar se le aceleraron las pulsaciones. Llevaba todo el día esperando a que se fuera la luz. Pensó en lo que Shoba le revelara la noche anterior, sobre el día que espío su agenda de direcciones. Le gustaba recordar cómo era ella por entonces, atrevida y nerviosa a un tiempo la primera vez que se encontraron, también esperanzada. Hombro con hombro frente al fregadero, su mutuo reflejo encajaba entre el marco de la ventana. Shukumar se había sentido un tanto cohibido la primera vez que se miraron juntos al espejo. Ya no se acordaba de la última vez que alguien les había tomado una fotografía. Ahora habían dejado de ir a fiestas, ya no iban juntos a sitio alguno. La película encerrada en su cámara todavía contenía las imágenes de Shoba en el jardín, cuando estaba embarazada.

Cuando terminaron de fregar los platos, se acercaron a la encimera para secarse las manos, cosa que hicieron al unísono, valiéndose de ambos extremos del mismo paño de cocina. A las ocho en punto la casa se oscureció. Shukumar prendió los cabos de las velas; le sorprendieron las llamas, largas e inmóviles.

—Podemos sentarnos fuera —sugirió Shoba—. Aún no hace frío.

Armados con una vela cada uno, se sentaron en los peldaños del exterior. Resultaba curioso sentarse fuera, cuando la tierra aún exhibía parches de nieve. Pero esta noche todo el mundo había salido de casa, el aire fresco parecía animar a la gente. Las puertas se abrían y se cerraban. Una pequeña procesión de vecinos con linternas pasó frente a ellos.

—Vamos a la librería, a echar un vistazo —informó un hombre de cabello plateado. El hombre caminaba con su esposa, una mujer delgada y vestida con un impermeable, y llevaba a su perro de la correa. El matrimonio, Bradford de nombre, había dejado una tarjeta de felicitación en el buzón de Shoba y Shukumar en septiembre pasado—. He oído que hay luz en la librería.

—Mejor que la haya —bromeó Shukumar—, o echarán un vistazo a oscuras.

La mujer se echó a reír y pasó su brazo por el codo de su marido.

—¿Queréis venir con nosotros?

—No, gracias —respondieron Shoba y Shukumar a la vez. A Shukumar le sorprendió que sus voces sonaran al unísono.

Shukumar se preguntó qué le diría Shoba en la oscuridad. Algunas opciones nefastas ya le habían agujoneado la mente. Que tenía un lío con otro hombre. Que no podía respetarle: con treinta y cinco años, seguía siendo un estudiante. Que no le perdonaba que ese día estuviera en Baltimore, como no se lo perdonaba su madre. Pero él sabía que nada de eso era cierto. Shoba le era fiel, tanto como lo era él mismo. Ella creía en él. Fue ella quien insistió en que marchara a Baltimore. ¿Había algo que no supieran el uno del otro? Shukumar sabía de la tensión con que a ella se le agarrotaban los dedos de noche, con el cuerpo estremecido por los malos sueños. Sabía que prefería el melón dulce al ácido. Sabía que cuando volvieron del hospital lo primero que hizo ella al entrar en casa fue empezar a amontonar cosas de los dos en el recibidor: libros de los estantes, plantas de las repisas, cuadros de las paredes, fotos de las mesas, cazos y sartenes que

colgaban de su gancho sobre la cocina. Shukumar había preferido dejarla hacer, observándola moverse metódicamente de una habitación a otra. Una vez satisfecha, Shoba se quedó allí plantada, con la mirada fija en el montón que acababa de hacer, con los labios fruncidos en tal gesto de asco que Shukumar pensó que iba a soltar un escupitajo. En ese momento Shoba se echó a llorar.

Shukumar comenzaba a tener frío, sentado en los peldaños. Le parecía que lo justo era que ella hablase primero.

—La vez que tu madre vino a visitarnos —repuso ella por fin—, cuando te dije que saldría más tarde del trabajo, en realidad me fui con Gillian a tomar un martini.

Shukumar examinó su perfil, la nariz delgada, la configuración levemente masculina de la mandíbula. Recordaba bien esa noche: la cena con su madre, cansado después de dos horas de clase seguidas, deseando que Shoba estuviera allí, ella que siempre sabía decir las cosas que convenía, tan distinto a él, que sólo sabía meter la pata. Se cumplían doce años desde la muerte de su padre, y su madre había venido para pasar dos semanas con Shoba y él a fin de honrar juntos el recuerdo de su padre. Cada noche, su madre cocinaba algún plato preferido por su padre; sin embargo, el recuerdo le conmovía demasiado para probar bocado y sus ojos tendían a hincharse cada vez que Shoba acariciaba su mano.

—Es algo conmovedor —le había comentado Shoba a él por entonces. Ahora podía ver a Shoba junto a Gillian, en un bar con sofás de terciopelo rayado, el mismo al que solían ir después del cine, recordando al camarero que pusiera otra oliva en el martini, pidiéndole un cigarrillo a Gillian. La imaginó quejándose ante una Gillian que la comprendía y sabía lo que eran las visitas de la familia política. Gillian era quien había llevado a Shoba al hospital.

—Tu turno —recordó Shoba, cortando en seco sus pensamientos.

Shukumar oyó el sonido de un taladro al final de la calle; los empleados de la compañía hablaban a gritos para hacerse oír. Su mirada recorrió las fachadas de las casas que se alineaban en la calle. El destello de unas velas relucía en una ventana. A pesar de que el tiempo era cálido, el humo ascendía de la chimenea.

—Pues yo hice trampa en el examen de Civilizaciones orientales en la universidad —informó—. Eso fue en el último semestre, en los exámenes finales. Mi padre había muerto pocos meses atrás. Desde donde estaba, podía ver las respuestas del tipo sentado a mi lado. Este tipo era americano y un fenómeno que sabía urdú y sánscrito. Yo no me acordaba de si el verso que debíamos identificar era un ejemplo de ghazal o no, así que miré su respuesta y la copié.

El episodio había tenido lugar más de quince años atrás. Shukumar se sintió aliviado tras confesarlo.

Shoba se volvió hacia él, sin mirar su rostro, con la vista fija en sus mocasines, los viejos mocasines que calzaba como zapatillas de estar por casa, el cuero de la parte posterior aplastado de modo definitivo. Shukumar se preguntó si la revelación la habría incomodado. Shoba cogió su mano y la apretó con fuerza.

—No tenías que decirme por qué lo hiciste —apuntó, acercándose a él.

Siguieron sentados el uno junto al otro hasta las nueve en punto, cuando volvió la luz. Oyeron a algunos vecinos aplaudir desde sus porches; las televisiones se pusieron en funcionamiento. Los Bradford pasaron de regreso, con sendos cucuruchos de helado, y les saludaron con un gesto. Shoba y Shukumar les devolvieron el saludo. A continuación se pusieron en pie, la mano de Shoba todavía apretando la suya, y regresaron al interior.

* * *

De un modo u otro, sin hablarlo de forma explícita, la cosa había resultado así. Un intercambio de confesiones: pequeñas tonterías con que se habían herido mutuamente o a sí mismos.

Al día siguiente, Shukumar empleó horas en pensar qué iba a decirle a Shoba. Dudaba entre confesar que cierta vez arrancó la fotografía de una mujer de una de las revistas de modas a las que antaño estaba suscrita, fotografía que había llevado entre las páginas de sus libros durante una semana, o revelar que en realidad nunca perdió el chaleco de punto que ella le regalara por su tercer aniversario de boda, sino que lo cambió por dinero en metálico en la tienda de Filene para después emborracharse a solas en un bar de hotel en pleno mediodía. Con ocasión de su primer aniversario, Shoba le había regalado con una cena-buffet de diez platos, preparada en exclusiva para él. El chaleco le había deprimido.

—Mi mujer me ha regalado un chaleco de punto por nuestro aniversario de boda —había confesado al barman, con la cabeza espesa por el coñac.

—¿Y qué esperaba usted? —había respondido el barman—. En eso consiste el matrimonio.

En cuanto a la fotografía de la mujer, no sabía por qué la había arrancado de la revista. Menos guapa que Shoba, la mujer lucía un vestido blanco con lentejuelas, un rostro flaco y antipático y unas piernas hombrunas. Con los brazos alzados en el aire, con los puños junto a la cabeza, parecía como si se fuera a golpear en las orejas. Se trataba de un anuncio de medias de mujer. Shoba estaba embarazada por entonces, con el estómago repentinamente inmenso, hasta el punto de que Shukumar no quería ni tocarla. La primera vez que vio el anuncio, estaba en la cama junto a ella, contemplándola mientras leía. Cuando más tarde vio la revista en el montón de papeles para reciclar, dio con la mujer y arrancó su imagen con sumo cuidado. Durante una semana se permitió echarle una miradita al día. La mujer le producía un intenso deseo, un deseo, sin embargo, que se convertía en asco después de un minuto o dos. Era lo más cerca que había estado del adulterio.

Shukumar habló a Shoba del jersey en la tercera noche; de la fotografía en la cuarta. Ella no hizo comentario alguno mientras él hablaba, no efectuó protesta o reproche en

absoluto. Se contentó con escucharle y, por fin, apretar su mano con la misma fuerza de antes. En la tercera noche, ella le confesó que cierta vez, después de una conferencia a la que habían asistido juntos, no hizo nada por advertirle que tenía una mancha de paté en la barbilla cuando se dirigió a hablar con el catedrático. Irritada con él por un motivo u otro, le dejó explayarse de forma interminable sobre la beca que necesitaba para el siguiente semestre sin tan sólo llevarse el dedo a la propia barbilla a fin de avisarle. En la cuarta noche, le reveló lo poco que le gustaba el único poema que él había publicado en su vida, escrito aparecido en una revista literaria de Utah. Shukumar había escrito ese poema poco después de conocer a Shoba. Según añadió ella ahora, el poema siempre le había parecido demasiado sentimental.

Algo sucedía cuando la casa estaba a oscuras. De nuevo se veían capacitados para hablar el uno con el otro. La tercera noche, después de cenar se sentaron en el sofá; cuando se fue la luz, Shukumar la besó con timidez en la frente y el rostro; aunque estaba a oscuras, cerró los ojos, a sabiendas de que ella también cerraba los suyos. La cuarta noche subieron al piso de arriba con paso cuidadoso, a la cama, tanteando a medias el último escalón antes del rellano, para hacer el amor con una desesperación que habían olvidado. Shoba lloró en silencio y musitó su nombre, mientras repasaba la línea de sus cejas en la oscuridad. Mientras le hacía el amor, Shukumar se preguntó qué le diría él la próxima noche, y qué le diría ella, excitándose ante la perspectiva.

—Abrázame —ordenó—. Abrázame fuerte.

Ambos dormían ya cuando la luz regresó en el piso de abajo.

* * *

En la mañana del quinto día, Shukumar encontró un nuevo aviso de la compañía eléctrica en el buzón. El suministro había sido reparado antes de lo previsto, decía. Se sintió decepcionado. Aunque tenía previsto preparar malai de gambas para Shoba, cuando llegó a la tienda ya no tenía ganas de cocinar. No era lo mismo, meditó, sabiendo que ya no se iría la luz. En la tienda, las gambas eran pequeñas y grisáceas. La lata de leche de coco estaba cubierta de polvo y era carísima. Con todo, las compró. También adquirió una vela de cera de abejas y dos botellas de vino.

Shoba volvió a casa a las siete y media.

—Me parece que nuestro juego toca a su fin —dijo él, al verla leer el aviso.

Shoba le miró.

—Todavía puedes encender las velas, si te apetece.

Shoba no había ido al gimnasio esa tarde y vestía una americana bajo la gabardina. Hacía poco que se había retocado el maquillaje.

Cuando Shoba subió a cambiarse, Shukumar se sirvió algo de vino y puso un disco de Thelonus Monk que sabía que a ella le gustaba.

Después de que Shoba volviera, cenaron juntos. Ella no le dio las gracias por la cena ni le hizo cumplido alguno. Simplemente, se limitaron a cenar en una habitación en penumbra, al hálito de una vela de cera de abejas. Habían sobrevivido a una temporada difícil. Acabaron con las gambas. Acabaron la primera botella de vino y destaparon la segunda. Siguieron sentados juntos hasta casi consumirse la vela. Shoba se movió en su silla y Shukumar pensó que le iba a decir alguna cosa. En lugar de eso, Shoba apagó la vela de un soplido, se levantó, conectó el interruptor de la luz y volvió a sentarse.

—¿No sería mejor dejar la luz apagada? —preguntó Shukumar.

Shoba puso el plato a un lado y unió las manos sobre la mesa.

—Quiero que me mires a la cara cuando oigas lo que voy a decirte —repuso ella con calma.

El corazón de Shukumar latió con fuerza. El día que le comunicó su embarazo, Shoba había empleado las mismas palabras exactas, que pronunció en el mismo tono calmo tras apagar el partido de baloncesto televisado que él se entretenía en contemplar. Esa vez le pilló desprevenido. Pero ahora no era así.

Sin embargo, no quería saber de un nuevo embarazo. No quería verse obligado a mostrar felicidad.

—He estado buscando un apartamento para mí. Ya lo he encontrado —declaró ella, concentrando la mirada, según parecía, en un punto situado tras el hombro izquierdo de Shukumar. No cabía culpar a nadie, continuó. Los dos ya lo habían pasado bastante mal. Necesitaba estar sola un tiempo. Sus ahorros le llegaban para financiar la entrada del piso. El apartamento estaba en Beacon Hill, así que ahora podría ir andando al trabajo. Había firmado el contrato esa misma noche, antes de volver a casa.

Shoba insistía en no mirarle, pero Shukumar tenía los ojos clavados en ella. Estaba claro que tenía el discurso bien ensayado. Llevaba tiempo buscando piso, comprobando la presión del agua, preguntando a este y otro agente de la propiedad si el alquiler incluía la calefacción y el agua caliente.

Shukumar sintió náuseas al pensar que todas estas noches no había hecho sino prepararse para una vida sin él. Aunque se sentía aliviado, la náusea no le abandonaba. Esto era lo que Shoba había estado tratando de decirle las últimas cuatro noches. Aquí estaba la clave de su juego.

Ahora le tocaba hablar a él. Había algo que se había prometido no revelarle jamás, y durante seis meses había hecho todo lo posible por apartarlo de su mente. Antes de la exploración por ultrasonidos, Shoba había pedido al médico que no le dijera el sexo de su hijo, cosa que había acordado con Shukumar. Ella había querido saberlo por sorpresa.

Más tarde, las pocas veces que habían hablado sobre lo sucedido, Shoba le había dicho que al menos se habían quedado sin saberlo. En cierto modo, ella se enorgullecía de la

decisión que había tomado, que le permitía hallar cierto consuelo en el misterio. Shukumar sabía que ella asumía que la cuestión también era un misterio para él. Cuando él llegó de Baltimore, ya era demasiado tarde, todo había pasado y Shoba yacía en la cama del hospital. Pero Shukumar no había llegado tan tarde. Había llegado justo a tiempo para ver al bebé y sostenerlo en sus brazos antes de la incineración. Al principio dio un respingo cuando se lo sugirieron, pero el médico le dijo que sostuviera al bebé entre sus brazos, que acaso más adelante eso le ayudaría a superar el dolor. Shoba dormía. El bebé había sido limpiado a conciencia, sus párpados bulbosos aparecían cerrados al mundo para siempre.

—Era niño —declaró—. Su piel era más rojiza que marrón. El pelo de su cabeza era negro. Pesaba casi dos kilos y medio. Tenía los dedos agarrotados, como tú cuando duermes.

Shoba por fin fijó su mirada en él. Su rostro estaba contraído por el dolor. Shukumar había hecho trampa en un examen de la facultad y arrancado de una revista la imagen de una mujer. Había devuelto un jersey para emborracharse en pleno día. Era lo que él le había confesado. Shukumar había tenido al niño en brazos —el mismo niño que sólo había conocido la vida en el seno de su vientre—, contra su pecho en un cuarto oscuro en un ala desconocida del hospital. Lo había tenido en brazos hasta que una enfermera llamó a la puerta y se lo llevó, prometiéndose entonces que jamás se lo diría a Shoba, pues entonces todavía la amaba, y se trataba de la única vez en su vida que ella había deseado recibir una sorpresa.

Shukumar se levantó y puso su plato sobre el de ella. Llevó los platos al fregadero, pero en vez de abrir el grifo se quedó mirando por la ventana. En el exterior, la noche todavía era cálida; los Bradford paseaban cogidos del brazo. Mientras contemplaba a la pareja, en la cocina se hizo la oscuridad. Shukumar se volvió. Shoba había apagado la luz. Ella volvió a la mesa y se sentó. Al cabo de un momento, Shukumar se sentó a su lado. Ambos se echaron a llorar a la vez, por las cosas que ahora sabían.

Cuando el señor Pirzada venía a cenar

EN el otoño de 1971, un hombre solía venir por nuestra casa con golosinas en los bolsillos y la esperanza de determinar si su familia estaba viva o muerta. Era el señor Pirzada, oriundo de Dacca, la actual capital de Bangladesh, entonces parte de Pakistán. Ese año Pakistán estaba sumido en la guerra civil. La frontera oriental, donde Dacca estaba enclavada, luchaba por su autonomía contra el régimen gobernante en el oeste. En marzo, Dacca fue invadida, incendiada y bombardeada por el ejército pakistaní. A empellones, los maestros fueron sacados a la calle y fusilados. Las mujeres fueron arrastradas a los barracones para ser violadas. A fines de ese verano, se hablaba de trescientos mil muertos. En Dacca, el señor Pirzada tenía una casa de tres pisos, un

empleo como profesor de botánica en la universidad, una mujer con quien llevaba veinte años casado y siete hijas de entre seis y dieciséis años cuyos nombres de pila comenzaban por la letra A.

—La idea fue de su madre —explicó un día, mientras sacaba de la cartera la fotografía en blanco y negro de siete niñas en un picnic, las trenzas orladas con lazos, sentadas en hilera con las piernas cruzadas, comiendo pollo con curry en hojas de banano—. ¿Cómo puedo saber cuál es cuál? Ayesha, Amira, Amina, Aziza... La cosa es complicada.

Una vez por semana, el señor Pirzada escribía a su mujer y enviaba tebeos a cada una de sus siete hijas, pero, como casi todo en Dacca, el correo había dejado de funcionar y el señor Pirzada llevaba más de seis meses sin saber de ellas. A todo esto, el señor Pirzada estaba todo el año en América después de que el gobierno de Pakistán le hubiera concedido una beca para estudiar el follaje de Nueva Inglaterra. La primavera y el verano los había pasado recabando datos en Vermont y Maine; en otoño se había trasladado al norte de Boston, a la ciudad universitaria donde residíamos, para escribir un pequeño tratado sobre sus descubrimientos. La beca recibida constituía un gran honor, pero, una vez convertida en dólares, distaba de ser generosa. En consecuencia, el señor Pirzada vivía en una habitación de la residencia para alumnos, sin cocina o televisor propios. Por eso venía a nuestra casa, a cenar y ver el noticiario de la noche.

Al principio yo no tenía idea de su razón para visitarnos. Yo tenía diez años y no me sorprendía que mis padres, nativos de la India y con varios conocidos indios en la universidad, invitaran al señor Pirzada a cenar. La universidad era pequeña, de estrechos caminitos de ladrillo rojo y blancos edificios columnados, y estaba situada en las afueras de una población que parecía aún menor. El supermercado no contaba con aceite de mostaza, los médicos no visitaban a domicilio, los vecinos nunca se acercaban por casa sin ser invitados; eran cosas sobre las que mis padres se quejaban con frecuencia. Ansiosos de dar con paisanos, al comienzo de cada semestre solían repasar con el dedo las columnas del directorio universitario, marcando con un círculo los apellidos oriundos de su parte del mundo. Así fue como descubrieron al señor Pirzada, a quien telefonearon e invitaron a visitarnos.

No me acuerdo bien de su primera visita, ni de la segunda o la tercera, pero a fines de septiembre ya estaba tan acostumbrada a la presencia del señor Pirzada en nuestra sala de estar que, una noche, mientras ponía cubitos de hielo en la jarra del agua, pedí a mi madre que me pasara un cuarto vaso del armario, al que yo todavía no alcanzaba. Ocupada en cocinar una sartén de espinacas fritas con rábanos, mi madre no me oyó, ensordecida por el zumbido del extractor de humos y las poderosas rascadas de su espátula. Me volví hacia mi padre, que estaba apoyado sobre la nevera, comiendo anacardos picantes a puñados.

—¿Qué quieres, Lilia?

—Un vaso para el señor de la India.

—El señor Pirzada no vendrá hoy. Y, otra cosa más importante, no se puede hablar del señor Pirzada como de un indio —anunció mi padre, sacudiéndose la sal de los anacardos que espolvoreaba su barba negra y recortada—. Por lo menos, no desde la Partición. Nuestro país fue dividido en dos en 1947.

Cuando respondí que yo creía que ésa era la fecha en que nuestro país se había independizado de Gran Bretaña, mi padre dijo:

—También lo es. Nada más ganar la libertad, nos vimos partidos en dos —explicó, trazando una X sobre la encimera con su dedo—. Como si fuéramos un pastel. Aquí, los hindúes, allí, los musulmanes. Dacca ya no nos pertenece.

Según me refirió, durante la Partición, hindúes y musulmanes se habían dedicado a quemar las casas del otro. A muchos de ellos les seguía resultando impensable la idea de comer en la misma mesa.

Aquello no tenía sentido para mí. El señor Pirzada hablaba el mismo idioma, se reía con los mismos chistes y tenía el mismo aspecto que mis padres. Como ellos, acompañaba sus comidas con mango picante y cada noche cenaba arroz, que se servía con la mano. Como mis padres, el señor Pirzada se descalzaba al entrar en una habitación, mascaba semillas de hinojo después de comer para favorecer la digestión, se abstenía del alcohol y se contentaba con unos austeros postres de galletas bañadas en el té. Con todo, mi padre insistió en que tenía que comprender las diferencias que nos separaban, para lo que me llevó ante el mapamundi que presidía la pared de su escritorio. Parecía preocuparle la posibilidad de que el señor Pirzada se ofendiera si yo le trataba de indio, y eso que a mí me parecía improbable que el señor Pirzada se ofendiera por cosa alguna.

—El señor Pirzada es bengalí, pero también es musulmán —me informó mi padre—. Por eso viene del Pakistán Oriental, y no de la India. —Su dedo cruzó el Atlántico y recorrió Europa, el Mediterráneo y Oriente Medio hasta llegar al enorme diamante anaranjado que mi madre una vez me describiera como una mujer vestida con un sari y con el brazo extendido. Algunas ciudades aparecían marcadas con un círculo y conectadas por una línea, denotando los viajes de mis padres y el lugar de su nacimiento; Calcuta, señalada con una pequeña estrella de plata. Yo sólo había estado allí una vez, y no tenía recuerdo del viaje.

—Ya lo ves, Lilia, es un país diferente, de otro color —dijo mi padre.

Pakistán aparecía en amarillo, no en naranja. Observé que estaba dividido en dos partes, una de ellas mucho mayor que la otra, separadas por una gran extensión de territorio indio; como si California y Connecticut formasen una nación diferenciada de Estados Unidos.

Los nudillos de mi padre repiquetearon levemente sobre mi cabeza.

—Por supuesto, habrás oído cómo está la situación hoy día. Sabrás que Pakistán Oriental está luchando por su soberanía...

Dije que sí con la cabeza, sin tener idea de dicha situación.

Volvimos a la cocina, donde mi madre se ocupaba en colar el arroz hervido. Mi padre abrió una lata que había sobre la encimera y fijó la mirada en mí sobre la montura de sus gafas, sin dejar de servirse más anacardos.

—¿Qué es lo que aprendes ahora en la escuela? ¿Historia? ¿Geografía?

—Lilia tiene mucho que aprender en la escuela —apuntó mi madre—. Ahora vivimos aquí; ella ha nacido aquí.

Mi madre parecía de veras orgullosa de eso, como si la cosa formara parte de mi carácter. Según pensaba, y a mí no se me escapaba, yo podía contar con una existencia segura, una vida fácil, una buena educación, todo tipo de oportunidades en la vida. Nunca tendría que alimentarme bajo racionamiento, sufrir un toque de queda, contemplar unos disturbios desde mi tejado o esconder a un vecino en el depósito del agua para salvarle del fusilamiento, como ella y mi padre habían tenido que hacer.

—Con lo que nos ha costado encontrarle una escuela decente. La pobre tiene que estudiar hasta cuando hay apagón, a la luz de un quinqué. La pobre no para, con tanto examen y tanto tutor. —Mi madre pasó la mano por sus cabellos, recogidos en un moño adecuado a su trabajo a tiempo parcial como cajera en un banco—. ¿Cómo quieres que sepa alguna cosa sobre la Partición? Y deja de comer anacardos de una vez.

—Pero ¿qué es lo que les enseñan sobre el mundo? —Mi padre agitó la lata de anacardos en su mano. ¿Que es lo que aprende en la escuela?

Aprendíamos la historia de Estados Unidos, por supuesto, así como la geografía de Estados Unidos. Ese año, y todos los años, por lo que parecía, empezábamos por estudiar la guerra de Independencia. Los autobuses escolares nos llevaban de excursión a la roca de Plymouth, el sendero de la Libertad y el monumento situado en la cima de Bunker Hill. Con papel recortable de colores, hacíamos dioramas en los que mostrábamos a George Washington en el momento de cruzar las revueltas aguas del río Delaware y hacíamos muñecos en los que se representaba al rey Jorge con medias blancas y un lazo negro en el pelo. En los exámenes nos daban mapas en blanco de las trece colonias, que debíamos completar con nombres, fechas, capitales. Era algo que yo sabía hacer con los ojos cerrados.

* * *

La noche siguiente, el señor Pirzada llegó a las seis en punto, como de costumbre. Aunque ya no eran extraños, desde la primera vez que se conocieran, mi padre y él tenían por costumbre saludarse con un formal apretón de manos.

—Pase usted, amigo mío. Lilia, el abrigo del señor Pirzada, por favor.

El señor Pirzada entró en el recibidor, impecablemente vestido con su traje y bufanda, con una corbata de seda anudada al cuello. Cada noche se presentaba ataviado en similares tonos marrón chocolate, aceituna o ciruela. Hombre robusto, aunque tenía los pies planos y la barriga algo prominente, siempre se las arreglaba para mantener el porte erguido, como si cargara a perpetuidad con una maleta de peso similar en cada mano. De sus orejas brotaban sendas matas de pelo gris que parecían protegerle del

desagradable tráfico de la vida, Tenía ojos de espesas pestañas sombreados por un trazo de alcanfor, unos generosos mostachos juguetonamente erectos en las puntas y una verruga similar a una pasa aplastada en el centro justo de la mejilla izquierda. En la cabeza vestía un fez negro confeccionado con lana de cordero persa y asegurado con horquillas, del que jamás le vi descubierto. Aunque mi padre siempre se ofrecía a recogerle en coche, el señor Pirzada prefería venir caminando desde su residencia, a unos veinte minutos de nuestro barrio, estudiando los árboles y arbustos por el camino; cuando por fin llegaba a casa, tenía los nudillos sonrosados por obra del frío aire del otoño.

—Me temo que soy un nuevo refugiado en territorio indio.

—Se habla de nueve millones de ellos, según el último recuento —comentó mi padre.

El señor Pirzada me pasó su abrigo, pues a mí me incumbía colgarlo de la percha que había al pie de la escalera. El abrigo estaba confeccionado en lana gris y azul de excelente calidad, tenía el forro rayado y botones de cuerno, así como un leve aroma a lima en su tejido. No exhibía marca alguna en su interior, a excepción de una etiqueta cosida a mano que proclamaba «Z. Sayed, Sastrería», en una cursiva bordada en lustroso hilo negro. Algunos días, una hoja de arce o abedul aparecía encajada en un bolsillo. El señor Pirzada se desató los zapatos y los puso junto al zócalo. Una pasta dorada aparecía fijada a las punteras y tacones como resultado de caminar a través de nuestro jardín húmedo y sembrado de hojas. Tras librarse de toda la parafernalia, el señor Pirzada acarició mi garganta con sus dedos cortos e inquietos, como quien tantea la solidez de una pared antes de clavar un clavo. A continuación siguió a mi padre hasta la sala de estar, donde la televisión desgranaba las noticias locales. Nada más sentarse ambos, mi madre salió de la cocina con un platillo de kebabs de carne especiada acompañados con salsa chutney con cilantro. El señor Pirzada se llevó uno a la boca.

—Me gustaría pensar —añadió, cogiendo un segundo kebab— que los refugiados de Dacca reciben tan magnífica alimentación. Por cierto, ahora que me acuerdo... —El señor Pirzada rebuscó en el bolsillo de su americana y me entregó un pequeño huevo de plástico lleno de corazones de canela—. Para la señora de la casa —declaró, con una casi imperceptible reverencia sobre sus pies planos.

—Es usted un caso, señor Pirzada —protestó mi madre—. Cada noche, lo mismo. La mimas demasiado.

—Me gusta mimar a quien, como ella, nunca será una niña mimada.

Era un momento curioso para mí, un momento para el que siempre me preparaba con una mezcla de aprensión y deleite. Aunque me encantaba estar frente a la voluminosa elegancia del señor Pirzada y me halagaba la leve teatralidad de sus atenciones, me desazonaba la extraordinaria soltura de sus gestos, que, por un instante, me llevaban a pensar en mí como en una extraña en mi propio hogar. La cosa se había convertido en un ritual entre nosotros, y, durante bastantes semanas, antes que estuviéramos más acostumbrados el uno al otro, era la única ocasión en que se dirigía a mí directamente. Yo no tenía respuesta, no ofrecía comentario ni dejaba escapar reacción visible a la continua sucesión de caramelos rellenos de miel, trufas de frambuesa y rollos de pastillas para la tos. Ni siquiera podía darle las gracias; la única vez que lo hice, con

ocasión de un espectacular chupa-chups de menta envuelto en retorcido celofán púrpura, su respuesta fue:

¿A qué vienen tantos agradecimientos? La cajera del banco me da las gracias, el encargado de la tienda me da las gracias, la bibliotecaria me da las gracias cuando le devuelvo un libro con retraso, la operadora de internacional me da las gracias cuando intento hablar con Dacca y no consigue conexión. Si me llegan a enterrar en este país, no dudo que me darán las gracias en mi propio funeral.

No me parecía adecuado consumir de cualquier manera las golosinas que me regalaba el señor Pirzada. Acariciaba el tesoro de todas las noches como lo haría con una joya, o una moneda de algún reino olvidado, disponiéndolo en una cajita trabajada en madera de sándalo junto a mi cama, la misma que, mucho tiempo atrás, en la India, la madre de mi madre empleaba para guardar las nueces de areca molidas que consumía después del baño matinal. Era el único recuerdo que tenía de una abuela a quien nunca conocí, y hasta que el señor Pirzada apareció en nuestras vidas, nunca había sabido qué poner en su interior. De vez en cuando, antes de cepillarme los dientes y preparar mi uniforme escolar para el día siguiente, abría la tapa de la cajita y comía alguno de sus caramelos.

Esa noche, como todas las noches, no cenamos en la gran mesa del comedor, pues desde allí no se podía ver bien la televisión. En vez de eso, nos agrupamos en torno a la mesita de café, sin conversar, con los platos encajados sobre las rodillas. Mi madre trajo de la cocina la sucesión de manjares: lentejas con cebolla frita, judías verdes con coco, pescado cocinado con pasas acompañado de salsa de yogur. Yo venía detrás con los vasos de agua, el plato con las rodajas de limón y los pimientos picantes, comprados durante la excursión mensual al barrio chino y almacenados por kilos en el congelador, los que todos gustaban de abrir y machacar con el tenedor sobre sus platos.

Antes de comer, el señor Pirzada siempre hacía algo curioso. Del bolsillo de la pechera extraía un sencillo reloj de plata, sin correa, que acercaba por un momento a una de sus orejas peludas y le daba cuerda con tres rápidos giros de su índice y pulgar. A diferencia de su reloj de pulsera me explicó—, este reloj de bolsillo estaba ajustado a la hora local de Dacca, once horas de adelanto. Durante toda la cena, el reloj descansaba en su doblada servilleta de papel sobre la mesita. El señor Pirzada nunca parecía consultarlo.

Ahora que sabía que el señor Pirzada no era indio, me puse a estudiarlo con mayor atención, tratando de descubrir qué cosas eran las que le hacían diferente. Según concluí, el reloj de bolsillo era una de ellas. Esa noche, cuando le vi darle cuerda y disponerlo sobre la mesa, me sentí poseída por cierta inquietud; la vida, me daba cuenta, tenía lugar en Dacca antes que en cualquier otro sitio. Me imaginé a las hijas del señor Pirzada levantándose por la mañana, prendiéndose lazos en el pelo, con ganas de desayunar, preparándose para la escuela. Nuestras comidas, nuestros actos, no eran sino una sombra de lo que allí ya había sucedido, un rezagado remedo del lugar al que el señor Pirzada de veras pertenecía.

A las seis y media, hora en que comenzaba el noticiario nacional, mi padre subió el volumen y ajustó las antenas. Yo normalmente prefería distraerme con un libro, pero esa noche mi padre insistió en que prestara atención. En la pantalla se veían unos tanques que cruzaban por calles polvorientas, así como edificios en ruinas y bosques de árboles desconocidos para mí donde se escondían los refugiados de Pakistán Oriental, ansiosos

de hallar cobijo al otro lado de la frontera india. Vi barcos de vela en forma de abanico que navegaban sobre anchos ríos color café con leche, una universidad protegida por las barricadas, la sede de un periódico que había ardido hasta los cimientos. Me volví para mirar al señor Pirzada; las imágenes relucían en miniatura sobre sus ojos. Mientras contemplaba la televisión, exhibía una expresión inmóvil en el rostro, como si alguien le estuviera proporcionando las indicaciones precisas para llegar a un destino desconocido.

Durante los anuncios, mi madre fue a la cocina, a por más arroz, y mi padre y el señor Pirzada se lamentaron acerca de la política de cierto general Yahyah Khan. Hablaron de intrigas desconocidas para mí, de una catástrofe cuyo alcance se me escapaba.

—Fíjate, los niños de tu edad, lo que tienen que hacer para sobrevivir —apuntó mi padre, sirviéndome un nuevo trozo de pescado. Pero yo ya no podía dar bocado. Lo único que podía hacer era mirar de reojo al señor Pirzada, sentado a mi lado con su chaqueta verde oliva, calmosamente ocupado en trazar un pozo en su arroz donde insertar una segunda ración de lentejas. Su conducta no respondía a lo que yo esperaba de un hombre preocupado por tan graves cuestiones. Me pregunté si la razón por la que siempre iba tan bien vestido respondía a la necesidad de atender con dignidad cualquier evento inesperado, quizá incluso la de presentarse en un funeral en el momento menos pensado. También me pregunté qué sucedería si de pronto sus siete hijas aparecieran en televisión sonriendo, saludando y enviando besos a su padre desde un balcón. Imaginé lo aliviado que se sentiría. Pero eso nunca sucedió.

Esa noche, cuando puse el huevo de plástico lleno de corazones de canela en la cajita que tenía junto a la cama, no sentí la ceremoniosa satisfacción de otras ocasiones. Yo intentaba no pensar en la posible conexión existente entre el señor Pirzada, el del abrigo que olía a lima, y el mundo caótico y asfixiante que habíamos visto pocas horas antes en nuestra bien iluminada sala de estar cubierta de alfombras. Y, sin embargo, durante largo rato fui incapaz de pensar en otra cosa. Mi estómago se contrajo cuando me pregunté si su mujer y sus siete hijas formarían parte de la multitud vociferante y sin rumbo mostrada a intervalos en la pantalla. Tratando de ahuyentar el pensamiento, volví la mirada en torno a mi cuarto, a la cama amarilla con baldaquín y cortinas a juego con volantes, a las fotografías escolares enmarcadas, clavadas en las paredes empapeladas en blanco y violeta, a las inscripciones a lápiz junto a la puerta del armario, allí donde mi padre señalaba mi altura a cada nuevo cumpleaños. Sin embargo, cuanto más trataba de abstraerme, más me convencía de la probabilidad de que la familia del señor Pirzada estuviera muerta. Al cabo de un rato seleccioné una pastilla de chocolate blanco de la cajita, le quité el papel y, al fin, hice algo que nunca había hecho hasta entonces. Me llevé el chocolate a la boca, aguanté hasta que se fundió por completo y, finalmente, mientras lo mascaba con lentitud, recé por que la familia del señor Pirzada estuviera bien y a salvo de todo mal. Nunca antes había rezado por cosa alguna, nunca me habían enseñado o animado a hacerlo, pero en ese momento, dadas las circunstancias, me pareció algo a realizar. Esa noche, cuando fui al baño me contenté con fingir que me cepillaba los dientes, por miedo a que si me los cepillaba de veras, mi rezo de algún modo se perdiera en el enjuague. Mojó el cepillo y moví el tubo de pasta de dientes para que mis padres no me vinieran con preguntas, y me dormí con el azúcar en la lengua.

* * *

En la escuela, nadie hacía mención a la guerra tan atentamente seguida en mi sala de estar. Seguimos con el estudio de la guerra de Independencia y aprendimos lo injusto que era un sistema de impuestos cuando no se admitía la representación política, amén de memorizar pasajes enteros de la Declaración de Independencia. A la hora del recreo, los chicos formaban dos bandos y se perseguían con salvajismo entre columpios y balancines, los casacas rojas contra las colonias. En clase, nuestra profesora, la señora Kenyon, señalaba con frecuencia al mapa que emergía como una pantalla de cine sobre la pizarra, describiéndonos la ruta del Mayflower o mostrándonos el emplazamiento de la Campana de la Libertad. Cada semana, dos alumnos de la clase preparaban una rendición sobre un aspecto concreto de la revolución americana, así que un día me tocó visitar la biblioteca de la escuela en compañía de mi amiga Dora para documentarnos sobre la rendición de Yorktown. La señora Kenyon nos entregó un papelito con los títulos de tres libros a buscar en el índice de fichas. Tras dar con ellos en un abrir y cerrar de ojos, nos sentamos a una mesa baja y redonda para leer y tomar notas. Sin embargo, yo no podía concentrarme. Volví a los estantes de madera clara y me acerqué a una sección que, me había fijado, estaba rotulada con el nombre de «Asia». Vi libros sobre China, la India, Indonesia, Corea. Por fin di con un libro llamado Pakistán: un pueblo, una nación. Me senté en un taburete y abrí el libro. La laminada sobrecubierta crujía entre mis manos. Comencé a pasar las páginas, repletas de fotos de ríos, arrozales y hombres con uniforme militar. Había un capítulo sobre Dacca; empecé a leer sobre su pluviosidad y producción de yute. Estaba estudiando un gráfico de demografía cuando Dora apareció en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? La señora Kenyon está en la biblioteca. Ha venido a ver qué hacemos.

Cerré el libro de golpe, con demasiada fuerza. La señora Kenyon apareció de repente; el olor de su perfume impregno el estrecho pasillo cuando cogió el libro por el extremo del lomo, como si se tratara de un cabello pegado a mi jersey. La señora Kenyon examinó la cubierta y fijó la mirada en mí.

—¿Estás leyendo este libro para preparar tu redacción,

Lilia?

—No, señora Kenyon.

—Entonces, no veo que te sirva de nada —declaró, reponiéndolo en su estrecho hueco en la estantería—. ¿No te parece?

* * *

A medida que pasaban las semanas, cada vez se hacía más raro ver imágenes de Dacca en las noticias. Las noticias sobre dicha ciudad ahora aparecían tras la primera tanda de anuncios, a veces tras la segunda. La información que de allí llegaba estaba censurada, bloqueada, restringida, dirigida. Algunos días, muchos días, sólo se mencionaba la cifra de muertos, después de unas frases rutinarias sobre la situación general. Otro poeta más había sido ejecutado, nuevas aldeas habían sido incendiadas. A pesar de todo eso, noche tras noche, mis padres disfrutaban de su cena larga y pausada en compañía del señor Pirzada. Después de apagar la televisión y lavar y secar los platos, contaban chistes y anécdotas y mojaban las galletas en el té. Cuando se cansaban de hablar de política, hablaban de la marcha del libro del señor Pirzada sobre los árboles caducifolios de Nueva Inglaterra, de la oferta hecha a mi padre para convertirse en profesor titular o de las curiosas costumbres alimenticias que mi madre había observado entre sus compañeros americanos del banco. Aun que siempre terminaban enviándome arriba, a hacer los deberes, seguía escuchándoles a través de la alfombra mientras bebían más té y oían casetes de Kishore Kumar, mientras jugaban al Scrabble en la mesita, entre risas y discusiones que se prolongaban hasta bien entrada la noche acerca de la ortografía de las palabras inglesas. Yo quería estar con ellos, más que nada para consolar de algún modo al señor Pirzada. Pero, aparte de consumir alguna golosina en honor a su familia y rezar por su bien, yo nada podía hacer. Abajo seguían jugando al Scrabble hasta las noticias de las once y, por fin, en torno a la medianoche, el señor Pirzada se encaminaba de regreso a la residencia. Así, nunca llegué a verle marchar; con todo, cada noche, mientras me hundía en el sueño, seguía oyéndoles, anticipando el nacimiento de una nación en la otra punta del mundo.

* * *

Un día de octubre, el señor Pirzada preguntó, nada más llegar:

—¿Qué son esos grandes frutos anaranjados que hay en todas las puertas? Parecen algún tipo de cidra.

—Son calabazas —respondió mi madre—. Lilia, recuérdame que compre una en el supermercado.

—¿Y por qué las ponen en las puertas? ¿Para qué sirven?

—Para ahuecarlas y hacer una lámpara —expliqué, con una mueca feroz—. Así. Para dar miedo a la gente.

—Ya veo —dijo el señor Pirzada, con una sonrisa maliciosa—. Parecen muy útiles.

Al día siguiente, mi madre compró una calabaza de cinco kilos, gorda y redonda, que situó sobre la mesa del comedor. Antes de la cena, mientras mi padre y el señor Pirzada miraban las noticias locales, me invitó a decorarla con mis rotuladores, pero yo lo que quería era tallarla a cuchillo, al estilo de otras calabazas que había visto en el barrio.

—Eso mismo. Vamos a tallarla —aprobó el señor Pirzada, levantándose del sofá—. Esta noche, las noticias pueden esperar. —Sin hacer pregunta alguna, el señor Pirzada entró en la cocina, abrió un cajón y volvió a la sala armado con un largo cuchillo de sierra. Su mirada buscó la mía en señal de aprobación—. ¿Me dejas?

Asentí con la cabeza. Por primera vez, nos reunimos en torno a la gran mesa del comedor, mi madre, mi padre, el señor Pirzada y yo. Mientras las imágenes seguían sucediéndose en el televisor sin que nadie les prestara atención, cubrimos la mesa con periódicos. El señor Pirzada plegó su americana sobre la silla que tenía a sus espaldas, se quitó un par de gemelos con un ópalo inscrito y se subió las almidonadas mangas de su camisa.

—Lo mejor es comenzar por arriba, así —expliqué, señalando con mi dedo índice.

El señor Pirzada efectuó una primera incisión e hizo girar el cuchillo. Cuando el círculo se cerró, alzó la tapa por el rabo. La tapa salió sin dificultad; el señor Pirzada acercó su rostro a la calabaza para inspeccionar e inhalar su contenido. Mi madre le pasó una larga cuchara metálica con la que destripó el interior hasta que los últimos restos de fibra y semillas hubieron desaparecido. A todo esto, mi padre separaba las semillas de la pulpa y las ponía a secar en un mantelillo de papel, a fin de tostarlas después. Dibujé dos triángulos sobre la superficie acaballonada, señalando así los ojos que el señor Pirzada se apresuró a trabajar, seguidos de medialunas para las cejas y un nuevo triángulo para la nariz. Ya sólo quedaba la boca, pero los dientes eran lo más difícil. Vacilé un instante.

¿Sonrisa o enfado? —pregunté.

—Tú decides —dijo el señor Pirzada.

A modo de solución de compromiso, dibujé una especie de mueca, ni lastimera ni amistosa, de lado a lado de la calabaza. El señor Pirzada empezó a tallar con toda naturalidad, como si llevara toda la vida tallando lámparas de calabaza. Casi había terminado, cuando empezó el noticiario nacional. Un reportero mencionó el nombre de Dacca, y todos volvimos el rostro, a la escucha. Un dirigente indio declaró que si el mundo no contribuía a aliviar la suerte de los refugiados de Pakistán Oriental, la India se vería obligada a entrar en guerra con el estado pakistaní. Al apuntar la información, el reportero tenía el rostro empapado en sudor. En vez de vestir americana o corbata, su aspecto más bien era el de quien está presto a sumarse a la batalla. Mientras gritaba instrucciones a su cámara, el periodista se protegía con la mano el rostro quemado por el sol. El cuchillo se le fue de la mano al señor Pirzada, rajando la calabaza hasta su base.

—Les ruego que me disculpen. —El señor Pirzada acercó la mano a un lado de su cara, como si alguien le hubiera abofeteado—. Yo... Lo siento mucho. Les compraré otra. Mejor será intentarlo otra vez.

—No se preocupe, no se preocupe —dijo mi padre, tomando el cuchillo de su mano y tallando en torno a la raja hasta obtener una línea regular, descartando los dientes dibujados por mí. Lo que resultó fue un agujero desproporcionadamente grande, del tamaño de un limón, que confería a nuestra lámpara cierta expresión de plácido

asombro, sin que las cejas resultaran ya feroces, desvaídas en helada sorpresa sobre una mirada geométrica y vacía.

* * *

Por Halloween, me disfracé de bruja. Dora, mi compañera de reparto, también iba de bruja. Vestíamos capas negras confeccionadas con fundas de almohada teñidas de ese color y sombreros cónicos con anchas bandas de cartón. Nos coloreamos el rostro de verde con una rota pieza de sombra de ojos donada por la madre de Dora; mi madre nos dio dos sacos de arpillera que antaño contuvieran arroz basmati a fin de guardar las golosinas que nos regalaran. Nuestro plan consistía en caminar de mi casa a la de Dora, desde donde telefonaría para avisar de que había llegado sana y salva antes de que la madre de Dora me devolviera en coche a casa. Mi padre nos equipó con sendas linternas y me instó a ponerme mi reloj, que sincronicé con el suyo. No debíamos volver más tarde de las nueve.

Al presentarse esa tarde, el señor Pirzada me obsequió con una cajita de pastillas de menta recubiertas de chocolate.

—Póngala aquí —conminé, abriendo el saco de arpillera—. ¡Un caramelo o le doy un susto!

—Me parece que mi contribución está de más esta noche —declaró, metiendo la cajita en el saco. El señor Pirzada contempló mi rostro pintado de verde y el sombrero sujeto a mi barbilla con un hilo. Con cuidado, levantó el borde de mi capa, bajo la que vestía jersey y chaquetilla de lana con cremallera—. ¿Ya vas bien abrigada?

Asentí con la cabeza; el sombrero se me ladeó.

El señor Pirzada lo devolvió a su posición original, comentando:

—Así está mejor.

Al pie de la escalera había una hilera de diminutas cestas con caramelos. Al descalzarse, el señor Pirzada no dejó los zapatos allí, como normalmente hacía, sino que los metió en el armario. Cuando empezó a desabotonarse el abrigo, automáticamente me apresté a ayudarlo, pero Dora me llamó desde el baño para pedirme que la ayudara a dibujar una verruga en su mentón. Cuando por fin estuvimos listas, mi madre nos hizo una fotografía frente al hogar, tras lo cual abrí la puerta para marcharnos. El señor Pirzada y mi padre, que no habían puesto pie en la sala de estar, se mantenían a un lado en el recibidor. Fuera ya era oscuro. El aire olía a hojas húmedas y nuestra lámpara parpadeaba de modo impresionante sobre los arbustos cercanos a la puerta. De la distancia llegaba el sonido de pies que correteaban y los aullidos de los muchachos mayores, que se contentaban con lucir una simple máscara de goma, así como el frufrú del ropaje que vestían los no tan mayores; algunos niños eran tan pequeños que sus padres les tenían que llevar personalmente de puerta en puerta.

—No llaméis a las casas de gente que no conozcáis —nos advirtió mi padre.

El señor Pirzada frunció el ceño.

—¿Hay algún peligro?

—No, nada de eso —le aseguró mi madre—. Todos los niños salen a la calle. Es la tradición.

—¿No sería mejor que yo les acompañara? —sugirió el señor Pirzada. De pronto había adoptado un aspecto fatigado y frágil, plantado junto a la puerta sobre sus pies planos y descalzos; sus ojos encerraban una nota de pánico que yo nunca había advertido antes. A pesar del frío, empecé a sudar bajo mi funda de almohada.

—Es usted de lo que no hay, señor Pirzada —dijo mi madre. Lilia está completamente segura en compañía de su amiga.

—Pero ¿y si llueve? ¿Y si se pierden por el camino?

—No se preocupe —dije yo. Era la primera vez que dirigía esas palabras al señor Pirzada, tres sencillas palabras que llevaba semanas queriendo decirle sin atreverme a ello. Tan solo las había dicho en mis rezos. En ese momento me avergoncé de decírselas en relación con mi propia persona.

El señor Pirzada puso uno de sus cuadrados dedos en mi mejilla. A continuación, pasó el dedo por el dorso de su mano, dejando una leve imprimación verdosa.

—Como diga la señora —concedió, con una pequeña reverencia.

Salimos, tambaleándonos ligeramente sobre nuestros puntiagudos zapatos negros adquiridos en alguna tienda de beneficencia; al llegar a la entrada del jardín, nos volvimos para despedirnos con la mano. De pie frente a la puerta, empequeñecido entre mis padres, el señor Pirzada nos devolvió el saludo.

—¿Cómo es que ese señor quería venir con nosotras? —preguntó Dora.

—Es que sus hijas están desaparecidas. —Nada más decirlo, me arrepentí de haberlo hecho. Sentí como si mis palabras trocaran aquello en realidad, como si las hijas del señor Pirzada de veras hubieran desaparecido para que él nunca volviera a verlas.

—¿Quieres decir que las han secuestrado? —continuó Dora—. ¿En un parque, o algún lugar así?

—No quería decir que estaban desaparecidas, sino que las echa mucho de menos. Sus hijas viven en otro país y lleva mucho tiempo sin verlas, eso es todo.

Fuimos de casa en casa, adentrándonos en jardines y llamando a un timbre tras otro. Algunos vecinos habían apagado todas las luces, para procurar mayor efectismo; otros habían prendido murciélagos de goma de sus ventanas. Los McIntyre habían puesto un

ataúd frente a su puerta, del que el señor McIntyre se levantó en silencio, con el rostro cubierto de tiza, para depositar un puñado de dulces de maíz en nuestro saco.

Varios vecinos me comentaron que nunca antes se habían encontrado con una bruja venida de la India. Otros hicieron entrega de sus golosinas sin hacer comentario alguno. Mientras caminábamos tras los haces paralelos de nuestras linternas, vimos huevos estrellados en mitad de la calle, automóviles cubiertos con espuma de afeitar y ristras de papel higiénico colgadas de las ramas de los árboles. Cuando por fin llegamos a casa de Dora, teníamos las manos agrietadas por el peso de nuestros repletos sacos de arpillera, y los pies hinchados y doloridos. Su madre nos dio tiritas para las ampollas y nos sirvió zumo caliente de manzana y palomitas dulces de maíz. La madre de Dora me recordó que telefonara a mis padres para decirles que había llegado sin contratiempo, y cuando lo hice, me llegó el distante sonido del televisor. Mi madre no me pareció particularmente contenta de escucharme. Al colgar el teléfono, me fijé en que los padres de Dora no tenían la televisión en marcha. Su padre estaba tumbado en el sofá, leyendo una revista, con una copa de vino sobre la mesita mientras una música de saxofón sonaba en el equipo de sonido.

Después de que Dora y yo nos repartiéramos el botín, contando, recontando y negociando hasta estar plenamente satisfechas, su madre me llevó en coche a casa. Después de darle las gracias por el viaje, la madre de Dora esperó al volante hasta que llegué a la puerta. A la luz de los faros del automóvil, descubrí que nuestra calabaza estaba destrozada, diseminada en gruesos pedazos sobre la hierba. Sentí el aguijón de las lágrimas en mis ojos y un repentino dolor en la garganta, como si alguien me hubiera hecho tragar un puñado de la punzante gravilla que crujía a cada nuevo paso de mis pies doloridos. Abrí la puerta, esperando encontrarme con el desconsuelo general ante el destrozo sufrido por nuestra calabaza, pero no había nadie. En la sala de estar, el señor Pirzada, mi padre y mi madre estaban sentados muy juntos en el sofá. La televisión estaba apagada y el señor Pirzada tenía la cabeza hundida entre las manos.

Lo que oyeron esa noche, y siguieron oyendo muchas noches más, era que la India y Pakistán cada vez estaban más cerca de la guerra. Las tropas de ambos países se vigilaban desde sus fronteras, al tiempo que Dacca insistía en acceder a la independencia total. La guerra tendría lugar en suelo de Pakistán Oriental. Los Estados Unidos se alineaban con Pakistán, la Unión Soviética con la India y lo que pronto sería Bangladesh. La declaración oficial de guerra tuvo lugar el 4 de diciembre; doce días más tarde, el ejército pakistaní se rendía en Dacca, víctima del combate a casi cinco mil kilómetros de sus líneas de suministro. Estos son los hechos que ahora conozco, a los que puedo acceder en cualquier libro de historia, en cualquier biblioteca. Pero en ese momento, hablando en términos generales, aquello constituía para mí un misterio remoto y plagado de circunstancias caprichosas. Lo que recuerdo de esa guerra de doce días es que mi padre ya no me decía que viera el noticiario con ellos, que el señor Pirzada dejó de traerme caramelos y que mi madre se negó a preparar otra cena que no fueran huevos duros con arroz. Recuerdo que algunas noches ayudé a mi madre a disponer las sábanas y las mantas sobre el sofá para que el señor Pirzada pudiera quedarse a dormir; también recuerdo las altas voces angustiadas en mitad de la noche, cuando mis padres llamaban a nuestros familiares de Calcuta para reunir más detalles sobre la situación. Sobre todo, recuerdo que, durante esos días, los tres se movían como si fueran una misma persona que comiera la misma comida, compartiera el mismo cuerpo, el mismo silencio y el mismo miedo.

En enero, el señor Pirzada voló hasta su casa de tres pisos en Dacca para averiguar qué era lo que quedaba de ella. No supimos demasiado de él en esas últimas semanas del año; estaba muy ocupado en terminar su manuscrito y nosotros nos marchamos a Filadelfia, a pasar la Navidad con unos amigos de mis padres. Igual que no recuerdo con exactitud la primera visita del señor Pirzada, tampoco recuerdo la última. Mi padre le llevó al aeropuerto una tarde que yo estaba en la escuela. Durante mucho tiempo no supimos nada de él. Por la noche hacíamos como de costumbre, cenar frente a las noticias del televisor. La única diferencia era que el señor Pirzada y su reloj supletorio ya no estaban allí para acompañarnos. Según las noticias, Dacca volvía lentamente a la normalidad bajo un nuevo gobierno parlamentario. El nuevo presidente, Sheikh Mujib Rahman, recién salido de la cárcel, pidió al mundo la donación de los materiales de construcción necesarios para reconstruir el más de un millón de casas destruidas en la guerra. Un número incontable de refugiados volvía de la India para encontrarse, según se nos informó, con el desempleo y la amenaza del hambre. De vez en cuando yo echaba una mirada al mapa que había sobre el escritorio de mi padre y me imaginaba al señor Pirzada en aquel pequeño parche de color amarillo, sudando a chorros, suponía, en alguno de sus trajes, a la busca de su familia. Por supuesto, a esas alturas, el mapa había quedado anticuado.

Por fin, bastantes meses después recibimos una postal del señor Pirzada, conmemorativa del Año Nuevo musulmán y acompañada de una breve carta. Según refería, volvía a estar con su mujer y sus hijas. Todas se encontraban bien, después de haber pasado el dificultoso año anterior ocultas en una casa de campo que los abuelos de su mujer tenían en las montañas de Shillong. Sus siete hijas eran ahora un poco más altas, añadía, pero por lo demás seguían igual que siempre: continuaba teniendo los mismos problemas para recordar el nombre de cada una de ellas. Al final de su carta, nos daba las gracias por nuestra hospitalidad, añadiendo que aunque ahora entendía el significado de la palabra «gracias», ésta distaba de adecuarse a su gratitud hacia nosotros. Para celebrar las buenas noticias, mi madre esa noche preparó una cena especial; cuando nos sentamos a la mesita del café, brindamos con nuestros vasos de agua, pero yo no me sentía con humor para celebrar nada. Aunque llevaba meses sin verle, fue entonces cuando de veras noté la ausencia del señor Pirzada. Sólo entonces, al alzar mi vaso de agua en su honor, me di cuenta de lo que significaba echar de menos a alguien que estaba a tantas horas y kilómetros de distancia, como él había echado de menos a su esposa y sus hijas durante tantos meses. El señor Pirzada no tenía motivo para volver junto a nosotros; mis padres pronosticaron —con acierto— que nunca más volveríamos a verle. Desde enero, cada noche antes de acostarme, había seguido comiendo, en atención a la familia del señor Pirzada, alguna de las golosinas cosechadas en Halloween. Esa noche ya no tuve que hacerlo. Con el tiempo, las tiré todas.

Intérprete de emociones

EN el quiosco donde se servía té, el señor y la señora Das discutieron a quién correspondía llevar al lavabo a Tina. La señora Das terminó por ceder cuando su marido le recordó que a él le había tocado bañar a la niña la noche anterior. Por el retrovisor, el señor Kapasi observó a la señora Das salir con lentitud del enorme Ambassador blanco, descruzando sus piernas depiladas y en gran parte desnudas sobre el asiento trasero. Al caminar hacia el lavabo, la señora Das no cogió a la niña por la mano.

Se dirigían a visitar el Templo del Sol en Konarak. Era un sábado seco y luminoso y el calor de mediados de julio se veía atemperado por la brisa del océano; un tiempo ideal para ir de excursión. En otra ocasión, el señor Kapasi no hubiera hecho alto en tan temprano estadio del camino, pero la niña se había quejado cinco minutos después de recoger a la familia frente a la puerta del hotel Sandy Villa. Lo primero que advirtió el señor Kapasi al ver al señor y la señora Das de pie con sus niños bajo el pórtico del hotel fue que era una pareja muy joven, quizá de menos de treinta años. Además de Tina, tenían dos niños, Ronny y Bobby, que parecían de edad similar y mostraban iguales dentaduras cubiertas por un armazón de reluciente alambre plateado. La familia parecía originaria de la India, si bien vestía al estilo extranjero, los niños envueltos en tías ropas multicolores y gorras de visera translúcida. El señor Kapasi estaba acostumbrado a los turistas extranjeros; como hablaba inglés, era frecuente que le asignaran trabajar con ellos. Ayer le había tocado conducir a un viejo matrimonio escocés que exhibía idénticos rostros moteados y blancos cabellos tan escasos que dejaban al descubierto la piel del cráneo requemada por el sol. En comparación, los rostros atezados y juveniles del señor y la señora Das resultaban impresionantes. Al presentarse, el señor Kapasi había unido las palmas de las manos en saludo, pero el señor Das le había respondido con un enérgico apretón al estilo americano, cuyas vibraciones se extendieron hasta el codo del señor Kapasi. La señora Das, por su parte, se había limitado a torcer un lado de la boca, sonriendo por compromiso, sin mostrar el menor interés en su persona.

Mientras esperaban en el quiosco de té, Ronny, que parecía el mayor de los dos chicos, saltó repentinamente del asiento trasero, intrigado por una cabra amarrada a una estaca en el suelo.

—No la toques —ordenó el señor Das, alzando el rostro de su guía de viaje. Editada en rústica, la guía exhibía la palabra «INDIA» en letras amarillas y tenía aspecto de haber sido publicada en el extranjero. La voz del señor Das, un tanto indecisa y chirriante, delataba que aún no había alcanzado su madurez.

—Sólo quiero darle un chicle —gritó el niño, andando al trote en dirección a la cabra.

El señor Das salió del coche y flexionó las piernas sobre el suelo. Hombre pulcro y bien afeitado, su aspecto era exactamente el de una versión magnificada de Ronny. Lucía una visera azul zafiro y vestía pantalones cortos, zapatillas deportivas y camiseta. La cámara que llevaba en bandolera, de impresionante teleobjetivo e incontables botones y mandos, era el único elemento complicado en su persona. Frunció el ceño cuando Ronny se acercó a la cabra; con todo, no parecía tener intención de impedirselo.

—Bobby, vigila a tu hermano. Que no haga ninguna tontería.

—A mí me da igual —respondió Bobby, sin moverse. Sentado en el asiento delantero junto al señor Kapasi, Bobby estaba ocupado en estudiar la imagen de un dios-elefante adherida a la guantera.

—No tiene por qué preocuparse —intervino el señor Kapasi—. Esas cabras son inofensivas.

El señor Kapasi tenía cuarenta y seis años y grandes entradas en el cabello, enteramente plateado; no obstante, su tez acaramelada y su frente sin arrugas, que trataba en sus ratos libres con balsámico aceite de loto, permitían imaginar cuál había sido su aspecto años atrás. Vestía pantalones grises a juego con una sobrecamisa ceñida en la cintura, de manga corta y ancho cuello de puntas afiladas, confeccionados en una tela sintética ligera pero resistente. Había instruido a su sastre acerca del corte y el género de estas ropas, su uniforme preferido, que nunca se arrugaba por muchas horas que pasara al volante. Por el retrovisor, observó a Ronny dar vueltas en torno a la cabra antes de acariciarle el lomo por un instante y volver corriendo al coche.

—¿Se fueron ustedes de la India siendo niños? preguntó el señor Kapasi después de que el señor Das volviera otra vez a su asiento.

—Oh, Mina y yo hemos nacido en América —explicó el señor Das con repentino aire de seguridad en sí mismo—. Nacidos y crecidos allí. Nuestros padres ahora viven aquí, en Assansol. Están jubilados. Una vez cada dos años venimos de visita. —El señor Das se volvió para observar a la niña, que volvía al coche corriendo, los lazos encarnados de su vestido veraniego agitándose sobre sus hombros estrechos. La pequeña apretaba contra su pecho una muñeca cuyo pelo amarillento parecía haber sido recortado, a modo de castigo, con un par de tijeras melladas—. Esta es la primera visita de Tina a la India. ¿A que sí, Tina?

—Ya no tengo que ir al lavabo —anunció Tina.

—¿Dónde está Mina? —preguntó el señor Das.

Al señor Kapasi le extrañó que el señor Das se refiriera a su mujer por el nombre de pila al hablar con la niña. Tina señaló a su madre, ocupada en negociar alguna cosa con uno de los hombres de torso desnudo empleados en el quiosco del té. El señor Kapasi oyó cómo uno de ellos canturreaba el estribillo de una conocida canción romántica hindú cuando la señora Das echó a caminar hacia el automóvil. Con todo, ella no pareció entender la letra de la canción, pues no exhibió la menor irritación o embarazo; de hecho, no reaccionó en modo alguno a los versos del hombre descamisado.

El señor Kapasi la observó con atención. Lucía una falda a cuadros rojiblancos que no le llegaba a las rodillas, zapatos bajos de cuadrado tacón de madera y una ceñida blusa de diseño similar al de una camiseta masculina. Un fresón estampado decoraba la blusa a la altura del pecho. La señora Das era bajita, de figura algo rolliza y manos pequeñas que recordaban a garras de animal y uñas pintadas de un rosa glaseado a juego con los labios. Su cabello, apenas más largo que el de su marido, peinaba raya en un extremo. Lucía grandes gafas de sol marrones con un destello rosáceo en el cristal y cargaba con un gran bolso de paja, casi tan grande como su torso, en forma de cuenco, del que sobresalía el extremo de una botella de agua. Se movía con lentitud y traía una gran

provisión de arroz hinchado con cacahuets y guindillas envuelta en papel de periódico. El señor Kapasi se volvió hacia el señor Das.

—¿Dónde viven en América?

—Nueva Brunswick, en Nueva Jersey.

—¿Cerca de Nueva York?

—Eso mismo. Soy profesor de instituto en esa ciudad.

—¿Cuál es su asignatura?

—Biología. De hecho, cada año me toca llevar a mis alumnos de visita al Museo de Historia Natural de Nueva York. En cierto modo, mi trabajo tiene mucho que ver con el suyo. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando como guía turístico, señor Kapasi?

—Cinco años.

La señora Das llegó junto al coche.

—¿Cuánto viaje nos queda? —preguntó, cerrando la portezuela.

—Unas dos horas y media —respondió el señor Kapasi.

Al oírlo, la mujer exhaló un suspiro de impaciencia, como si llevara la vida entera viajando sin pausa. Se abanicó con una doblada revista cinematográfica de Bombay escrita en inglés.

—Yo pensaba que el Templo del Sol estaba a treinta kilómetros al norte de Puri —intervino el señor Das, señalando su guía ilustrada.

—Las carreteras que llevan a Kornarak están fatal. De hecho, la distancia es de ochenta kilómetros.

El señor Das asintió en silencio y reajustó la correa de su cámara, que le rozaba la parte posterior del cuello.

Antes de poner el coche en marcha, el señor Kapasi volvió el rostro para cerciorarse de que los cierres de seguridad de las portezuelas traseras, parecidos a dos pequeñas manivelas, estaban bien ajustados. Nada más ponerse el coche en marcha, la niña empezó a jugar con el cierre de su lado, abriéndolo y cerrándolo una y otra vez, sin que la señora Das hiciera nada por impedirlo. Repantigada en un extremo del asiento trasero, la mujer comía su arroz hinchado sin ofrecer a nadie. Ronny y Tina estaban sentados a su lado, mascando chicle de un color verde reluciente.

—Fijaos —avisó Bobby cuando el auto ganó velocidad. El niño señaló los grandes árboles que flanqueaban la carretera—. Fijaos.

—¡Monos! —exclamó Ronny—. ¡Guau!

Sentados en grupo sobre las ramas, los monos exhibían rostros negros y relucientes, cuerpos plateados y un ceño importante en sus cabezas con cresta. Sus largas colas grisáceas pendían como cuerdas bajo las ramas. Varios se rascaban con negras manos como de cuero o balanceaban las piernas al paso del coche.

—Monos hanumanos —explicó el señor Kapasi—. Son bastante comunes por aquí.

Nada más decir estas palabras, uno de los monos saltó al centro de la carretera, obligando al señor Kapasi a frenar de golpe. Un segundo mono rebotó sobre la capota del vehículo y salió disparado. El señor Kapasi hizo sonar el cláxon. Boquiabiertos, los niños contenían el aliento y se llevaban las manos al rostro. Nunca habían visto monos en otro sitio que el zoológico, explicó el señor Das, pidiendo al señor Kapasi que se detuviera un momento para permitirle tomar una fotografía.

Mientras el señor Das ajustaba el teleobjetivo, su mujer aprovechó para rebuscar en su bolso de paja y extraer un frasco de esmalte de uñas incoloro, que procedió a aplicar sobre la punta de su dedo índice.

La niña alzó su mano de inmediato.

—Yo también quiero, mami, yo también quiero.

—Déjame en paz —respondió la señora Das, volviendo el rostro levemente mientras se soplabla la uña—. No me distraigas ahora.

La niña buscó distracción en abrochar y desabrochar el delantal que cubría el cuerpo de plástico de la muñeca.

—Ya está —declaró el señor Das, volviendo a ajustar la tapa sobre el teleobjetivo.

El auto traqueteó considerablemente al ganar velocidad sobre la polvorienta carretera, haciéndoles rebotar sobre sus asientos una y otra vez. El señor Kapasi redujo la presión sobre el acelerador, a fin de que el trayecto fuera más cómodo. Cuando echó mano al cambio de marchas, el chico a su lado desvió sus rodillas sin vello para facilitarle la maniobra. El señor Kapasi observó que el chaval era de tez algo más clara que sus hermanos.

—Papá, ¿cómo es que el conductor lleva el volante al otro lado del coche? —preguntó el niño.

—Aquí todos los coches llevan el volante al revés, tonto —apuntó Ronny.

—No llames tonto a tu hermano —advirtió el señor Das. Volviéndose al señor Kapasi, explicó—: En América, ya sabe...

Esto les confunde.

—Claro, lo entiendo muy bien —dijo el señor Kapasi. Tan delicadamente como le fue posible, volvió a cambiar de marcha, acelerando al encarar una pendiente—. Lo he visto en Dallas. Allí el volante está a la izquierda.

—¿Qué es Dallas? —preguntó Tina, golpeando con su muñeca, recién desvestida, contra el respaldo del asiento del señor Kapasi.

—Ya no la dan —explicó el señor Das—. Es una serie de televisión.

Se comportaban como hermanos, pensó el señor Kapasi mientras pasaban junto a una fila de datileras. Antes que sus padres, el señor y la señora Das parecían los hermanos mayores de los tres pequeños. Parecía como si hoy les hubiera tocado estar al cargo de los niños; resultaba difícil de creer que los demás días pudieran ocuparse de otros que no fueran ellos mismos. El repiqueteaba con los dedos sobre la tapa del teleobjetivo y la guía de viaje, rascando las páginas de vez en cuando con la uña del dedo índice. Ella seguía ocupada en esmaltarse las uñas. Todavía no se había quitado las gafas de sol. Cada cierto tiempo, Tina insistía en que ella también quería esmaltarse las uñas; por fin, la señora Das dejó caer una gota de esmalte sobre el pequeño dedo de la niña antes de devolver el frasco a su bolso de paja.

—¿No hay aire acondicionado en este coche? —preguntó, todavía soplándose la mano. La ventana que había al lado de Tina estaba rota y no podía bajarse.

—Deja ya de quejarte —intervino su marido—. Tampoco hace tanto calor.

Te dije que exigieras un coche con aire acondicionado —insistió ella. Raj, no sé a qué viene tu empeño en ahorrar unas tonterías de rupias. ¿Qué ahorras así? ¿Cincuenta centavos?

Sus acentos eran clavados a los que el señor Kapasi oía en los programas americanos de televisión, aunque no los mismos que aparecían en Dallas.

—Señor Kapasi, ¿no se cansa usted de enseñar siempre las mismas cosas a los turistas? —preguntó el señor Das mientras bajaba por completo la ventanilla de su lado—. Oiga, ¿le importaría parar el coche un momento? Quiero hacerle una foto a ese hombre de ahí.

El señor Kapasi detuvo el auto en la cuneta para que pudiera fotografiar a un hombre descalzo y de cabeza envuelta en un sucio turbante, sentado sobre un carro cargado de sacos de grano y tirado por dos bueyes. El hombre y los bueyes aparecían igual de descarnados. En el asiento trasero, la señora Das echó una mirada por su ventanilla; en el cielo, unas nubes casi transparentes se adelantaban mutuamente con velocidad.

—La verdad es que me gusta hacer de guía —comentó el señor Kapasi cuando el coche reemprendió la marcha—. El Templo del Sol es uno de mis sitios preferidos. En este sentido, ser guía es estupendo. Yo sólo acompaño a excursiones los viernes y sábados. Durante la semana trabajo en otra cosa.

—¿En serio? ¿A qué se dedica usted? —preguntó el señor Das.

—Trabajo en la consulta de un médico.

—¿Es usted médico?

—No lo soy. Trabajo con un médico. Como intérprete.

—¿Cómo es que un médico necesita de intérprete?

—El doctor tiene varios pacientes originarios del Gujarat. Pocas personas hablan gujarati en esta región. El mismo doctor no lo habla. Como mi padre era gujarati, el doctor me ofreció trabajar en su consulta como intérprete de sus pacientes.

—Interesante. Nunca había oído hablar de un caso similar —observó el señor Das.

El señor Kapasi se encogió de hombros.

—Es un trabajo como cualquier otro.

—Pero es tan romántico... —intervino la señora Das en tono soñador, rompiendo su prolongado silencio. La mujer alzó sus gafas marrón rosado, ajustándolas sobre el cabello como una tiara. Por primera vez, sus ojos se encontraron con los del señor Kapasi en el retrovisor. Pálidos y un tanto pequeños, sus ojos aparecían fijos, si bien algo soñolientos.

El señor Das giró el cuello hacia ella.

—¿Qué es lo que tiene de romántico?

—No sé. Algo. —La mujer se encogió de hombros, frunciendo el ceño por un instante —. ¿Quiere un poco de chicle, señor Kapasi? —preguntó con repentina animación. Rebuscó en el bolso de paja y le pasó una pastilla envuelta en papel a rayas blanquiverdes. Nada más llevarse el chicle a la boca, el señor Kapasi sintió que un líquido espeso y dulzón se extendía por su lengua.

—Cuéntenos algo más sobre su trabajo, señor Kapasi —pidió la señora Das.

—¿Qué es lo que quiere saber, señora?

—No sé —se encogió ella de hombros, mascando arroz hinchado y lamiéndose el aceite de mostaza de las comisuras de los labios—. Cuéntenos alguna situación típica. —La mujer se reclinó en el asiento, la cabeza ladeada bajo un rayo de sol, y cerró los ojos—. Quiero tener una idea de lo que sucede en su trabajo.

Muy bien. El otro día se presentó un hombre con dolor de garganta.

—¿Era fumador?

No. Aquello era curioso. El hombre decía sentir como si tuviera largos trozos de paja en la garganta. Cuando se lo dije al doctor, a éste le fue fácil recetar el medicamento adecuado.

—Parece sencillo.

—Sí —acordó el señor Kapasi tras un momento de vacilación.

Entonces, esos pacientes dependen por completo de usted —dijo la señora Das. Hablaba poco a poco, como si pensara en voz alta—. En cierta forma, dependen más de usted que del médico.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo podría ser así?

—Por ejemplo, usted podría decir al médico que su paciente sentía como una quemazón en la garganta, en vez de esas raspaduras como de paja. El paciente nunca sabría lo que usted le ha dicho al médico, y el médico tampoco sabría que usted le ha descrito otro síntoma. Es una responsabilidad muy grande.

—Sí, tiene usted una gran responsabilidad entre manos, señor Kapasi —secundó el señor Das.

El señor Kapasi jamás había pensado en su trabajo en términos tan elevados. A sus ojos se trataba de una ocupación desagradecida. El no encontraba nobleza alguna en la interpretación de las enfermedades ajenas, en la continua traducción de síntomas referentes a la hinchazón ósea, los infinitos calambres de estómago o intestino, las manchas en la palma de la mano que cambiaban de color, forma o tamaño. Al médico, que tenía la mitad de años que él, le gustaba vestir pantalones de campana y contar chistes sin gracia sobre el partido del Congreso. Trabajaban juntos en un hospital pequeño e insalubre donde las bien confeccionadas ropas del señor Kapasi se pegaban a su cuerpo por obra del calor, y eso a pesar de las ennegrecidas aspas del ventilador que giraba sobre sus cabezas.

Ese empleo daba la medida de su fracaso en la vida. De joven, el señor Kapasi fue un devoto estudiante de idiomas, dueño de una impresionante colección de diccionarios. Su sueño era el de convertirse en intérprete para diplomáticos y dignatarios, trabajando en la resolución de conflictos entre pueblos y naciones, en el arreglo de disputas en las que sólo él sería capaz de comprender a ambas partes. El señor Kapasi era autodidacta. Antes que sus padres arreglasen un matrimonio para él, había apuntado un listado de etimologías corrientes en una serie de cuadernos de notas, confiando en que en algún momento de su vida, cuando llegara la oportunidad, sería capaz de conversar en inglés, francés, ruso, portugués e italiano, por no hablar del hindi, el bengalí, el orissi y el gujarati. Hoy su memoria sólo albergaba un puñado de expresiones europeas, referentes a cosas como platos y sillas. El inglés era el único idioma no indostánico que hablaba con fluidez. Era consciente de que ésa no era cualificación particularmente destacable. A veces temía que sus propios hijos acabaran sabiendo más inglés que él por el mero hecho de ver la televisión. En todo caso, el inglés le venía bien para su trabajo como guía.

El señor Kapasi había comenzado a trabajar de intérprete después de que su hijo contrajera el tifas a los siete años de edad, momento en que por primera vez trabó conocimiento con el doctor. Por entonces empleado como profesor de inglés en una escuela de primaria, empezó a valerse de su capacidad de interpretación como medio de financiar los gastos médicos, cada vez más exorbitantes. Al final el niño murió en

brazos de su madre, con las extremidades ardiendo de fiebre, pero aún así hubo que pagar el funeral, la manutención de los niños que llegaron más tarde y la casa, más grande y cómoda, las buenas escuelas y tutores, los zapatos de calidad y la televisión, y otra infinidad de cosas con que trató de consolar a su esposa para que dejara de llorar en sueños, así que cuando el doctor le ofreció el doble del salario que recibía en la escuela, aceptó. El señor Kapasi era consciente de que su mujer no sentía demasiada consideración hacia su carrera como intérprete, pues sabía que le llevaba a pensar en el hijo perdido y que, en cierta forma, sentía resentimiento hacia las vidas que su trabajo, en pequeña medida, ayudaba a salvar. Cuando hacía referencia a su empleo, su mujer siempre le describía como «asistente del doctor», como si el proceso de interpretación pudiera equipararse a tomar la temperatura o cambiar la bacinilla de cama. Su esposa nunca le hacía preguntas acerca de los pacientes que visitaban la consulta del doctor ni tampoco había dicho jamás que su empleo entrañase una gran responsabilidad.

Esta era la razón por la que al señor Kapasi le halagaba el interés que la señora Das expresaba por su trabajo. A diferencia de su esposa, la señora Das sí había hecho mención al componente intelectual de su trabajo. También había empleado la palabra «romántico». La señora Das no exhibía romanticismo alguno respecto a su marido, y sin embargo se había valido de esa misma palabra para describirle a él. El señor Kapasi se preguntó si el matrimonio Das sería consecuencia de un arreglo mal llevado, como lo había sido el que le unía a su esposa. Quizá ellos también tuvieran muy poco en común, a excepción de tres niños y una década de sus vidas. Los signos que reconocía de su propio matrimonio estaban ahí: las discusiones, la indiferencia, el silencio prolongado. El repentino interés mostrado por su persona, un interés que no mostraba hacia su esposo o hijos, resultaba levemente embriagador. Cuando el señor Kapasi volvió a pensar en el modo en que había dicho la palabra «romántico», la sensación de embriaguez creció en su interior.

Mientras seguía conduciendo, empezó a examinar su reflejo en el retrovisor, sintiéndose satisfecho de haber escogido el traje gris esa mañana, y no el marrón, que tendía a formar bolsas en las rodillas. De modo repetido, miró a la señora Das por el espejo. Además de mirar su rostro, miró la fresa que tenía entre los pechos y el dorado hoyuelo en su garganta. Se decidió a hablarle de otro paciente, y de otro más: la joven que se había quejado de sentir como gotas de lluvia en la columna, el caballero en cuya marca de nacimiento habían empezado a brotar pelos. La señora Das le escuchó con atención mientras se peinaba el cabello con un pequeño cepillo de plástico que llevaba a pensar en una ovalada cama de clavos, haciéndole nuevas preguntas sobre algún nuevo caso. Los niños estaban callados, absortos en la detección de más monos en los árboles, y el señor Das estaba absorto en la lectura de su guía turística, de modo que la conversación parecía tener carácter privado entre el señor Kapasi y la señora Das. Así transcurrió la siguiente media hora, de modo que cuando hicieron alto para almorzar en un restaurante de carretera que ofrecía frituras y emparedados de tortilla, parada que en otros viajes el señor Kapasi solía anticipar con placer, deseoso de sentarse en paz y disfrutar de un té bien caliente, en esta ocasión se sintió contrariado. Mientras la familia Das se acomodaba bajo un parasol color magenta decorado con borlas blancas y anaranjadas y pedía las consumiciones a uno de los camareros ataviados con gorras triangulares, el señor Kapasi se dirigió de mala gana a una mesa vecina.

—Espere, señor Kapasi. Hay sitio para todos —le llamó la señora Das. La mujer puso a Tina en su regazo e insistió en que se uniera a ellos. A la mesa, juntos bebieron zumo de

mango embotellado, comieron emparedados y platos de cebollas y patatas fritas en masa de harina integral. Tras dar cuenta de dos emparedados de tortilla, el señor Das tomó nuevas fotografías del grupo.

¿Cuánto camino nos queda? —preguntó al señor Kapasi mientras insertaba una nueva película en la cámara.

—Una media hora más.

Los chavales se habían alejado de la mesa para observar a un nuevo grupo de monos posado en un árbol de las cercanías, de forma que ahora había considerable espacio entre la señora Das y el señor Kapasi. El señor Das se llevó la cámara al rostro y cerró un ojo; la punta de su lengua asomaba por una comisura de los labios.

—Así no queda bien, Mina. Mejor acércate más al señor Kapasi.

Así lo hizo ella. El señor Kapasi olió el aroma de su piel, similar a una combinación de agua de rosas y whisky. De pronto le preocupó que ella advirtiera el sudor que sabía agolpado bajo la tela sintética de su camisa. Bebió su zumo de mango de un trago y repasó sus cabellos plateados con una mano. Una gota de zumo le había resbalado a la barbilla. Se preguntó si ella se habría dado cuenta.

No era así.

—¿Cuál es su dirección, señor Kapasi? —preguntó ella, rebuscando en su bolso de paja.

—¿Quiere mi dirección?

—Para enviarle unas copias —respondió ella—. Copias de las fotografías.

La señora Das le pasó un trozo de papel que rasgó de su revista cinematográfica. El espacio en blanco era limitado, pues la delgada tira de papel estaba cubierta de líneas de texto y la pequeña fotografía de una pareja protagonista abrazada bajo un eucaliptus.

El papel se rizó mientras el señor Kapasi escribía su dirección en una letra clara y cuidadosa. La señora Das le escribiría interesándose por su trabajo de intérprete en la consulta del doctor y él le respondería en tono elocuente, seleccionando únicamente las anécdotas más sabrosas, aquellas que le hicieran reír a carcajadas al leerlas en su casa de Nueva Jersey. Con el tiempo ella le confesaría la decepción sufrida en su matrimonio, como lo haría él en relación con el suyo. Poco a poco su amistad crecería hasta florecer. Ella conservaría la imagen de ambos comiendo aros de cebolla bajo un parasol color magenta, la misma que el guardaría —lo decidió ahora— bien a salvo entre las páginas de su gramática rusa. Mientras su mente volaba, el señor Kapasi experimentó una leve y agradable conmoción. La sensación era similar a la experimentada mucho tiempo atrás, cuando tras meses de traducir con ayuda del diccionario, de pronto leía el párrafo de una novela francesa, o un soneto en italiano, y descubría que era capaz de comprender todas las palabras, una tras otra, sin que el esfuerzo le resultara gravoso. En momentos así, sentía que el mundo era un lugar maravilloso, que el esfuerzo siempre era recompensado, que los errores de la vida terminaban por cobrar sentido. La promesa de que seguiría en contacto con la señora Das le llevaba a sentirse de modo similar.

Cuando terminó de escribir su dirección, el señor Kapasi le pasó el papel; sin embargo, nada más hacerlo, le preocupó la idea de haber escrito mal su propio nombre o haber invertido, sin quererlo, los números de su distrito postal. Se horrorizó al pensar en una carta perdida, en una fotografía que jamás llegaría a sus manos, olvidada en algún rincón de Orissa, tan cercana y a la vez imposible de obtener. Pensó en pedir otra vez la tira de papel y asegurarse de que la dirección era la correcta, pero la señora Das ya la había sumido en las profundidades de su bolso.

* * *

Llegaron a Konarak a las dos y media. El templo, construido en arenisca, era una estructura piramidal de forma semejante a la de un carro. Estaba dedicado al gran hacedor de la vida, el sol, cuyos rayos iluminaban tres lados del edificio al efectuar su diario recorrido en el cielo. Las caras norte y sur del zócalo exhibían veinticuatro ruedas gigantescas talladas en la piedra.

El edificio entero aparecía conducido por un tiro de siete caballos al galope como si atravesaran los cielos. Cuando estuvieron más cerca, el señor Kapasi explicó que el templo había sido construido entre 1243 y 1255 por mil doscientos artesanos a las órdenes de un gran monarca de la dinastía Ganga, el rey Narasimhadeva I, que conmemoró así su victoria sobre un ejército musulmán.

—Aquí dice que el templo tiene una superficie de ciento setenta acres —observó el señor Das, leyendo su guía.

—Es como un desierto —comentó Ronny, con la mirada fija en la arena que se extendía a todos lados del templo.

—El río Chandrabhaga antaño fluía a kilómetro y medio de aquí. Ahora está seco —explicó el señor Kapasi, apagando el motor.

Salieron del auto y caminaron hasta el templo, aprovechando para posar ante el par de leones que flanqueaban los escalones. El señor Kapasi les llevó ante una de las ruedas del carro. De tres metros de diámetro, la rueda era mayor que cualquier ser humano.

—«Las ruedas simbolizan la rueda de la vida —leyó el señor Das—. También simbolizan el ciclo de creación, conservación y adquisición del conocimiento.»
Flipante. —El señor Das volvió la página de su guía—. «Cada rueda se divide en ocho rayos anchos y estrechos que dividen el día en ocho partes iguales. El armazón está decorado con aves y animales esculpidos en la piedra, mientras los medallones de los radios exhiben figuras femeninas en actitud sensual, francamente erótica muchas veces.»

El señor Das hacía mención a la multitud de frisos que mostraban cuerpos desnudos y emparejados, haciendo el amor en distintas posiciones, las mujeres aferradas al cuello

de los hombres, con las rodillas eternamente envueltas sobre los muslos de sus amantes. Además, se veían numerosas escenas de la vida cotidiana, de la caza y el comercio, de ciervos a los que se daba muerte con arcos y flechas, de guerreros desfilantes espada en mano.

Ya no era posible entrar en el templo, cuyo interior llevaba años en ruinas, así que se contentaron con admirar su interior, como hacían todos los turistas que el señor Kapasi acompañaba hasta aquí. Tomándose su tiempo, caminaron por cada uno de sus lados. El señor Das caminaba a la zaga, aprovechando para tomar fotografías. Los niños corrían al frente, señalando las desnudas figuras humanas, particularmente atónitos ante las Nagamithunas, parejas medio humanas medio serpeantes de las que se decía —según les informó el señor Kapasi— que vivían en las profundidades abisales del océano. Al señor Kapasi le agradaba que el templo fuera de su gusto, complaciéndole de forma especial el interés mostrado por la señora Das. La mujer se detenía a cada tres o cuatro pasos para fijar su mirada silenciosa en los amantes esculpidos en la piedra, las procesiones de elefantes y las muchachas de torso desnudo que extraían música de sus tambores de dos caras.

Aunque el señor Kapasi había estado en el templo infinidad de veces, esta vez se le ocurrió —al observar también a las mujeres semidesnudas— que jamás había visto a su esposa desnuda por completo. Incluso cuando acostumbraban a hacer el amor, su mujer insistía en mantener su blusa cerrada y el extremo de sus enaguas anudado en torno a la cintura. Él nunca había tenido ocasión de admirar las curvas de su mujer del modo que ahora admiraba las de la señora Das, que en ese momento parecía caminar para su exclusivo disfrute. Por supuesto, el señor Kapasi había visto numerosas piernas desnudas con anterioridad, pertenecientes a mujeres americanas o europeas a las que había llevado de excursión. Sin embargo, la señora Das era distinta. A diferencia de las otras mujeres, que sólo habían mostrado interés en el templo y mantenían la nariz pegada a su guía turística o los ojos escondidos tras el objetivo de una cámara, ella se había interesado por su persona.

El señor Kapasi estaba ansioso de encontrarse a solas con ella, de continuar con su conversación de carácter privado; sin embargo, le ponía nervioso caminar a su lado. La mujer aparecía perdida tras sus gafas de sol, desatendiendo las exhortaciones de su marido a posar para una nueva foto, caminando junto a sus hijos como si fueran extraños. Temeroso de molestarla, el señor Kapasi caminaba unos pasos por delante, a fin de admirar, como siempre hacía, las tres encarnaciones esculpidas en bronce a tamaño natural de Surya, el dios-sol, cada una de ellas saliendo de su nicho en la fachada del templo para reverenciar al sol en el amanecer, el mediodía y el crepúsculo. Las tres encarnaciones lucían elaborados tocados y tenían cerrados los ojos lánguidos y rasgados; sus pechos desnudos estaban envueltos en amuletos y cadenas trabajadas. Pétalos de hibisco, ofrenda de anteriores visitas, yacían bajo sus pies, de un verde grisáceo. La última estatua, en el muro norte del templo, era la preferida del señor Kapasi. Este Surya exhibía una expresión fatigada, cansada tras un largo día de trabajo, y aparecía montado a horcajadas sobre un caballo con las patas dobladas. Incluso los ojos de su caballo se mostraban soñolientos. En torno a su cuerpo revoloteaban esculturas menores que representaban a mujeres emparejadas con la cadera apuntando hacia uno de sus lados.

—¿Qué representa esta figura? —preguntó la señora Das. El señor Kapasi se quedó de una pieza al verla a su lado.

—Es el Astachala-Surya —respondió él—. El sol poniente.

—¿Lo cual significa que en un par de horas el sol se pondrá exactamente aquí? —La señora Das deslizó un pie fuera del zapato de cuadrado tacón y se frotó los dedos contra el gemo de la otra pierna.

—Correcto.

La mujer alzó las gafas de sol un instante y volvió a cubrirse los ojos con ellas.

—De primera.

El señor Kapasi no estaba completamente seguro acerca del significado de la expresión, aunque algo le decía que expresaba una opinión favorable. Esperaba que la señora Das hubiera comprendido la belleza y el poder emanantes de Surya. Quizá más tarde podrían discutir la cuestión en sus cartas. El le explicaría más cosas de la India, ella le respondería hablándole de América. En cierto modo, la correspondencia contribuiría a trocar su sueño en realidad, a convertirle en intérprete entre dos naciones. El fijó la mirada en el bolso de paja de la mujer, entusiasmado ante la idea de que su dirección yacía en su interior. Al pensar en ella a miles de kilómetros de distancia, sintió un vacío en su interior que le produjo ansias de abrazarla con todas sus fuerzas, de unirse a ella, siquiera por un momento, en un abrazo con su Surya favorito por testigo. Pero la señora Das ya se había puesto otra vez a caminar.

—¿Cuándo vuelven ustedes a América? —preguntó él, esforzándose en mostrar placidez.

—En diez días.

El señor Kapasi hizo cálculos: una semana para hacerse al regreso, una semana para revelar los carretes, unos días más para escribirle su carta, dos semanas para que la misiva llegara a la India por avión. De acuerdo con esta secuencia, dejando margen para posibles retrasos, tendría noticias de la señora Das en unas seis semanas.

* * *

La familia guardaba silencio cuando el señor Kapasi emprendió el camino de regreso al hotel Sandy Villa, poco más tarde de las cuatro y media. Los niños jugaban con unas réplicas en miniatura talladas en granito de las ruedas del carro, recién adquiridas en un quiosco de souvenirs. El señor Das continuaba enfrascado en la lectura de su guía. La señora Das desenmarañaba el cabello de Tina con el cepillo, arreglándolo en dos pequeñas colas.

El señor Kapasi sentía aprensión ante la perspectiva de dejarles en el hotel. No estaba preparado para asumir las seis semanas de espera que pasarían antes de volver a saber de esa mujer. Mientras la miraba furtivamente por el retrovisor, pensó en alguna estratagema que le permitiera alargar la excursión. En circunstancias normales se valía de un atajo para llegar a Puri cuanto antes, deseoso de llegar a casa, lavarse pies y manos con jabón de sándalo y disfrutar del periódico vespertino y la taza de té que su mujer siempre le servía en silencio. La idea de ese silencio, al que se había resignado tanto tiempo atrás, ahora le resultaba opresiva. En ese preciso momento sugirió visitar las colinas de Udayagiri y Khandagiri, desfiladero en el que se alineaban ciertas edificaciones religiosas esculpidas en la misma piedra. El lugar estaba a algunos kilómetros, pero valía la pena, les aseguró.

—Sí, la guía también habla de ese desfiladero —dijo el señor Das—. Parece que la construcción fue obra de un rey Jain, o algo así.

—¿Les apetece echar una mirada? —preguntó el señor Kapasi, deteniendo el vehículo en un desvío—. Hay que tomar a la izquierda para llegar allí.

El señor Das se volvió hacia su mujer. Ambos se encogieron de hombros.

—A la izquierda, a la izquierda —urgieron los niños.

Casi extático de alivio, el señor Kapasi hizo girar el volante. No sabía qué haría o qué le diría a la señora Das cuando llegaran a las colinas. Quizá le diría cuán magnífica era su sonrisa. Quizá elogiaría su blusa con el fresón, que encontraba favorecedora de un modo irresistible. Quizá, cuando el señor Das estuviera ocupado en tomar alguna fotografía, se atreviera a cogerla de la mano.

No tuvo que pensarlo demasiado. Cuando llegaron a las colinas, divididas por un empinado camino flanqueado por una espesura de árboles, la señora Das se negó a bajar del coche. Junto al camino, docenas de monos aparecían sentados sobre las piedras y las ramas de los árboles. Con los cuartos delanteros erguidos hasta el hombro, sus brazos descansaban sobre las rodillas.

—Me duelen las piernas —dijo ella, hundiéndose en el asiento—. Mejor me quedo aquí.

—No sé por qué te has puesto esos estúpidos zapatos —apuntó él—. Conseguirás no salir en ninguna foto.

—Pues imagínate que sí salgo.

—Pero podríamos hacer una foto para nuestra próxima felicitación de Navidad. No nos hemos hecho ninguna foto juntos en el Templo del Sol. El señor Kapasi podría tomarla.

—No tengo ganas de salir. Además, esos monos me dan repelús.

—Pero si son inofensivos —objetó el señor Das. Volviéndose al señor Kapasi, incidió —: ¿A que lo son?

—Más bien tienen hambre que otra cosa —dijo el señor Kapasi—. Si uno no se acerca con algo de comida, no tiene nada que temer.

El señor Das echó a caminar con los niños hacia el desfiladero. Los dos chavales marchaban a su lado, la niña iba sobre sus hombros. El señor Kapasi les observó cruzarse con una pareja japonesa, únicos turistas además de ellos que había en el lugar. Tras detenerse para tomar una última fotografía, la pareja se metió en un coche aparcado en las cercanías y se alejó de allí. Mientras el auto se perdía de vista, algunos monos chillaron con suavidad y echaron a caminar sobre sus pies planos sendero arriba. En cierto momento, un grupo de ellos rodeó al señor Das y sus hijos. Tina soltó un grito de entusiasmo. Ronny corría en círculos en torno a su padre. Bobby se agachó y cogió una gruesa estaca del suelo. Cuando la extendió, uno de los monos se acercó y se la arrebató de las manos. El mono golpeó el suelo con la estaca por unos segundos.

—Voy a acompañarles —declaró el señor Kapasi, abriendo la portezuela de su lado—. Hay mucho que explicar sobre esas cuevas.

—No. Quédese un momento —dijo la señora Das. La mujer se levantó de la parte posterior y se sentó al frente, junto a él—. Raj ya tiene bastante con esa tonta guía de viaje. —Sentados el uno al lado del otro, contemplaron cómo Bobby jugaba con el mono, pasándose la estaca mutuamente.

—Un muchachito muy valeroso —comentó el señor Kapasi.

—Es natural —apuntó ella. —¿Cómo?

—No es suyo.

—¿Perdón?

—De Raj. No es hijo de Raj.

El señor Kapasi sintió que le picaba la piel. Su mano rebuscó en el bolsillo de la camisa hasta dar con la latita de bálsamo de aceite de loto que siempre llevaba encima y se aplicó el bálsamo en tres puntos de la frente. Aunque sabía que la señora Das le estaba observando, no volvió el rostro hacia ella.

En lugar de eso, contempló las siluetas del señor Das y los niños, cada vez menores a medida que ascendían por el empinado sendero, deteniéndose aquí y allí para tomar una fotografía, rodeados por los monos en número cada vez mayor.

—¿Le sorprende?

El modo en que ella hizo la pregunta le llevó a escoger las palabras con cuidado.

—No es cosa que uno espere de buenas a primeras —respondió en tono mesurado, llevándose la latita de bálsamo de aceite de loto al bolsillo.

—No, claro que no. Y nadie lo sabe. Nadie en absoluto. Es un secreto que no he dicho a nadie en ocho años. —La mujer miró al señor Kapasi ladeando la barbilla, como si deseara obtener una nueva perspectiva—. Pero ahora se lo he dicho a usted.

Él asintió en silencio. De repente se encontró muerto de sed; sentía la frente cálida y levemente dormida por el bálsamo. Pensó en pedir un sorbo de agua a la señora Das, pero finalmente descartó la idea.

—Nos conocimos siendo muy jóvenes —explicó la mujer. Rebuscó algo en el interior de su bolso de paja; su mano emergió brandiendo un paquete de arroz hinchado—. ¿Le apetece?

—No, gracias.

La señora Das se llevó un puñado a la boca, hundió ligeramente el cuerpo en el asiento y desvió su mirada del señor Kapasi para fijarla en la ventanilla lateral del automóvil.

—Cuando nos casamos, aún estábamos en la universidad. Eramos novios desde la secundaria. Por supuesto, estudiábamos en la misma universidad. Entonces no podíamos soportar la idea de vernos separados, ni por un día ni por un minuto. Nuestros padres eran amigos de toda la vida que vivían en la misma ciudad. Desde siempre le veía cada fin de semana, en su casa o en la nuestra. Cuando nos mandaban a jugar al piso de arriba, nuestros padres hacían bromas sobre nuestro futuro matrimonio. ¡Ya puede imaginarse! Nunca nos pillaron in fragante ahora creo que era una especie de arreglo matrimonial. Lo que hacíamos esos viernes y sábados por la noche, mientras nuestros padres tomaban el té en el piso de abajo... No me creería usted, señor Kapasi.

Como consecuencia de estar siempre junto a Raj en la universidad, nunca hizo demasiadas amistades. No había persona con quien pudiera hablar después de alguna pequeña disputa con él ni en quien pudiera confiar la más mínima idea o preocupación. Por entonces sus padres vivían en el otro extremo del mundo; aunque, la verdad, nunca se había sentido demasiado unida a ellos. Después de casarse tan joven, se vio abrumada por la responsabilidad: un hijo tan temprano, los cuidados incesantes, calentar el biberón, comprobar su temperatura contra la muñeca mientras Raj estaba en el trabajo, vestido con su pantalón de pana y jersey, hablando de piedras y dinosaurios a sus alumnos. Raj nunca parecía molesto o preocupado; nunca engordó, como le sucedió a ella después del primer niño.

Siempre fatigada, rechazaba las invitaciones de sus una o dos únicas amigas de la universidad para almorzar juntas o ir de tiendas a Manhattan. Con el tiempo, las amigas dejaron de llamarla y se vio encerrada en casa con el niño el día entero, rodeada de juguetes que le hacían tropezar al caminar o sobresaltarse cuando tomaba asiento. Después de que naciera Ronny, sólo salían muy de tarde en tarde y casi nunca recibían a invitados. A Raj le daba igual; cuando volvía de la escuela, tenía bastante con ver la televisión y columpiar a Ronny sobre su rodilla. Ella se irritó sobremanera cuando Raj la informó de la inminente visita de un amigo punjabí, a quien ella conociera tiempo atrás pero al que apenas recordaba, amigo que pasaría una semana en casa mientras atendía ciertas entrevistas de trabajo en Nueva Brunswick.

Bobby fue concebido una tarde, sobre un sofá sembrado de juguetes para niños a quienes les estaban saliendo los dientes, justo después de que el amigo supiera que había sido contratado por una empresa farmacéutica con sede en Londres, mientras Ronny lloraba demandando salir de la trona. Ella no protestó cuando el amigo acarició la base de su espalda y la apretó contra su bien planchada americana azul marino. El amigo le hizo el amor con una pericia que ella nunca había conocido, sin ningunas de las miradas y expresiones preñadas de significado con que Raj insistía en obsequiarla después. Al día siguiente, Raj le llevó en coche al aeropuerto John Fitzgerald Kennedy. El amigo hoy estaba casado con una muchacha punjabí con quien vivía en Londres; ambos matrimonios intercambiaban tarjetas cada Navidad y se enviaban fotografías de sus respectivas familias. El amigo no sabía que era el padre de Bobby. Nunca lo sabría.

—Discúlpeme, señora Das, pero quisiera saber por qué me ofrece esta información — preguntó el señor Kapasi cuando ella dejó de hablar y de nuevo volvió su rostro hacia él.

—Por Dios, deje de llamarme señora Das. Sólo tengo veintiocho años. Seguro que sus hijos tienen mi edad.

—La verdad, no... —Al señor Kapasi no le gustó descubrir que ella pensaba en él como en un padre. Lo que sentía hacia ella, lo que le había llevado a espiarla furtivamente por el retrovisor mientras conducía, se evaporó ligeramente.

—Si se lo he dicho, es por su talento. —La mujer devolvió el paquete de arroz hinchado al interior del bolso sin molestarse en doblar la parte superior.

—No entiendo —dijo el señor Kapasi.

—¿No se da cuenta? Me he pasado ocho años sin poder decírselo a nadie, ni a un amigo ni, por supuesto, al propio Raj. Lo que es él, no tiene la menor sospecha. Todavía piensa que sigo enamorada de él. Y bien, ¿no tiene usted nada que decir?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que acabo de contarle. Sobre mi secreto, y sobre lo mal que me hace sentirme. Cuando miro a mis niños y miro a Raj, me siento fatal, fatal de veras. A veces me entran esos terribles arrebatos, señor Kapasi. Un día sentí el impulso de tirarlo todo por la ventana, la televisión, los niños, todo. ¿No le parece malsano?

El guardó silencio.

—Señor Kapasi, ¿no tiene nada que decir? Pensaba que ése era su trabajo.

—Mi trabajo es el de guía turístico, señora Das.

—No me refiero a eso. Me refiero a su otro trabajo, el de intérprete.

—Pero aquí no hay barrera lingüística alguna. ¿Qué falta hace un intérprete?

—No es eso lo que quiero decir. Si no, no se lo hubiera contado. ¿No se da cuenta de lo que para mí significa contárselo?

—¿A qué significado se refiere?

—Significa que estoy harta de sentirme siempre así de mal. Ocho años, señor Kapasi, llevo ocho años sufriendo. Yo esperaba que usted podría ayudar a que me sintiera mejor, quizá mediante la palabra adecuada. Quizá sugiriéndome alguna clase de remedio.

El señor Kapasi la contempló vestida con su roja falda de cuadros y su camiseta decorada con un fresón, una mujer que no llegaba a los treinta años y no amaba a su marido ni a sus niños, una mujer que ya no sentía aprecio por la vida. Su confesión le deprimía, sobre todo cuando pensaba en el señor Das sendero arriba, con Tina sobre los hombros, tomando fotografías de las viejas células monacales horadadas en la montaña a fin de mostrárselas a sus alumnos en América, sin sospechar por un segundo que uno de sus hijos no era suyo de veras. Se tomó como un insulto que la señora Das se atreviera a pedirle una interpretación de su secreto tan trivial y corriente. Ella no tenía nada que ver con los pacientes que acudían a la consulta del doctor, desesperados y con los ojos vidriosos, incapaces de dormir, respirar u orinar sin problemas, incapaces, sobre todo, de prestar nombre a sus dolencias. Con todo, el señor Kapasi seguía pensando que su deber consistía en ayudar a la señora Das. Quizá debiera animarla a confesar la verdad al señor Das. Le diría que la sinceridad es siempre la mejor política. Sin duda, la sinceridad la ayudaría a sentirse mejor, por usar su misma expresión. Quizá él pudiera ofrecerse a presidir la discusión como mediador. Decidió empezar por la cuestión más obvia, a fin de llegar al fondo del asunto, así que le preguntó:

—Señora Das, ¿siente usted culpabilidad por lo sucedido? ¿O simplemente sufre por ello?

La mujer se giró y clavó su mirada en él, con sus labios glaseados en rosa todavía escarchados en aceite de mostaza. Cuando abrió la boca para decir alguna cosa, su mirada fija en él reveló cierta íntima y fugaz lucidez que la llevó a guardar silencio. Él se quedó petrificado; en ese momento supo que su persona ni siquiera merecía la consideración necesaria para ser insultada. La mujer abrió la portezuela del coche y echó a caminar por el sendero, tambaleándose ligeramente sobre sus cuadrados tacones de madera, llevando la mano al bolso para comer puñados de arroz hinchado. El arroz se deslizó entre sus dedos, dejando un rastro zigzagueante que llevó a uno de los monos a saltar de su árbol para devorar los diminutos granos blanquecinos. Hambriento, el mono salió en pos de la señora Das. Otros monos se unieron a él y, en un momento, la señora Das se vio seguida por una docena de primates que arrastraban sus colas aterciopeladas al caminar.

El señor Kapasi salió del coche. Quiso gritar en señal de advertencia, pero temió que ella se pusiera nerviosa si advertía la presencia de los monos a su espalda. Quizá resbalara sobre sus tacones. Quizá los monos tironeasen de su bolso o sus cabellos. El señor Kapasi subió al trote sendero arriba, armándose con una rama caída para espantar a los monos. La señora Das seguía caminando, inadvertida, dejando un reguero de arroz hinchado a su paso. Junto a la cima de la pendiente, el señor Das estaba de rodillas, ocupado en ajustar el objetivo de su cámara. Los niños se encontraban bajo los arcos, ora visibles, ora invisibles.

—¡Esperad un momento! —les llamó la señora Das—. ¡Ahora voy!

Tina comenzó a saltar de alborozo.

—¡Ahí viene mamá!

—Estupendo —comentó el señor Das sin levantar la mirada—. Justo a tiempo. A ver si el señor Kapasi puede hacernos una fotografía.

El señor Kapasi apretó el paso, agitando la rama en su mano para que los monos se distrajeran y dispersaran en otra dirección.

—¿Dónde está Bobby? —preguntó la señora Das, haciendo un alto.

El señor Das alzó la vista de la cámara.

—No lo sé. Ronny, ¿dónde está Bobby?

Ronny se encogió de hombros.

—Yo pensaba que andaba por aquí.

—¿Dónde está? —repitió la señora Das con insistencia—.

¿Cómo es que no está con vosotros?

Llamándole a voces, comenzaron a recorrer los lados del sendero. Por un momento, sus propias llamadas les impidieron oír los gritos del pequeño. Cuando por fin lo encontraron, algo más abajo, bajo un árbol, Bobby estaba rodeado por un grupo de monos, mas de media docena de ellos, que le tiraban de la camiseta con sus dedos largos y negros. El arroz hinchado vertido por la señora Das sembraba el suelo junto a sus pies, rastrillado por las manos de los monos. El niño guardaba silencio y se mostraba paralizado; unas lágrimas veloces le corrían rostro abajo. Sus piernas desnudas estaban polvorientas y enrojecidas allí donde uno de los monos le golpeaba repetidamente con la estaca que él mismo le entregara antes.

—¡Papá, ese mono está pegándole a Bobby! —exclamó Tina.

El señor Das se frotó las palmas sudorosas contra los pantalones cortos. En su nerviosismo, sin querer, apretó el obturador de la cámara; el zumbido de la película al pasar aumentó la excitación de los monos. El animal armado con la estaca redobló sus golpes contra Bobby.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? ¿Qué hacemos si atacan todos de golpe?

—¡Señor Kapasi! —chilló la señora Das, advirtiendo su presencia a un lado—. ¡Haga alguna cosa, por Dios, haga algo!

El señor Kapasi empuñó su rama y ahuyentó a los monos, silbando con agresividad a quienes se mantenían inmóviles, pateando el suelo a fin de asustarles. Los animales retrocedieron con lentitud, midiendo los pasos, obedientes pero no intimidados. El señor Kapasi tomó a Bobby en brazos y lo llevó junto a sus padres y hermanos. Mientras lo llevaba en brazos, estuvo tentado de susurrarle un secreto al oído. Pero Bobby estaba aturdido, tembloroso de miedo, sangrando ligeramente allí donde la estaca había rasgado la piel de sus piernas. Después de que el señor Kapasi lo devolviera junto a sus padres, el señor Das palmeó su camiseta para liberar la porquería acumulada y reajustó la visera en su cabeza. La señora Das rebuscó en su bolso de paja hasta encontrar una tirita con la que cubrió la herida de la rodilla. Ronny ofreció un chicle a su hermano.

—El chico está bien, sólo un poquito asustado. ¿Verdad, Bobby? —dijo el señor Das, acariciándole la cabeza.

—Por Dios, váyanos de una vez —intervino la señora Das. La mujer cruzó sus brazos sobre el fresón que tenía en el pecho—. Este sitio me da repelús.

—Sí, vámonos al hotel de una vez —secundó su marido.

—Pobrecito Bobby —musitó ella—. Ven aquí un segundo. Deja que mamá te arregle el pelo.

La mujer volvió a rebuscar en el bolso de paja, sacando esta vez el cepillo, que empezó a pasar junto a la visera translúcida de su hijo. Cuando apartó el cepillo, la tira de papel con la dirección del señor Kapasi revoloteó en el aire. Nadie se dio cuenta; sólo el señor Kapasi. El intérprete la contempló alzarse en el aire, cada vez más alta, arrastrada por la brisa hacia los árboles, donde los monos, sentados, observaban con solemnidad la escena que tenía lugar a sus pies. El señor Kapasi también la observaba, sabedor de que ésta era la imagen de la familia Das que conservaría por siempre en su recuerdo.

Un durwan de verdad

MAMÁ Boori, la mujer que barría la escalera, llevaba dos noches sin dormir, así que en la mañana anterior a la tercera noche, sacudió la colcha de su cama y a continuación sacudió las sábanas, una vez bajo los buzones donde vivía y una segunda vez en la puerta del callejón, lo que ahuyentó a los cuervos que se aprovisionaban de restos de verduras.

Cuando comenzó a ascender los cuatro pisos hasta el tejado, Mamá Boori se llevó la mano a la rodilla que siempre se le hinchaba al comienzo de cada estación de las lluvias. El ademán la obligó a soportar en la otra mano el peso del cubo, las sábanas y el hatillo de juncos que le servía de escoba. En los últimos tiempos Mamá Boori comenzaba a

pensar que la escalera se tornaba más empinada cada día; cuando la subía, le parecía estar subiendo por una escalera de pintor. Tenía sesenta y cuatro años, llevaba el cabello recogido en un moño no mayor que una nuez y parecía casi tan delgada de frente como de través.

De hecho, lo único que parecía tridimensional en Mamá Boori era su voz: quebradiza y lastimera, amarga como la leche cuajada, aguda y estridente como para rayar la pulpa de un coco. Era con esta voz como enumeraba, dos veces al día, mientras barría la escalera, las penalidades y pérdidas sufridas desde que fuera deportada a Calcuta durante la Partición. Fue entonces, aseguraba, cuando el caos político la separó de un marido, cuatro hijas, una casa de dos pisos construida en ladrillo, un almari de palisandro y varios cofres cuyas llaves todavía conservaba, junto con los ahorros de toda una vida, anudados al extremo libre de su sari.

Dificultades aparte, la otra cosa que Mamá Boori se complacía en relatar era lo buenos que habían sido los tiempos pasados. No es de extrañar que, cuando llegó al rellano del segundo, el edificio entero estuviera al corriente del menú servido en la boda de su tercera hija.

—La casamos con un director de escuela. El arroz fue cocido en agua de rosas. Hasta el alcalde se presentó. Los invitados se lavaban las manos en cuencos de peltre. —Aquí hizo una pausa, recuperó el aliento y reajustó sus herramientas de trabajo bajo el brazo. Tras aprovechar para espantar a una cucaracha de los palos de la balaustrada, añadió—: El banquete incluía gambas con mostaza hervidas en hojas de banano. Nadie se privó de los manjares más exquisitos. Nosotros nos lo podíamos costear sin problemas. En casa comíamos carne de cabra dos veces por semana y teníamos un estanque de nuestra propiedad, siempre rebosante de peces.

A estas alturas, Mamá Boori podía ver los primeros rayos de luz que iluminaban la escalera. Aunque no eran más que las ocho, el sol irradiaba con la suficiente potencia para calentar los últimos escalones de cemento bajo sus pies. Era un edificio muy antiguo, donde el agua corriente todavía se almacenaba en bidones, con ventanas sin cristales y retretes ocultos tras un andamiaje de ladrillos.

—Un hombre recogía los dátiles y las guayabas para nosotros. Había otro que venía a cortar el hibisco. Allí supe lo que era la vida. Cuando cenaba, me servía de una cacerola para el arroz. —En este punto de la rapsodia, a Mamá Boori comenzaron a arderle los oídos; el dolor mordió a través de su rodilla hinchada—. ¿Les he dicho ya que tuve que cruzar la frontera con nada más que dos brazaletes en la muñeca? Y sin embargo hubo un día en que mis pies no pisaban otra cosa que el mármol. Pueden creerme o no, como quieran, pero ustedes ni se atreven a soñar con lujos como aquéllos.

Nadie sabía bien qué había de verdad en las letanías de Mamá Boori. Para empezar, el perímetro de su antigua mansión parecía duplicarse a cada nuevo día, como lo hacían los bienes atesorados en sus cofres y almari. Nadie dudaba de su condición de refugiada; el acento con que hablaba bengalí lo dejaba claro. Con todo, a los vecinos de este edificio de apartamentos les costaba reconciliar las aseveraciones de Mamá Boori relativas a su antigua fortuna y con el más prosaico relato de cómo atravesó la frontera oriental de Bengala, junto a millares de refugiados, en la caja de un camión cargado con

sacos de cáñamo. Y aún más, algunos días Mamá Boori insistía en haber llegado a Calcuta en un carro tirado por bueyes.

—¿Cómo llegó, pues? ¿En carro o en camión? le preguntaban a veces los niños cuando salían a jugar a policías y ladrones en el callejón.

A eso Mamá Boori respondía, meneando el extremo libre de su sari, a fin de que las llaves tintinearan:

—¿Qué importan los detalles? ¿Para qué arrancar la lima de una hoja de betel? Pueden creerme o no. En mi vida he pasado por penalidades que no pueden ni soñar.

Era cierto que embrollaba las cosas. Que se contradecía. Que adornaba casi todo cuanto decía. Y sin embargo, sus peroratas eran tan persuasivas, su alteración tan evidente, que no era fácil saber con qué carta quedarse.

¿Qué clase de terrateniente acababa barriendo escaleras? Eso era lo que el señor Dalal, del tercer piso, se preguntaba siempre al pasar junto a Mamá Boori, cuando iba y volvía de la oficina donde llevaba los pedidos a un distribuidor mayorista de tubos de goma, cañerías y accesorios diversos en la sección de College Street donde se alineaban los fontaneros.

«Bechareh, lo más probable es que se invente todos esos cuentos como forma de lamentar la pérdida de su familia», era la conjetura común entre las mujeres casadas.

—La boca de Mamá Boori está llena de ceniza, pero no olvidemos que ella es víctima del cambio de los tiempos —repetía el señor Chatterjee. Era éste un vecino que no había salido de su balcón ni abierto un periódico desde la independencia, aunque —quizá por ello mismo— sus opiniones siempre eran tenidas en consideración.

Con el tiempo circuló la teoría de que Mamá Boori una vez había trabajado como ayudante de un próspero zamindar del este, lo que explicaría su capacidad para exagerar el pasado a lo largo y a lo ancho. Sus guturales pretensiones no hacían daño a nadie. Todos estaban de acuerdo en que su presencia constituía un entretenimiento de primer orden. A cambio de alojarse bajo los buzones de la escalera, Mamá Boori mantenía la retorcida escalera limpia como una patena. Y, sobre todo, a los vecinos les agradaba que Mamá Boori, que dormía cada noche junto a una puerta plegable, montara guardia entre ellos y el mundo exterior.

Ninguno de los que vivían en ese edificio de apartamentos tenía grandes posesiones que merecieran ser robadas. La viuda del segundo piso, la señora Misra, era la única en disfrutar de teléfono. No obstante, los vecinos agradecían que Mamá Boori tuviera un ojo pendiente de cuanto pasaba en el callejón, filtrase a los vendedores ambulantes que acudían a vender peines o chales puerta a puerta, estuviera en disposición de llamar a un rickshaw en cosa de un momento y se las arreglara con cuatro escobazos para ahuyentar a cuanto personaje sospechoso se acercara a escupir, orinar o causar algún problema.

En pocas palabras, con el tiempo los servicios de Mamá Boori llegaron a asemejarse a los de un auténtico durwan. Aunque en circunstancias normales ésta no era ocupación de mujeres, Mamá Boori se tomaba a pecho su responsabilidad y mantenía una

vigilancia no menos escrupulosa que la del mejor guardián casero a encontrar en Lower Circular Road, Jodhpur Park y demás barrios residenciales.

* * *

En el terrado, Mamá Boori colgó sus sábanas del alambre de tender. El alambre, extendido en diagonal de una esquina a la otra del parapeto, se interponía ante el panorama de antenas de televisión, anuncios comerciales y los distantes arcos del puente de Howrah. Mamá Boori consultó las cuatro esquinas del horizonte. A continuación abrió el grifo que había en la base de la cisterna. Se lavó la cara y los pies, y se pasó dos dedos por los dientes. Después comenzó a sacudir las sábanas por sus dos lados valiéndose de la escoba. De vez en cuando se detenía y echaba una mirada al cemento, en espera de identificar el bicho que le impedía dormir. Estaba tan absorta en su observación que tardó unos instantes en advertir la presencia de la señora Dalal, del tercer piso, que había subido para dejar secar al sol una bandeja de peladuras de limón.

—Hay algo en estas sábanas que no me deja dormir —anunció Mamá Boori—. Dígame, ¿ve usted alguna cosa?

La señora Dalal sentía debilidad hacia Mamá Boori y de vez en cuando le daba pasta de jengibre para que condimentara sus guisos.

—Yo no veo nada —dijo la señora Dalal al cabo de un momento. La señora Dalal tenía las pestañas casi transparentes y los dedos de los pies esbeltos y ornados de anillos.

—Entonces es que son bichos con alas —concluyó Mamá Boori, dejando la escoba para contemplar las nubes que pasaban en procesión—. Debe de echar a volar cuando voy a sacudirlos. Pero fíjese en mi espalda. Seguro que la tengo perdida de picaduras.

La señora Dalal alzó el pliegue del sari de Mamá Boori, una prenda barata y blanquecina, del color de una charca sucia. La mujer examinó la piel desnuda encima y debajo de su blusa, cuyo corte ya no se veía en ninguna tienda. Por fin dijo:

—Mamá Boori, me parece que son imaginaciones tuyas.

—Le digo que esos bichos me están comiendo viva.

—Puede ser que el calor le produzca picazón —sugirió la señora Dalal.

Al oírlo, Mamá Boori sacudió el extremo libre de su sari e hizo tintinear sus llaves.

—Sé muy bien cuándo la picazón es culpa del calor —respondió. Esta picazón no es cosa del calor. Pero llevo tres noches sin dormir, quizá cuatro. ¿Quién sabe ya? Yo antes dormía en una cama limpiísima, con sábanas de muselina. Me puede creer o no, pero teníamos unas mosquiteras suaves como la seda. Ustedes no pueden ni soñar con el lujo en que vivíamos.

—No puedo ni soñarlo —repitió la señora Dalal. Cerró sus pestañas transparentes y suspiró—. No puedo ni soñarlo, Mamá Boori. Lo que es yo, vivo en dos habitaciones desvencijadas, casada con un hombre que vende piezas de retrete.—La mujer volvió su rostro y examinó una de las sábanas. Su dedo repasó una de las costuras—. Mamá Boori, ¿cuánto tiempo lleva durmiendo en estas sábanas? —preguntó.

Mamá Boori se llevó un dedo a los labios antes de contestar que no lo recordaba.

—¿Y por qué no nos ha dicho nada hasta hoy? ¿Acaso piensa que no podemos darle unas sábanas limpias? ¿Aunque sea un hule? —La mujer tenía aspecto de sentirse insultada.

—No hace falta —respondió Mamá Boori—. Ahora ya están limpias. Por eso las sacudo con la escoba.

—No me venga con ésas —cortó la señora Dalal—. Necesita usted una cama nueva. Sábanas, una almohada. Una manta en invierno. —La señora Dalal enumeraba llevándose los dedos al pulgar.

—Los días de fiesta, dábamos de comer a los pobres del barrio —dijo Mamá Boori. Comenzó a llenar el cubo con el carbón apilado en el otro extremo del tejado.

—Ya hablaré con el señor Dalal cuando vuelva de la oficina —repuso la señora Dalal, enfilando la escalera—. Venga a verme por la tarde. Le daré unos pepinillos y algo de unguento para la espalda.

—Esta picazón no es cosa del calor —respondió Mamá.

Boori.

Era cierto que el calor picajoso era frecuente durante la estación de las lluvias, pero Mamá Boori prefería pensar que lo que la irritaba en la cama, lo que le robaba el sueño, lo que picaba como guindillas en su piel y su cabeza de poco pelo, era de origen menos mundano.

Mamá Boori rumiaba estas cosas al ponerse a barrer —siempre barría la escalera de arriba abajo—, cuando de pronto comenzó a llover. La lluvia batió la superficie del terrado como un niño calzado con zapatillas demasiado grandes para sus pies, echando por el desagüe las peladuras de limón de la señora Dalal. Antes de que los peatones pudieran abrir sus paraguas, la lluvia se había colado por cuellos, bolsillos y zapatos. En todo el edificio, y en los edificios vecinos, las viejas persianas fueron cerradas y anudadas con cordón de enagua a los barrotes de las ventanas.

A todo eso, Mamá Boori ya estaba barriendo el rellano del segundo piso. La anciana alzó la mirada por las empinadas escaleras; el oprimente sonido del agua que se desplomaba le dijo que sus sábanas se estaban convirtiendo en yogur.

Pero en ese momento recordó la conversación sostenida con la señora Dalal. Así que continuó barriendo al mismo ritmo, el polvo, las puntas de cigarrillo y las papelinas de

caramelo sembradas en los escalones, hasta que llegó a los buzones de la planta baja. A fin de impedir la entrada del viento, rebuscó entre sus cestas hasta encontrar unos periódicos que insertó en las aberturas en forma de diamante que había en la puerta plegable. A continuación puso el almuerzo a hervir sobre el cubo de carbón, graduando el fuego con ayuda de un abanico trenzado en palma.

* * *

Por la tarde, como era su costumbre, Mamá Boori se reajustó el moño, liberó el extremo de su sari y contó los ahorros acumulados durante toda una vida. La anciana acababa de despertarse de una siesta de veinte minutos, disfrutada en un lecho provisional elaborado con periódicos. Ya no llovía; el olor amargo de las hojas de mango húmedas se enseñoreaba del callejón.

Algunas tardes, Mamá Boori tenía por costumbre visitar a los vecinos de la escalera. Disfrutaba entrando y saliendo de sus pisos. Los vecinos, por su parte, se aseguraban de que Mamá Boori siempre se sintiera bienvenida y nunca cerraban el pestillo hasta que llegaba la noche. Los vecinos seguían con sus ocupaciones del momento, ya fueran éstas regañar a los niños, repasar los gastos de la casa o limpiar de piedras el arroz de la cena. De vez en cuando alguien le pasaba un vaso de té o la lata de galletas mientras jugaba con los niños a ver quién tiraba la ficha más cerca del rodapié. Poco acostumbrada a los muebles, Mamá Boori se acucillaba en umbrales o pasillos para observar gestos y costumbres con el mismo espíritu del recién llegado que observa el tráfico en una ciudad que es nueva para él.

Esa tarde, Mamá Boori decidió aceptar la invitación de la señora Dalal. La espalda todavía le picaba, a pesar de haber dormido sobre periódicos; la verdad era que un poco de unguento no le vendría mal. Cogió su escoba —sin ella, se sentía medio desnuda— y se disponía a subir la escalera, cuando un rickshaw se detuvo ante la puerta plegable.

Era el señor Dalal. Los años transcurridos revisando facturas y pedidos le habían dejado círculos morados bajo los ojos. Sin embargo, hoy su mirada relucía de brillo. El ápice de su lengua jugueteaba entre los dientes mientras cargaba con dos pequeños fregaderos de cerámica.

—Mamá Boori, tengo un trabajo para usted. Ayúdeme a subir estos fregaderos. —El señor Dalal se llevó un pañuelo doblado a la frente y la garganta y entregó una moneda al conductor del rickshaw. A continuación, ayudado por Mamá Boori, subió los fregaderos al tercer piso. Hasta que no estuvieron en el interior del apartamento, no anunció lo siguiente a la señora Dalal, Mamá Boori y algunos vecinos que les habían seguido con curiosidad: que sus horas llevando los números del distribuidor de tubos de goma, cañerías y accesorios diversos habían terminado para siempre. Que ese distribuidor, ansioso de respirar aire más puro, y cuyos beneficios se habían duplicado, se disponía a abrir un segundo comercio en Burdwan. Y que, tras evaluar lo concienzudo de su labor de años, el distribuidor había decidido ascender al señor Dalal a encargado de la tienda en College Street. Excitado por la noticia, el señor Dalal había

adquirido dos fregaderos mientras cruzaba el barrio de los fontaneros de camino a su hogar.

—¿Y qué vamos a hacer con dos fregaderos en un piso de dos habitaciones? —preguntó la señora Dalal, que ya estaba de mal humor desde la pérdida de las peladuras de limón —. ¿Quién ha oído semejante cosa? Todavía tengo que cocinar en un hornillo de petróleo. No quieres ni oír hablar de instalar el teléfono. Y todavía estoy esperando la nevera que me prometiste al casarnos. ¿Y crees que con dos fregaderos está todo arreglado?

La subsiguiente disputa tuvo lugar a gritos, lo bastante altos para ser oídos desde los buzones de la entrada. La discusión fue lo bastante enérgica y prolongada para elevarse sobre el segundo chaparrón que cayó después de que se hiciera de noche. Fue una discusión lo bastante fuerte para distraer a Mamá Boori mientras barría la escalera de arriba abajo por segunda vez en la jornada, razón que la llevó a guardarse el relato de sus penalidades y su pretérito esplendor. Mamá Boori pasó la noche en un lecho de periódicos.

La disputa entre el señor y la señora Dalal todavía se arrastraba a la mañana siguiente, cuando una cuadrilla de obreros descalzos se presentó a instalar los fregaderos. Tras dar vueltas al asunto toda la noche, el señor Dalal había decidido instalar un fregadero en la sala de estar de su apartamento y el otro en la escalera del edificio, en el rellano del primer piso.

—Así todo el mundo podrá usarlo —explicó, yendo de puerta en puerta. Los vecinos estaban encantados; llevaban años cepillándose los dientes en agua de bidón servida en tazones.

Además, el señor Dalal pensaba que un fregadero en la escalera no dejaría de impresionar a las visitas. Ahora que era encargado de la empresa, a saber quién vendría a visitarle.

Los obreros trabajaron varias horas, subiendo y bajando la escalera y comiendo el almuerzo apoyados en cuclillas contra los palos de la balaustrada. Los obreros martilleaban, escupían, gritaban y soltaban juramentos, secándose el sudor con el extremo de sus turbantes. Su presencia impidió que Mamá Boori pudiera barrer la escalera en todo el día.

A fin de matar el tiempo, Mamá Boori buscó refugio en el terrado. Mientras paseaba entre los parapetos, las caderas le dolieron por efecto de la noche pasada entre periódicos. Tras consultar los cuatro extremos del horizonte, rasgó sus sábanas en tiras y tomó la decisión de abrillantar los palos de la balaustrada más tarde.

A última hora de la tarde, los vecinos se congregaron para admirar el trabajo del día. Incluso Mamá Boori tuvo que lavarse las manos en el chorro de cristalina agua corriente.

—El agua con que nos bañábamos en nuestra casa se perfumaba con pétalos y esencia de rosas. Pueden creerme o no, pero era un lujo con el que no pueden ni soñar.

El señor Dalal se ocupó de mostrar las diversas posibilidades que ofrecía el lavamanos. Primero abrió al máximo y cerró cada uno de los grifos. Luego abrió ambos grifos a la vez para ilustrar la diferente presión del agua. Si uno accionaba una pequeña palanca situada entre los grifos era posible llenar de agua el lavamanos.

—El último grito en elegancia —concluyó el señor Dalal.

Con todo, el resentimiento no tardó en aparecer entre las mujeres casadas. Como tenían que guardar cola cada mañana para cepillarse los dientes, a todas les frustraba la espera de su turno, la obligación de limpiar los grifos después de cada uso y la imposibilidad de dejar su propio jabón y pasta de dientes en la estrecha periferia del fregadero. Los Dalal contaban con su propio lavamanos; ¿por qué razón tenían ellos que compartir uno entre todos?

—¿Es que no tenemos derecho a tener nuestro propio lavamanos? —estalló una de ellas cierta mañana.

—¿Es que los Dalal son los únicos que pueden mejorar las condiciones del edificio? —preguntó otra.

Los rumores empezaron a desatarse: que, a raíz de su discusión, el señor Dalal había hecho las paces con su mujer tras comprarle dos kilos de aceite de mostaza, un chal de Cachemira y una docena de pastillas de jabón de sándalo; que el señor Dalal había pedido la instalación del teléfono a la compañía; que la señora Dalal se pasaba el día entero lavándose las manos bajo el grifo. Por si no bastara con todo eso, a la mañana siguiente un taxi destinado a la estación de Howrah hizo chirriar sus ruedas en el callejón: los Dalal se marchaban diez días a Simia.

—Mamá Boori, no piense que he olvidado lo que le dije. Le traeremos una manta de lana de las montañas —prometió la señora Dalal por la abierta ventanilla del taxi. La mujer llevaba en su regazo un bolso de cuero a juego con el reborde turquesa de su sari.

—¡Le traeremos dos mantas! —exclamó el señor Dalal, que estaba sentado junto a su mujer, ocupado en revisar sus bolsillos para cerciorarse de que su cartera estaba donde tenía que estar.

De todos los vecinos del edificio, Mamá Boori fue la única que les deseó buen viaje desde la puerta plegable.

Nada más marcharse los Dalal, las demás mujeres comenzaron a planear sus propias reformas. Una de ellas se decidió a vender varios de sus brazaletes de boda y encargó a un pintor que diera una nueva capa a las paredes de la escalera. Otra empeñó su máquina de coser e hizo venir a un desparasitador. Una tercera fue a la platería y devolvió un juego de platillos; quería pintar las persianas de amarillo.

Los obreros comenzaron a ocupar el edificio día y noche. A fin de evitar el continuo tráfico, Mamá Boori optó por dormir en el terrado. Eran tantos los que entraban y salían por la puerta plegable, tantos los que se agolpaban en el callejón a según qué horas, que la vigilancia de la escalera ya no tenía ningún sentido.

Al cabo de unos días, Mamá Boori también se llevó al terrado sus cestas y su cubo para cocinar. No había necesidad de lavarse en el lavamanos del primer piso; ella podía lavarse en el grifo de la cisterna, como siempre había hecho. Todavía tenía previsto pulir los palos de la balastrada con los trapos arrancados a sus sábanas. A todo eso, seguía durmiendo envuelta en periódicos.

Vinieron más lluvias. Bajo el toldo con goteras, con un periódico prendido en la cabeza, Mamá Boori se sentaba en cuclillas y observaba a las hormigas del monzón desfilar por la cuerda de tender con los huevos en la boca. Los vientos húmedos acariciaban su espalda. Ya no le quedaban muchos periódicos.

Las mañanas se le hacían largas, y las tardes, más largas todavía. Ya no recordaba cuándo había bebido un vaso de té por última vez. Sin pensar más en sus penalidades ni en su antiguo esplendor, se preguntaba cuándo volverían los Dalal con sus nuevas sábanas.

Aburrida de estar en el terrado, deseosa de hacer un poco de ejercicio, Mamá Boori comenzó a pasear por el barrio durante las tardes. Con la escoba de juncos en una mano, el sari manchado de tinta de imprenta, caminaba por los mercadillos, gastando en chucherías los ahorros de toda una vida: un paquete de arroz hinchado hoy, unos anacardos mañana, un vaso de zumo de caña de azúcar al día siguiente. Un día anduvo hasta los quioscos de libros usados que había en College Street. Al día siguiente caminó aún más lejos, hasta los mercadillos de verduras del Bow Bazaar. Fue allí, mientras examinaba los palosantos y jackfruits expuestos en un mostrador, donde sintió que unas manos rebuscaban en el extremo libre de su sari. Cuando se volvió, lo que quedaba de sus ahorros de toda una vida y el manojo de llaves habían desaparecido para siempre.

Los vecinos la estaban esperando esa tarde cuando volvió a la puerta plegable. Los gritos indignados resonaron por toda la escalera cuando le comunicaron la noticia: alguien había robado el lavamanos de la escalera. La pared recién pintada exhibía un gran agujero del que salía una maraña de tubos de goma y cañerías. El suelo estaba sembrado de pedazos de yeso. Mamá Boori apretó el mango de su escoba, sin responder.

Furiosos, los vecinos prácticamente la subieron en volandas al terrado, donde se quedó plantada a un lado de la línea de tender mientras los vecinos la increpaban desde el otro lado.

—Para eso sirve —chilló uno de ellos, señalando a Mamá Boori—. Seguro que ella misma está conchabada con los ladrones. ¿Dónde estaba cuando se suponía que debía vigilar la puerta?

—Lleva días paseándose por la calle y hablando con el primero que se presenta —informó un segundo vecino.

—Le hemos dado carbón, le hemos ofrecido un lugar para dormir... ¿Cómo ha podido traicionarnos de esa manera? —quiso saber un tercero.

Aunque ninguno de ellos se dirigía directamente a Mamá Boori, ésta no cesaba de repetir:

—Tienen que creerme... Tienen que creerme... Yo no conozco a ningún ladrón...

—Llevamos años aguantando sus mentiras —respondieron ellos—. ¿Y ahora quiere que la creamos?

Las recriminaciones no cesaban. ¿Cómo se lo explicarían ahora a los Dalal? Por fin decidieron consultar la opinión del señor Chatterjee, a quien encontraron sentado en el balcón, absorto en la contemplación de un atasco de tráfico.

Uno de los vecinos del segundo piso explicó:

—Mamá Boori ha puesto en peligro la seguridad del edificio. Y todos tenemos cosas de valor. La viuda, la señora Misra, vive sola y tiene teléfono. ¿Qué podemos hacer?

El señor Chatterjee consideró sus argumentos. Mientras pensaba, se ajustó el chal que envolvía sus hombros y contempló el andamiaje de bambú que recientemente rodeaba su balcón. Las persianas que tenía a la espalda, incoloras desde la noche de los tiempos, aparecían recién pintadas de amarillo.

Por fin, respondió:

—Mamá Boori tiene la boca llena de ceniza. Pero eso no es nada nuevo. Lo novedoso radica en el aspecto de este edificio. Un edificio así requiere emplear a un durwan de verdad.

En consecuencia, los vecinos cogieron el cubo y los trapos, las cestas y la escoba de juncos de Mamá Boori y los echaron escaleras abajo, más allá de los buzones y la puerta plegable, al callejón. A continuación echaron a Mamá Boori. Lo que necesitaban era un durwan de verdad.

De todas sus pertenencias, Mamá Boori sólo se quedó con la escoba.

—Tienen que creerme, tienen que creerme —insistía aún, mientras su silueta se alejaba. Su mano tiró del extremo libre de su sari, pero nada tintineó.

Sexy

ERA la peor pesadilla que podía tener una esposa. Después de nueve años de matrimonio, explicó Laxmi a Miranda, el marido de su prima se había enamorado de otra mujer. La había conocido en un vuelo de Delhi a Montreal y, en vez de seguir el camino hacia su hogar, mujer e hijos, lo que hizo fue bajarse con ella en Heathrow. Después llamó a su mujer para informarla de que había trabado una relación que había cambiado su vida y que necesitaba tiempo para ver las cosas con perspectiva. Desde ese día, la prima de Laxmi guardaba cama.

—Y no la culpo por eso —añadió Laxmi, sirviéndose más galletitas picantes, de las que mascaba todo el día y que a Miranda le recordaban un polvoriento cereal anaranjado—. Puedes imaginar. La chica es inglesa y tiene la mitad de años que él. —Laxmi era apenas unos años mayor que Miranda, pero ya estaba casada y tenía una fotografía de su marido y ella sentados en un banco de piedra blanca ante el Taj Mahal adherida en el tabique de su cubículo, adyacente al de Miranda. Laxmi había pasado más de una hora al teléfono, tratando de consolar a su prima. Nadie se había dado cuenta. Ambas trabajaban en una emisora pública de radio, en el departamento encargado de captar fondos adicionales para la emisora, y estaban rodeadas de empleados que se pasaban el día al teléfono insistiendo en obtener un compromiso de otras personas.

—Yo lo siento por el chico —prosiguió Laxmi—. El pobre lleva días sin salir de casa. Mi prima dice que no tiene fuerzas ni para llevarle a la escuela.

—La cosa suena fatal —comentó Miranda.

En general, las conversaciones al teléfono de Laxmi —habitualmente dedicadas a instruir a su marido sobre qué preparar para la cena— distraían a Miranda mientras tecleaba cartas a los asociados de la emisora, invitándoles a incrementar su cuota anual a cambio de un bolso o un paraguas. A través del tabique que separaba sus escritorios, oía perfectamente a Laxmi, cuyas frases aparecían puntuadas en ocasiones por esta o aquella palabra india. Pero esa tarde Miranda no le había prestado demasiada atención. Ella misma había estado hablando por teléfono, con Dev, para decidir dónde se encontrarían esa noche.

—La verdad es que al chico tampoco le pasará nada por quedarse en casa unos días. —Laxmi comió más galletas saladas, antes de devolver el paquete al cajón—. El chico es medio niño prodigio. Con una madre punjabí y un padre bengalí, en la escuela aprende inglés y francés, así que ya habla cuatro idiomas. Si no me equivoco, en la escuela le han puesto dos cursos por delante.

Dev también era bengalí. Al principio Miranda creía que el adjetivo denotaba su religión. Pero entonces él le señaló la región en la India, en un mapa que venía en un número de *The Economist*. Dev le había traído la revista expresamente al apartamento, pues Miranda carecía de atlas o libros con mapas. El señaló su ciudad natal y la ciudad natal de su padre. Una de las ciudades estaba en recuadro, a fin de atraer la atención del lector. Cuando Miranda preguntó por el significado del recuadro, él plegó la publicación en un rollo y respondió, acariciando juguetonamente sus cabellos:

—No es nada que te pueda interesar.

Antes de salir, Dev tiró la revista a la basura, junto con las colillas de los tres cigarrillos que siempre fumaba durante sus visitas. Sin embargo, tras ver cómo su coche se perdía Commonwealth Avenue abajo, de vuelta a la casa en las afueras que compartía con su mujer, Miranda recuperó la revista, cuya cubierta limpió de ceniza y cuyo lomo desenrolló en sentido inverso, a fin de aplanarlo. Miranda se metió en la cama, que seguía deshecha después de hacer el amor, y estudió las fronteras de Bengala. En su parte inferior se extendía una bahía; arriba había montañas. El mapa tenía que ver con un artículo dedicado a cierto Banco Gramin. Miranda pasó la página, esperando hallar alguna imagen de la ciudad natal de Dev, pero todo cuanto encontró fueron gráficos y estadísticas. Con todo, siguió mirando los diagramas, sin dejar de pensar en Dev, en cómo, tan sólo quince minutos antes, había encajado los pies de ella sobre sus hombros, de forma que las rodillas se le apretaban sobre los pechos mientras él le decía que no podía vivir sin verla.

Miranda le había conocido una semana antes en Filene's. Ella había acudido a la hora del almuerzo para comprar unos panties que estaban de rebaja en el sótano. Después subió las escaleras mecánicas hasta la sección de cosmética, donde cremas y jabones aparecían expuestos con empaque de joyería y las sombras de ojos y los polvos de tocador relucían como mariposas alineadas tras su cristal protector. Aunque Miranda jamás había adquirido otra cosa que no fuera lápiz de labios, le gustaba pasear por aquel laberinto estrecho y atestado, que le resultaba familiar de un modo que no lo era el resto de Boston. Disfrutaba sorteando a las mujeres que montaban guardia en cada esquina agitando tarjetas de muestra perfumadas en el aire. A veces, días más tarde, encontraba alguna tarjeta olvidada en el bolsillo de su abrigo; su espesa fragancia, todavía presente, le aportaba cierta calidez mientras esperaba el tranvía en la fría mañana.

Ese día, cuando se detuvo a oler una tarjeta particularmente fragante, Miranda advirtió la presencia de un hombre plantado ante una de las cajas registradoras. El hombre llevaba un papelito anotado con una letra precisa y femenina. Tras echar una mirada al papel, una dependienta comenzó a abrir cajones. La dependienta sacó una oblonga pastilla de jabón envuelta en una caja negra, una máscara hidratante, un frasquito de gotas de regeneración celular y dos tubos de crema facial. El hombre era moreno y de pelo negro, visible en sus nudillos. Vestía una camisa color rosado claro, una americana azul marino y un abrigo de pelo de camello con reluciente botonadura de cuero. Al pagar, se quitó los guantes de piel de cerdo. No llevaba anillo de compromiso.

—¿Quiere alguna cosa, señorita? —preguntó la dependienta a Miranda, escrutando la tez de ésta por encima de sus gafas de carey.

Miranda no sabía lo que quería. Todo cuanto sabía era que no quería que el hombre se alejara de allí. El hombre parecía algo indeciso, como si, en compañía de la dependienta, estuviera aguardando a oír su respuesta. Miranda observó los distintos frascos, unos altos y otros bajos, dispuestos sobre una bandeja ovalada como en un retrato de familia.

—Una crema —respondió por fin.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

La dependienta asintió con un gesto y abrió un frasco de cristal glaseado.

—Al principio quizá le resulte un tanto excesiva para lo que usted está acostumbrada, pero yo empezaría a usarla ya. Las arrugas se forman hacia los veinticinco años. A partir de esa edad, lo único que sucede es que cada vez son más visibles.

Mientras la dependienta tiznaba el rostro de Miranda con una punta de crema, el hombre seguía contemplándola en silencio. Cuando Miranda se informó sobre el modo de aplicación correcto —en pasadas vigorosas de abajo arriba, comenzando por la base de la garganta—, el hombre pasó la mano por el expositor giratorio. A continuación apretó el pequeño surtidor de crema anticelulítica, que masajeó sobre el dorso de su mano sin guante. Después abrió un frasco, acercó el rostro para oler, con tan mala fortuna que una punta de crema se adhirió a su nariz.

Miranda sonrió, pero su boca se vio oscurecida por la gran brocha con que la dependienta atusó su rostro.

—Una brocha del dos —explicó la mujer—. Para dar un poco de color.

Miranda asintió, observando su reflejo en uno de los espejos dispuestos en ángulo sobre el mostrador. Miranda tenía ojos de plata y una piel tan pálida como el papel; el contraste con su cabello, tan negro y lustroso como un grano de café, llevaba a la gente a describirla como llamativa, si no hermosa. Tenía una cabeza pequeña y ovalada, y puntiaguda en su parte superior. Sus facciones también eran delgadas, de fosas nasales tan estrechas que se dirían alguna vez aprisionadas por una pinza para la ropa. Ahora su rostro relucía, rosado en las mejillas, del color del humo bajo las cejas. Sus labios despedían destellos.

El hombre también se miraba en un espejo, afanándose en limpiar la crema de su nariz. Miranda se preguntó de dónde vendría. Por su aspecto le creyó español o libanés. Cuando abrió un nuevo frasco y dijo, a nadie en particular, «Esta huele a piña», Miranda apenas detectó la sombra de un acento en su pronunciación.

—¿Alguna cosa más? —preguntó la dependienta, aceptando la tarjeta de crédito de Miranda.

—No, gracias.

La mujer envolvió la crema en varias capas de translúcido papel rojo.

—Verá como queda satisfecha con este producto.

La mano de Miranda se mostró insegura al firmar el recibo. El hombre no se había movido.

—Le he puesto una muestra de nuestro nuevo gel de ojos —añadió la dependienta, mientras entregaba a Miranda una pequeña bolsa. La mujer observó la tarjeta de crédito de Miranda antes de devolvérsela sobre el mostrador—. Buenas tardes, Miranda.

Miranda echó a caminar. Al principio caminó con rapidez. De pronto, al ver que se hallaba ante las puertas de salida, aminoró el paso.

—Tiene usted un nombre que es medio indio —dijo el hombre, ajustando su paso al de ella.

Miranda se detuvo, como hizo él, frente a un mostrador circular cubierto de jerseys y adornado con piñas y lazos de terciopelo.

—¿Miranda?

—Mira. Tengo una tía que se llama Mira.

Él se llamaba Dev. Trabajaba en un banco de negocios por allí cerca, explicó, ladeando la cabeza en dirección a la South Station. Miranda decidió que Dev era el primer hombre con bigote que le resultaba guapo.

Caminaron juntos hasta la estación de Park Street, pasando frente a los quioscos donde se vendían cinturones y bolsos baratos. Un rabioso viento de enero deshizo la raya en el pelo de Miranda. Mientras rebuscaba la tarjeta del tranvía en el bolsillo del abrigo, sus ojos se fijaron en la bolsa que él llevaba en la mano.

—¿Lo has comprado para ella?

—¿Para quién?

—Para tu tía Mira.

—Es para mi mujer. —Dev pronunció la frase con lentitud, mientras sostenía la mirada de Miranda—. Se marcha a la India por unas semanas. —Dev arqueó las cejas—. Mi mujer se vuelve loca por estas tonterías.

* * *

De algún modo, la ausencia de su mujer hacía que lo suyo no pareciera demasiado grave. Al principio, Miranda y Dev pasaron todas las noches juntos, casi por entero. Dev le explicó que no podía quedarse toda la noche con ella, pues su mujer le llamaba cada día a las seis de la mañana desde la India, cuando allí eran las cuatro de la tarde. Así, se marchaba del apartamento a las dos, las tres, incluso muchas veces a las cuatro de la madrugada, para regresar en coche a su casa en las afueras. Durante el día la llamaba a cada hora —o eso parecía— desde el trabajo o con el móvil. Cuando conoció bien sus horarios, se acostumbró a dejarle un mensaje en el contestador todas las tardes a las

cinco y media, hora en que ella regresaba a casa en tranvía, como dijo, para que Miranda oyera su voz nada más cruzar la puerta.

«Pienso en ti —decía en sus mensajes—. No sabes lo que me cuesta pasar todo este rato sin ti.»

Dev aseguraba estar encantado cuando iba de visita a su apartamento, cuya cocina lucía una encimera no mayor que la panera, cuyos suelos rayados se combaban y cuyo timbre de la puerta sonaba de forma un tanto embarazosa cuando llamaba él. Dev decía admirarla por haberse trasladado a Boston, ciudad en que no conocía a nadie, en vez de quedarse en Michigan, donde se había criado y había ido a la universidad. Cuando Miranda le respondió que no había nada admirable en ello, que ésa era la razón precisa por la que se había mudado a Boston, Dev meneó la cabeza con escepticismo.

—Yo sé lo que es estar solo —dijo, repentinamente serio.

En ese momento Miranda sintió que él la comprendía, que comprendía cómo se sentía algunas noches en el tranvía, después de ver una película a solas, acercarse a una librería a leer revistas o tomar una copa con Laxmi, quien siempre tenía que encontrarse con su marido en la estación de Alewife en una o dos horas. En momentos menos serios, Dev decía que le gustaban sus piernas, más largas que su torso, algo en lo que se había fijado la primera vez que la vio desnuda en la habitación.

—Eres la primera —apuntó él, admirándola desde la cama—, primera mujer que he conocido con unas piernas tan largas.

Dev era el primero en decírselo. A diferencia de los chicos con quienes saliera en la universidad, versiones corregidas y aumentadas de los que conociera en el colegio, Dev era siempre el primero en pagar, en abrir una puerta o en tomar su mano sobre la mesa del restaurante para estampar un beso en ella. Él fue el primero que le regaló un ramo de flores tan inmenso que tuvo que dividirlo entre los seis vasos de su vajilla, y el primero en susurrar su nombre una y otra vez cuando hacían el amor. A los pocos días de conocerlo, mientras estaba en el trabajo, Miranda acarició el deseo de contar con una fotografía de ella y Dev pegada al tabique de su cubículo, como la de Laxmi y su marido sentados frente al Taj Mahal. Miranda no dijo nada a Laxmi sobre Dev. No dijo nada a nadie. Pero esos días Laxmi se pasaba la jornada entera charlando por teléfono con su prima, que aún guardaba cama, cuyo marido continuaba en Londres y cuyo hijo seguía sin ir a clase.

—Tienes que comer algo —la urgía Laxmi—. Tienes que cuidar la salud.

Cuando no estaba hablando con su prima, lo hacía con su marido, en conversaciones más breves que siempre terminaban con una discusión sobre si cenar pollo o cordero.

—Perdóname —Miranda le oyó disculparse cierta vez—, es que esta situación me pone de los nervios.

Miranda y Dev no discutían. Iban a ver una película al cine Nickelodeon, donde no dejaban de besarse por un segundo. Comían tiras de cerdo con salsa de barbacoa en Davis Square, no sin que Dev se insertara una servilleta de papel, como un fular, en el

cuello de la camisa. Bebían sangría en la barra de un restaurante español bajo una sonriente cabeza de cerdo que presidía sus conversaciones. Visitaban el museo, donde escogieron un poster de lirios acuáticos para decorar la habitación de Miranda. Un sábado por la tarde, después de asistir a un concierto en el Symphony Hall, Dev le mostró su rincón favorito en toda la ciudad, el Mapparium, en el edificio de la Ciencia Cristiana, donde se encontraron en el interior de una estancia limitada por paneles de vidrio tintado, conformada como el interior de un globo a pesar de presentar el aspecto exterior de ese mismo globo. En mitad de la sala había un puente transparente, de modo que en ese momento se sintieron en el mismo centro del mundo. Dev señaló la India, que aparecía en rojo y con mucho más detalle que en el mapa de The Economist. Le explicó que numerosos países, como es el caso de Siam o la Somalia italiana, ya no existían en la misma configuración; hoy sus nombres eran otros. El océano, tan azul como el pecho de un pavo real, exhibía dos tonos distintos, de acuerdo con la profundidad de las aguas. Le mostró la fosa más profunda del mundo, a diez mil metros de profundidad, justo encima de las islas Marianas. Asomando la cabeza por el puente descubrieron el archipiélago Antártico a sus pies, alzaron el cuello y se sorprendieron al ver una enorme estrella plateada sobre sus cabezas. La voz de Dev retumbaba extrañamente en el vidrio, a veces muy sonora, otras en tono quedo, a veces dando la impresión de posarse en el pecho de Miranda, otras pareciendo eludirla por completo. Cuando un grupo de turistas se acercó al puente, Miranda oyó sus carraspeos como si éstos fueran recogidos por micrófonos. Dev le aclaró que era cuestión de la acústica del lugar.

Miranda dio con Londres, donde se hallaba el marido de la prima de Laxmi, en compañía de la muchacha conocida en un avión. Se preguntó de qué ciudad india sería originaria la mujer de Dev. Miranda no había ido más allá de las Bahamas, que una vez visitó de niña. Aunque buscó, no fue capaz de dar con ellas en el panel de vidrio. Cuando los turistas se marcharon y volvió a estar a solas con Dev, éste le pidió que se situara en un lado del puente. Según aclaró, aunque estuvieran a casi seis metros de distancia, podían oír sus mutuos susurros.

—No te creo —respondió Miranda. Era lo primero que decía desde que habían entrado. Sentía como si tuviera altavoces en los oídos.

—Pruébalo —urgió él, caminando hacia su propio extremo del puente. Su voz descendió a un susurro.

—Di algo.

Miranda contempló sus labios al formar las palabras. A la vez, éstas le llegaron con tal claridad que las sintió bajo su piel, bajo su abrigo de invierno, tan próximas y cálidas que algo ardió en su interior.

—Hola —musitó ella, sin saber qué más decir.

—Eres muy sexy —musitó él por respuesta.

* * *

La semana siguiente, Laxmi confesó a Miranda en el trabajo que no era la primera vez que el marido de su prima tenía una aventura.

—Mi prima ha decidido darle ocasión de entrar en razón —explicó Laxmi una tarde, cuando se disponían a abandonar la oficina—. Dice que lo hace por el chico. Está dispuesta a perdonarle por el chico. —Miranda contempló cómo Laxmi desconectaba su ordenador—. Verás como él acaba volviendo de rodillas; es lo que ella espera. —Laxmi meneó la cabeza—. No es mi caso. Si mi esposo se atreviera a mirar a otra mujer, lo primero que haría sería cambiar la cerradura de casa. —Laxmi estudió la fotografía que decoraba su cubículo. Su marido le pasaba el brazo por los hombros, con las rodillas apuntando en su dirección junto a la piedra del banco. Laxmi se volvió hacia Miranda—. ¿Tú no harías igual?

Miranda asintió con un gesto. La mujer de Dev volvía de la India al día siguiente. Dev había llamado a Miranda esa misma tarde para decirle que debía ir a recogerla al aeropuerto. Prometió llamarla en cuanto pudiera.

—¿Qué te pareció el Taj Mahal? —preguntó a Laxmi.

—Es el lugar más romántico del planeta. El rostro de Laxmi se iluminó ante el recuerdo—. Un monumento al amor eterno.

* * *

Mientras Dev estaba en el aeropuerto, Miranda fue al sótano de Filene's, a comprarse lo que creía adecuado para una amante. Encontró unos zapatos de tacón alto con hebillas más pequeñas que los dientes de un bebé. También encontró una combinación de satén con bordes festoneados y una bata de seda que llegaba hasta la rodilla. Como alternativa a los pandes que vestía en la oficina, dio con unas finas medias con costura. Miranda revolvió los montones de ropa y recorrió los pasillos, revisando percha tras percha hasta encontrar un vestido de noche confeccionado en un género plateado que se ajustaba a sus curvas y hacía juego con sus ojos. El vestido tenía cadenitas como tirantes para los hombros. Mientras revisaba las prendas, pensaba en Dev, y en lo que éste le dijera en el Mapparium. Era la primera vez que alguien le dedicaba la palabra sexy, y cuando cerraba los ojos, todavía sentía el susurro de su voz en torno a su cuerpo, bajo la piel. En el probador, que no era más que una gran habitación con espejos en las paredes, se encontró junto a una mujer de más edad, rostro reluciente y pelo áspero y escarchado. Descalza y en ropa interior, la mujer tenía un body negro de malla entre los dedos.

—Mejor asegurarse de que no hayan enganchones —observó la mujer.

Miranda sacó la combinación de satén con bordes festoneados y la sostuvo contra su pecho.

La mujer asintió en gesto de aprobación.

—Es estupendo.

—¿Y esto?

Miranda acercó el plateado vestido de noche a su cuerpo.

—Es perfecto dijo la mujer—. Tu hombre se va a volver loco cuando lo vea.

Miranda se imaginó a ambos en cierto restaurante del South End que habían visitado, donde Dev pidió foie-gras y una sopa preparada a base de champán y frambuesas. Se imaginó con el vestido de noche mientras Dev lucía uno de sus trajes y besaba su mano por encima de la mesa. Sin embargo, la próxima vez que acudió a visitarle, un domingo por la tarde bastantes días después de su último encuentro, Dev vestía ropa de gimnasio. Desde el retorno de su mujer, ésa era su excusa: los domingos iba en coche a Boston para hacer un poco de jogging junto al río Charles. El primer domingo, Miranda le abrió la puerta ataviada con la bata que se detenía en la rodilla, pero Dev ni se fijó; la llevó en volandas a la cama, vestido con pantalón de chándal y zapatillas deportivas, y la penetró sin decir palabra. Después, cuando ella salió en bata del dormitorio para traerle un platillo a emplear como cenicero, Dev se quejó de que la bata no le dejaba admirar sus largas piernas, y le pidió que se la quitara. En consecuencia, el siguiente domingo Miranda se olvidó del asunto y le recibió vestida con vaqueros. Su flamante lencería quedó arrinconada en el fondo de un cajón, escondida tras los calcetines y la ropa interior de diario. El plateado vestido de noche colgaba de una percha en el armario, con la etiqueta aún pegada a una costura. Con frecuencia, por las mañanas el vestido yacía arrugado en la base del armario; las cadenas de los hombros tendían a soltarse de la percha de alambre.

Con todo, Miranda seguía aguardando con impaciencia la llegada del domingo. Por las mañanas se acercaba a una delicatessen donde compraba una baguette y raciones de platos por los que Dev sentía capricho: arenques marinados, ensalada de patata, o cocas de pesto y queso mascarpone. Comían en la cama, tomando los arenques con los dedos y rasgando la baguette con las manos. Dev le contaba historias de su niñez, cuando bebía zumo de mango servido en bandeja al llegar a casa de la escuela y jugaba a cricket junto a un lago, enteramente vestido de blanco. Le contó cómo, a los dieciocho años, le enviaron a una universidad situada en el estado de Nueva York, durante cierto período denominado de Emergencia, y cómo le había llevado años acostumbrarse a la pronunciación americana en las películas, y eso a pesar de haber sido escolarizado en lengua inglesa. Mientras hablaba, fumaba tres cigarrillos que aplastaba en un platillo junto a la cama. A veces preguntaba a Miranda cuántos amantes había tenido (tres) y a qué edad fue su primera vez (a los diecinueve años). Después de comer, hacían el amor sobre las sábanas llenas de migas de pan; después, él disfrutaba de una siesta de doce minutos. Miranda nunca había conocido a un adulto que durmiera la siesta, pero Dev le explicó que era costumbre habitual en la India, donde hacía tanto calor que la gente no podía salir de casa hasta el crepúsculo.

—Además, así podemos dormir juntos —murmuró en tono malévolo, enroscando su brazo como un gran brazaletes en torno a su cuerpo.

Sin embargo, Miranda nunca dormía. En vez de eso, contemplaba el despertador en la mesita de noche, o apretaba su rostro contra los dedos de Dev, cada uno de ellos dotado de media docena de pelos en el nudillo. Pasados seis minutos, Miranda volvía su rostro hacia él, suspirando y agitándose en la cama, para comprobar si de veras estaba dormido. Siempre lo estaba. Las costillas se le marcaban en la piel al respirar, pero ya comenzaba a tener barriga. Aunque se quejaba de los pelos en sus hombros, Miranda lo encontraba perfecto y se negaba a imaginarle de otro modo.

Pasados los doce minutos, él abría los ojos como si llevara todo el tiempo despierto, dedicándole una sonrisa cuya intensa satisfacción era la envidia de Miranda.

«Los mejores doce minutos de la semana», suspiraba él, pasando la mano por sus pantorrillas. A continuación saltaba de la cama, ajustándose los pantalones del chándal y abrochándose las zapatillas. Después iba al baño y se cepillaba los dientes con el dedo índice —técnica bien conocida por los indios, según le explicó—, a fin de quitarse el sabor a tabaco de la boca. Cuando le daba el beso de despedida, a veces Miranda advertía su propio olor en los cabellos de él. Sin embargo, sabía que la excusa de haberse pasado la tarde haciendo jogging le permitía ducharse nada más llegar a casa.

* * *

Además de Laxmi y Dev, los únicos indios que Miranda había conocido en su vida eran los Dixit, familia residente en el vecindario donde había crecido. Para diversión de todos los niños del barrio, y entre éstos se incluía a Miranda pero no a los propios hijos del matrimonio Dixit, el señor Dixit tenía por costumbre practicar el jogging cada tarde en las llanas calles barridas por el viento de la barriada ataviado con camisa y pantalón de vestir, con un par de baratas zapatillas Keds como única concesión a la parafernalia deportiva. Cada fin de semana, la familia entera —el padre, la madre, los dos chicos y la chica— montaban en su coche y se marchaban, nadie sabía adónde. Los padres de las demás familias se quejaban de que el señor Dixit no fertilizaba su césped adecuadamente, no rastrillaba las hojas muertas cuando convenía, conviniendo además en que la casa de los Dixit, la única con revestimientos de vinilo, era una lacra para el encanto del barrio. Las madres nunca invitaban a la señora Dixit a las reuniones que tenían lugar junto a la piscina de los Armstrong. Mientras esperaban el autobús escolar junto a los pequeños Dixit, los demás niños solían mascullar imprecaciones del tipo «Los Dixit comen mierda», imprecaciones que se celebraban entre grandes risotadas.

Un año, todos los niños del vecindario fueron invitados a la fiesta de cumpleaños de la hija de los Dixit. Miranda se acordaba de que en la casa reinaba un intenso aroma a incienso y cebollas, y que junto a la puerta se apilaba un montón de zapatos. Pero sobre todo se acordaba de un pedazo de tela, del tamaño de una funda de almohada, que pendía de un espiga de madera al pie de las escaleras. Se trataba del retrato de una mujer desnuda y de rostro enrojecido con forma de escudo medieval. La mujer tenía unos enormes ojos blancos inclinados hacia las sienas cuyas pupilas no eran sino dos meros puntos. Dos círculos, con idénticos puntos en el centro, representaban sus pechos. En

una de sus manos esgrimía una daga. Uno de sus pies aplastaba a un hombre que se debatía en el suelo. En torno a su cuerpo pendía un collar confeccionado con cabezas sangrantes, unidas como en una hilera de palomitas. La mujer sacaba la lengua a Miranda.

—Es la diosa Kali —explicó la señora Dixit en tono afable, moviendo ligeramente la espiga de madera para ajustar la imagen. La señora Dixit tenía un intrincado laberinto de estrellas y zigzags pintado con henna en las manos—. Ven conmigo, anda, que vamos a sacar el pastel.

A Miranda, que entonces contaba nueve años de edad, el miedo le impidió probar el pastel. Durante los meses siguientes, tuvo miedo hasta de caminar por el mismo lado de la calle en que vivían los Dixit, cosa que debía hacer dos veces al día, para ir a la parada del autobús y otra vez para volver a casa. Durante un tiempo contenía el aliento hasta que la casa quedaba atrás, lo mismo que hacía cuando el autobús escolar pasaba frente a un cementerio.

El recuerdo ahora le daba vergüenza. Ahora, cuando hacía el amor con Dev, Miranda cerraba los ojos y veía desiertos y elefantes, y pabellones de mármol que flotaban sobre lagos iluminados por la luna llena. Un sábado que no tenía nada mejor que hacer, hizo el camino entero hasta Central Square, donde entró en un restaurante indio y pidió un plato de pollo tandoori. Mientras comía, se esforzó en memorizar las frases impresas en la parte inferior del menú, expresiones como «delicioso», «agua» o «la cuenta, por favor». Como terminó por olvidarse de ellas, con el tiempo se acostumbró a visitar la sección de idiomas extranjeros de una librería de Kenmore Square, donde estudiaba el alfabeto bengalí en una gramática de la colección Teach Yourself. Una vez llegó hasta el punto de intentar transcribir la parte india de su nombre, «Mira», en una página de su agenda, esbozando letras con las que no estaba familiarizada, deteniéndose, haciendo un giro y alzando el bolígrafo en el momento más inesperado. Siguiendo las flechas impresas en la gramática, trazó una línea de izquierda a derecha de la que debían pender las letras; una de ellas se asemejaba más a un número que a una verdadera letra, otra parecía un triángulo ladeado. Le llevó varios intentos conseguir que las letras de su nombre se asemejaran a las letras de la gramática, y al final no estuvo segura de haber escrito Mira o Mara. Para ella no se trataba más que de un garabato sin sentido, aunque, no sin algo de sorpresa, entendía que en algún lugar del mundo, aquél contaba con un significado propio.

* * *

Durante la semana las cosas seguían como siempre. El trabajo la mantenía ocupada, y almorzaba con Laxmi en el nuevo restaurante indio de la esquina, donde Laxmi la mantenía al corriente de la marcha del matrimonio de su prima. A veces Miranda intentaba cambiar de tema; eso la hacía sentirse como cuando, en sus años de la universidad, su novio y ella una vez se marcharon sin pagar de una crepería atestada de parroquianos, por el puro deseo de largarse sin abonar la cuenta. Pero Laxmi no hablaba de otra cosa.

—Lo que es yo, si fuera mi prima, cogía el primer avión a Londres y les pegaba un tiro a cada uno —anunció cierto día, untando la mitad de un papadom en salsa chutney—. La verdad, no entiendo cómo aguanta semejante espera.

Miranda sí sabía esperar. Por las noches se sentaba a la mesa del comedor y se repasaba las uñas con esmalte incoloro mientras comía ensalada de su fuente, mirando la televisión, a la espera del domingo. Los sábados eran el peor día; a esas alturas parecía como si el domingo no fuera a llegar jamás. Un sábado que Dev la llamó bien entrada la noche, oyó risas y conversaciones a su alrededor, tan estridentes que Miranda le preguntó si estaba en un concierto. Pero no, simplemente la llamaba desde su casa en las afueras.

—No te oigo muy bien —dijo él—. Tenemos invitados. ¿Me echas de menos?

Miranda contempló la pantalla del televisor, el capítulo de un serial cuyo sonido había apagado con el mando a distancia nada más sonar el teléfono. Se imaginó a Dev hablando entre susurros por el móvil, en alguna habitación del piso de arriba, con una mano en el pomo de la puerta, mientras los invitados se agolpaban en el pasillo.

—Miranda, ¿me echas de menos? —preguntó otra vez.

Miranda le dijo que sí.

Al día siguiente, cuando Dev se presentó de visita, Miranda le preguntó qué aspecto tenía su mujer. No le era fácil preguntárselo, y no lo hizo hasta que él se fumó el último de sus cigarrillos, que aplastó sobre el platillo con un enérgico giro de muñeca. A Miranda le picaba la curiosidad saber si discutían. Pero Dev no se mostró sorprendido por la pregunta. Según le dijo, untando un poco de pescado blanco ahumado en su galleta salada, su mujer se parecía a una actriz de Bombay llamada Madhuri Dixit.

El corazón le dio un vuelco a Miranda. Pero no, la hija de los Dixit tenía otro nombre, un nombre que comenzaba por P. Con todo, se preguntó si la actriz tendría algún parentesco con ella. La hija de los Dixit era de aspecto corriente, con el cabello recogido en dos trenzas durante todos sus años de escuela.

Unos días más tarde, Miranda se acercó a un pequeño supermercado indio de Central Square en el que también alquilaban cintas de vídeo. La puerta del establecimiento se abrió con un complicado tintinear de campanillas. Era la hora de la cena y Miranda era la única cliente. Un vídeo estaba en marcha en el televisor que presidía una esquina del local: una hilera de muchachas ataviadas con bombachos meneaban las caderas acompasadamente sobre una playa.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó el hombre que estaba de pie frente a la caja registradora. El hombre comía una samosa que mojaba en una salsa marrón oscuro, en un plato de papel. En el pequeño escaparate que tenía frente a su cintura se alineaban más tentadoras samosas y lo que parecían pálidos caramelos de dulce de leche en forma de diamante, envueltos en papel de plata, y unos pasteles anaranjados y relucientes que flotaban en un mar de sirope—. ¿Busca usted algún vídeo?

Miranda abrió su agenda, donde había anotado «Mottery Dixit». Su mirada se paseó por los vídeos alineados tras el mostrador. Vio mujeres vestidas con faldas ceñidas en los muslos y camisetas que se anudaban como pañuelos entre sus pechos. Algunas aparecían apoyadas en un muro de piedra o un árbol. Eran mujeres hermosas, tanto como las que había visto bailando en la playa, con los ojos maquillados con kohl y largos cabellos negros. En ese momento supo que Madhuri Dixit también era hermosa.

—Tenemos vídeos en versión subtitulada, señorita —añadió el hombre, limpiándose los dedos sobre la camisa con rapidez, antes de escoger tres títulos.

—No —respondió Miranda—. No, gracias.

Miranda vagó por el establecimiento, estudiando los estantes en que se apilaban latas y envoltorios sin etiqueta. El congelador estaba atestado de bolsas de pan pita y verduras desconocidas para ella. Lo único que le resultó familiar fue un estante cubierto de bolsas y bolsas de los mismos aperitivos picantes que Laxmi consumía a todas horas. Se le ocurrió comprar algunas para Laxmi, pero vaciló al pensar que tendría que justificar su presencia en un supermercado indio.

—Muy picantes —comentó el hombre, negando con la cabeza mientras sus ojos recorrían el cuerpo de Miranda—. Demasiado picantes para usted.

* * *

Llego febrero y el marido de la prima de Laxmi seguía sin entrar en razón. Tras presentarse en Montreal, el marido había discutido incesantemente con su mujer durante dos semanas, antes de empacar dos maletas y volar de regreso a Londres. El marido quería el divorcio.

Sentada en su cubículo, Miranda oía a Laxmi repetir a su prima que en el mundo había hombres mucho mejores y que el tiempo lo curaba todo. Al día siguiente, la prima le dijo que se marchaba con su hijo a la casa de sus padres en California, a intentar recuperarse un poco. Laxmi la convenció para pasar un fin de semana en Boston antes de partir hacia California.

—Un cambio de aires te vendrá bien —insistió Laxmi en tono gentil—. Además, hace años que no te veo.

Miranda fijó la vista en su propio teléfono, ansiosa por oír a Dev. Hacía cuatro días que no hablaban. Oyó a Laxmi llamar a información y preguntar por el número de un salón de belleza.

—Quisiera una sesión relajante —indicó Laxmi.

Tras concertar masajes, limpiezas de cutis, manicuras y pedicuras, reservó mesa para almorzar en el restaurante Four Seasons. Determinada a animar a su prima, Laxmi se había olvidado del chaval. Sus nudillos repiquetearon sobre el tabique.

—¿Tienes algún plan para el sábado?

* * *

El chico era delgado. Llevaba una pequeña mochila amarilla cruzada en bandolera sobre la espalda, pantalones grises en tejido de espiguilla, un jersey rojo de cuello en pico y zapatos negros de cuero. Tenía el pelo cortado en un espeso flequillo sobre los ojos, ornados con profundos círculos oscuros. Los ojos fueron lo primero en que se fijó Miranda. Le daban un aspecto consumido, como si fumara en exceso y durmiera muy poco, y eso a pesar de sus siete años de edad. En la mano llevaba un gran cuaderno de gusanillo. El muchacho se llamaba Rohin.

—Pregúntame una capital —pidió, fijando sus ojos en Admiranda.

Miranda le devolvió la mirada. Eran las ocho y media de un sábado por la mañana. Bebió un sorbo de su café.

—¿Una qué? —preguntó.

—Es un juego que practica últimamente —explicó la prima de Laxmi. Tan delgada como su hijo, tenía el rostro alargado y los mismos círculos oscuros bajo los ojos. El abrigo de color óxido caía con pesadez sobre sus hombros. Tenía el pelo negro, vetado de gris en las sienes y recogido en moño como el de una bailarina de ballet—. Le preguntas por un país del mundo y él te responde con el nombre de su capital.

—Tendrías que haberle oído en el coche —terció Laxmi—. Se sabe toda Europa de memoria.

—No es ningún juego —dijo Rohin—. Voy a participar en un concurso con un chico de la escuela. A ver quién sabe más capitales de memoria. Y le voy a ganar.

Miranda asintió con la cabeza.

—Muy bien. ¿Cuál es la capital de la India?

—Ésa es muy fácil. —El niño se alejó de su lado, moviendo los brazos como un soldadito de plomo. Acercándose a la prima de Laxmi, tironeó del bolsillo de su abrigo—. Pregúntame una difícil.

—¿Senegal? —dijo ella.

—¡Dakar! —exclamó Rohin con acento triunfal, echando a correr en círculos cada vez mayores. Por fin, sus carreras le llevaron a la cocina. Miranda le oyó abrir y cerrar la nevera.

—Rohin, no toques nada sin pedir permiso antes —advirtió la prima de Laxmi en tono fatigado. La mujer se las arregló para dedicar una sonrisa a Miranda—. No te preocupes, en unas horas ya estará durmiendo. Y gracias por hacer de canguro.

—Volvemos a las tres —prometió Laxmi, saliendo al rellano en compañía de su prima—. Nos vamos, que hemos aparcado en doble fila.

Miranda ajustó la cadena de la puerta. Fue a la cocina en busca de Rohin, pero le encontró en la sala de estar, junto a la mesa, de rodillas sobre una de las sillas de director. El niño abrió la cremallera de su pequeña mochila, echó a un lado la cestita de manicura de Miranda y puso sus lápices de colores sobre la mesa. Observándole por encima del hombro, Miranda le vio esgrimir un lápiz azul y dibujar la silueta de un avión.

—Qué bonito —elogió. Como el niño no respondiera, fue a la cocina a servirse más café.

—Yo también quiero un poco, por favor —dijo Rohin.

Miranda regresó a la sala de estar.

—¿Qué quieres qué?

—Un poco de café. Hay mucho en la cafetera, ya lo he visto.

Miranda caminó hasta la mesa y se sentó frente a él. A cada poco, el pequeño erguía su cuerpo para coger un nuevo lápiz. Su peso apenas abultaba el fondo de la silla de director.

—Eres demasiado pequeño para tomar café.

Rohin se inclinó sobre el cuaderno, de modo que sus diminutos hombros y pecho casi tocaban el papel, con la cabeza ladeada.

—La azafata me dejó tomar café —dijo—. Me hizo un café con leche y mucho azúcar. —Al erguirse en la silla, descubrió un rostro de mujer junto al avión, de cabello largo y ondulado y ojos como asteriscos—. La azafata tenía el cabello más brillante —decidió, no sin añadir—: Mi padre también conoció a una mujer muy guapa en un avión. — Rohin observó a Miranda. Su rostro se oscureció al verle beber de la taza—. ¿No puedo tomar un poco de café? Por favor...

Miranda se preguntó si, a pesar de su expresión aplicada y reconcentrada, Rohin sería de los niños que tienen ataques de furia. Se lo imaginó pateándola con sus zapatos de cuero, chillando que quería café, chillando y gritando sin parar hasta que Laxmi y su madre vinieran a llevárselo. Miranda fue a la cocina y le preparó el café que pedía, cuidando de escoger una taza vieja por si el pequeño la rompía.

—Gracias —dijo él cuando Miranda la puso en la mesa. Rohin bebió dando sorbitos, cogiendo la taza con ambas manos para que no se cayera.

Ella siguió sentada a su lado mientras dibujaba, pero cuando comenzó a aplicarse esmalte en las uñas, Rohin protestó. El niño sacó de su mochila un pequeño atlas en edición de bolsillo y pidió a Miranda que le hiciera preguntas. Los países estaban dispuestos por continentes, a razón de seis por página, con el nombre de la capital en negrita seguido por algunos datos sobre población, gobierno y demás estadísticas. Miranda escogió una página del capítulo dedicado a Africa y siguió el listado de países.

—¿Mali? —preguntó al pequeño.

—Bamako —respondió él al momento.

—¿Malawi?

—Lilongwe.

Miranda recordó haber examinado el continente africano en el Mapparium. Como rememoró, la mayor parte de África aparecía en verde.

—Sigue —dijo Rohin.

—Mauritania.

—Nouakchott.

—Isla Mauricio.

Rohin hizo una pausa y cerró los ojos, antes de abrirlos otra vez en admisión de su derrota.

—No me acuerdo.

—Port Louis —le informó ella.

—Port Louis. —El niño repitió el topónimo en voz baja, como una letanía.

Cuando llegaron a los últimos países de África, Rohin le pidió mirar los dibujos animados con ella. Cuando los dibujos animados se terminaron, el niño la acompañó a la cocina y se quedó a su lado mientras hacía más café. Rohin no la siguió al baño, unos minutos más tarde, pero cuando Miranda salió de allí, dio un respingo al encontrarle plantado frente a la puerta.

—¿Quieres ir al baño?

El pequeño negó con la cabeza pero entró en el baño. Tras cerrar la tapa del retrete, se subió a ella y escudriñó la estrecha repisa de cristal que había junto al lavamanos, allí donde Miranda tenía el cepillo de dientes y el maquillaje.

—¿Qué es esto? —preguntó, examinando la muestra de gel para los ojos con que Miranda fue obsequiada el día en que conoció a Dev.

—Para la hinchazón.

—¿Hinchazón?

—Aquí —explicó ella, señalándose los ojos.

—¿Después de llorar?

—Puede ser.

Rohin abrió el tubo y olió su contenido. Soltó una gota de gel sobre su dedo, con el que se frotó la mano.

—Quema un poco.

Rohin inspeccionó el dorso de su mano con suma atención, como si esperase verlo cambiar de color en cualquier momento.

—Mi madre tiene hinchazón. Ella dice que es un resfriado, pero es porque ha llorado, a veces durante horas seguidas. A veces en mitad de la cena. A veces llora tanto que los ojos se le hinchan como los de una rana.

Miranda se preguntó si convendría darle algo de comer. En la cocina descubrió una bolsa de pastelillos de arroz y algo de lechuga. Cuando se ofreció a salir a por algo a la tienda de platos preparados, Rohin le respondió que no tenía mucha hambre y aceptó uno de los pastelillos de arroz.

—Cómete uno conmigo —la invitó. Se sentaron a la mesa, con los pastelillos de arroz entre ambos. Rohin abrió una página en blanco de su cuaderno—. Haz un dibujo.

Miranda escogió un lápiz azul.

—¿Qué quieres que dibuje?

Rohin lo pensó por un momento.

—Ya lo tengo —anunció. El niño le pidió que dibujara las cosas de la sala de estar: el sofá, las sillas de director, la televisión, el teléfono—. Así me acordaré.

—¿Te acordarás de qué?

—De nuestro día juntos. —Rohin se sirvió otro pastelillo de arroz.

—¿Y para qué quieres acordarte?

—Porque nunca más volveremos a vernos.

La precisión de la frase la dejó atónita. Miranda contempló al pequeño, sintiéndose ligeramente deprimida. Rohin no parecía estar deprimido. El niño llevó su dedo a la hoja en blanco.

—Tienes que dibujar.

Miranda dibujó lo mejor que pudo el sofá, las sillas de director, la televisión, el teléfono. El pequeño se apretaba a su lado, tanto que a veces le impedía ver lo que estaba haciendo. Rohin puso su manita morena sobre la suya.

—Ahora yo.

Miranda le pasó el lápiz.

El niño negó con la cabeza.

—No, que me dibujes a mí.

—No sé hacerlo —dijo ella—. No te sacaré parecido.

El gesto serio y reconcentrado volvió a adueñarse del rostro de Rohin, como cuando ella se negara a servirle café.

—Por favor...

Miranda dibujó su cara, esbozando su cabeza y el espeso mechón de cabello. Rohin estaba sentado completamente inmóvil, con expresión formal y melancólica y la mirada concentrada en un lado. Miranda deseó ser capaz de extraer un buen parecido. Su mano se movía en conjunción con sus ojos, de forma novedosa para ella, como lo había hecho aquel día en la librería, cuando transcribió su propio nombre al alfabeto bengalí. El dibujo no se parecía en nada al niño. Cuando estaba ocupada en esbozar su nariz, Rohin se apartó de la mesa.

—Me aburro —anunció, echando a caminar hacia el dormitorio. Miranda le oyó abrir la puerta y abrir y cerrar los cajones de su tocador.

Cuando fue a su lado, Rohin estaba metido en el armario. El niño emergió al cabo de un momento con el pelo revuelto y el plateado vestido de noche en una mano.

—Estaba en el suelo.

—Se habrá caído de la percha.

Rohin examinó el vestido y el cuerpo de Miranda.

—Póntelo.

—¿Perdón?

—Póntelo.

No había razón para ponérselo. Miranda no se lo había puesto más que en el probador de Filene's y sabía que no se lo pondría en todo el tiempo que siguiera junto a Dev. Sabía que nunca irían a un restaurante donde él tomara su mano para besársela sobre la mesa. Se encontrarían en su apartamento, los domingos, él envuelto en sus pantalones de chándal, ella en sus vaqueros. Miranda tomó el vestido de manos de Rohin y lo agitó en el aire; el sensual género jamás se arrugaba. Acercándose al armario, buscó una percha suelta.

—Por favor, póntelo —pidió Rohin, repentinamente aparecido a su lado. El niño apretó su rostro contra ella, agarrándola de la cintura con ambas manos—. Por favor...

—Está bien —dijo ella, sorprendida de la fuerza encerrada en sus manos.

Rohin sonrió con satisfacción y se sentó en el borde de la cama.

—Pero tienes que esperar ahí —indicó ella, señalando la puerta—. Ya saldré cuando me haya puesto el vestido.

—Pero mi madre siempre se quita la ropa delante de mí...

—¿De verdad?

Rohin asintió con la cabeza.

—Mi madre ni siquiera recoge la ropa después. Siempre la deja tirada en el suelo, junto a la cama. Una vez mi madre durmió en mi cuarto —continuó el pequeño—. Me dijo que mi cama era más agradable que la suya, ahora que mi padre se ha marchado.

—Muy bien. Pero yo no soy tu madre —dijo Miranda, cogiéndole por los sobacos para sacarle de la cama. Como el muchacho se negaba a ponerse en pie, Miranda lo levantó en vilo. Rohin resultó pesar más de lo esperado y se aferró a ella con fuerza, envolviendo las piernas en torno a sus caderas y descansando la cabeza contra su pecho. Miranda le dejó en el pasillo y cerró la puerta. Para más seguridad, echó el pestillo. A continuación se puso el vestido de noche, observando su aspecto en el espejo de cuerpo entero clavado a la puerta. Sus calcetines largos tenían un aspecto penoso, así que abrió un cajón hasta dar con las medias. Tras rebuscar en el fondo del armario, se puso los zapatos de tacón alto y hebillas en miniatura. Los tirantes en cadenita del vestido se notaban tan livianos como clips de oficina sobre su clavícula. El vestido le venía un pelín grande, y no pudo abrocharlo por sí misma.

Rohin comenzó a golpear en la puerta.

—¿Ya puedo entrar?

Miranda abrió la puerta. Con el atlas de bolsillo en las manos, Rohin musitaba algo entre dientes. Sus ojos se abrieron como platos al verla delante de él.

—Ayúdame con la cremallera —pidió ella, sentándose en el borde de la cama.

Rohin subió la cremallera hasta arriba. Miranda se puso en pie y giró sobre sí misma. Rohin dejó su atlas a un lado.

—Eres muy sexy —declaró.

—¿Cómo has dicho?

—Eres muy sexy.

Miranda volvió a sentarse. Aunque sabía que el pequeño no lo decía con segundas, el corazón le dio un vuelco. A Rohin probablemente le parecía que toda mujer era sexy. Lo más seguro es que hubiera oído el adjetivo en la televisión o que lo hubiera visto en la portada de alguna revista. Miranda se acordó de la visita al Mapparium, de pie frente a Dev en el otro extremo del puente. En ese momento la palabra le había parecido plena de sentido. En ese momento la había encontrado adecuada.

Miranda cruzó los brazos sobre su pecho y miró a Rohin a los ojos.

—Dime una cosa.

El niño guardaba silencio.

—¿Qué significa?

—¿El qué?

—Esa palabra. Sexy. ¿Qué significa?

El pequeño bajó la vista, repentinamente tímido.

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Es un secreto. —Rohin apretó los labios, con tal fuerza que parte de ellos se tornó blanquecina.

—Dime ese secreto. Me gustaría saberlo.

Rohin se sentó en la cama junto a Miranda y comenzó a golpear el borde del colchón con el talón de sus zapatos. El niño rió con nerviosismo; su flaco cuerpo se estremeció como si le hicieran cosquillas.

—Dímelo —demandó Miranda. Acercándose a él, le cogió por los tobillos para que dejase de patear el colchón.

Rohin la miró; sus ojos se habían convertido en dos ranas. El pequeño luchó por golpear otra vez el colchón, pero Miranda le tenía bien sujeto. El muchacho se dejó caer sobre la

cama, con la espalda recta como un tablón. Ahuecando las manos en torno a su boca, musitó:

—Significa que quieres a alguien a quien no conoces.

Miranda notó que las palabras de Rohin le atravesaban la piel, lo mismo que sintiera al oír las de Dev. Sin embargo, en vez de percibir la calidez de entonces, esta vez se encontraba aturdida. Aquello le recordó lo que sintió en el supermercado indio, cuando supo, sin molestarse en ver su imagen, que Madhuri Dixit, la actriz a quien se parecía la esposa de Dev, era una mujer hermosa.

—Eso le pasó a mi padre —añadió Rohin—. Se sentó al lado de una chica que no conocía, una chica sexy, y ahora la quiere a ella, en vez de a mi madre.

El niño se quitó los zapatos, que puso en el suelo, a su lado. A continuación alzó el edredón y se metió en la cama de Miranda con el atlas de bolsillo en la mano. Un minuto después, el atlas se le cayó de las manos mientras sus ojos se cerraban. Miranda le contempló mientras dormía; el edredón subía y bajaba al ritmo de su respiración. Rohin no se despertó a los doce minutos, como hacía Dev, ni tampoco a los veinte. Rohin no abrió los ojos cuando Miranda se quitó el plateado vestido de noche para embutirse los vaqueros, ni cuando devolvió los zapatos de tacón al fondo del armario o enrolló las medias y las depositó en el cajón.

Una vez hubo dispuesto todas las prendas, se sentó en la cama. Su rostro se acercó al del pequeño, lo bastante para observar el polvillo blanco dejado en sus comisuras por los pastelillos de arroz. Tomó el atlas de bolsillo. Mientras pasaba sus páginas se imaginó las discusiones que Rohin habría oído en su casa de Montreal.

«¿Es guapa? —le habría preguntado su madre a su padre, vestida con la misma bata que llevaría semanas sin quitarse, sus propias hermosas facciones contraídas de modo perverso—. ¿Es sexy? —Su padre lo negaría todo al principio, trataría de evadir la conversación—. Dímelo —chillaría ella—. Dime que es muy sexy. —Al final su padre admitiría que lo era y su madre se pondría a llorar y llorar en una cama junto a la que se apilaban las ropas tiradas de cualquier manera, hasta que los ojos se le hincharían como los de una rana—. ¿Cómo puedes...? —preguntaría entre sollozos—. ¿Cómo puedes querer a una mujer a quien no conoces?»

Al imaginarse la escena, la propia Miranda no pudo refrenar unas pocas lágrimas. Aquel día en el Mapparium, los países del mundo habían parecido muy cercanos al tacto mientras la voz de Dev adoptaba giros inesperados bajo el cristal. Al otro lado del puente, a seis metros de distancia, sus palabras le habían llegado tan próximas y plenas de calidez que durante días las sintió bajo la piel. Miranda lloró sin contenerse. Pero Rohin seguía dormido. Le supuso acostumbrado a oír lloros de mujer.

* * *

El domingo, Dev telefoneó para anunciar a Miranda que salía hacia su casa.

—Ahora mismo salgo. Estaré ahí a las dos.

Miranda contemplaba un programa de cocina en la televisión. Una mujer señalaba una serie de manzanas puestas en fila, indicando qué variedades eran mejor para la repostería.

—Mejor que no vengas hoy.

—¿Por qué no?

—Estoy resfriada —mintió. Tampoco estaba tan lejos de la verdad: las lágrimas le habían dejado el rostro congestionado—. Llevo toda la mañana en cama.

—Sí que sueñas un poco tocada. —Se hizo una pausa—. ¿Necesitas alguna cosa?

—Tengo de todo.

—Bebe mucho líquido.

—¿Dev?

—¿Sí, Miranda?

—¿Te acuerdas del día que fuimos al Mapparium?

—Claro que sí.

—¿Te acuerdas de las cosas que nos dijimos?

—Claro que me acuerdo —musitó Dev en tono juguetón. —¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

Se hizo una pausa.

—«Vamos a tu casa.» —Dev soltó una risa tranquila—. ¿El próximo domingo, entonces?

El día anterior, mientras lloraba, Miranda había pensado que nunca olvidaría nada, ni el aspecto que tenía su nombre escrito en alfabeto bengalí. Se había quedado dormida junto a Rohin y, cuando despertó, el pequeño estaba dibujando un avión en la copia de *The Economist* que guardaba oculta bajo la cama.

—¿Quién es Devajit Mitra? —le preguntó el pequeño, examinado la dirección escrita en la etiqueta adhesiva.

Miranda se imaginó a Dev, con su pantalón de chándal y sus zapatillas, riendo junto al teléfono. En un momento se presentaría ante su mujer en el piso de abajo para comunicarle que hoy no saldría a hacer jogging. Había sufrido un tirón muscular

mientras hacía calentamientos, se justificaría mientras se sentaba a leer el diario. En contra de su voluntad, Miranda deseó tenerle a su lado. Decidió verle un domingo más, quizá dos. Entonces le diría lo que siempre había sabido: que la situación no era justa en relación con ella misma y su esposa, que ambas merecían un trato mejor, que no tenía sentido arrastrar las cosas así.

Pero el domingo siguiente nevió mucho, de tal forma que Dev no pudo decirle a su esposa que se iba a correr por la vera del Charles. El domingo siguiente, la nieve se había fundido, pero Miranda tenía previsto ir al cine con Laxmi, y cuando se lo dijo a Dev por teléfono, éste no le pidió que cancelara la cita. Al tercer domingo, Miranda se levantó temprano y salió de paseo. El día era frío pero soleado, así que caminó hasta la Commonwealth Avenue, pasando frente a los restaurantes donde Dev la besara una vez, hasta llegar al edificio de la Ciencia Cristiana. El Mapparium estaba cerrado; Miranda pidió una taza de café en un puesto callejero y se sentó en uno de los bancos que había en la plaza situada frente a la iglesia, contemplando sus gigantescos pilares y la formidable cúpula, y el límpido cielo azul que reinaba sobre la ciudad.

LA CASA DE LA SEÑORA SEN

ELIOT llevaba casi un mes visitando a la señora Sen, desde que el curso escolar empezara en septiembre. El año anterior se había ocupado de él una alumna de la universidad llamada Abby, muchacha delgada y pecosa que tenía por costumbre leer libros sin ilustraciones y se negaba a prepararle platos de carne. Antes de ella, una mujer mayor, la señora Linden, había estado recibéndole cada tarde al volver de la escuela, bebiendo café de un termo y haciendo crucigramas mientras Eliot jugaba a solas. Abby había acabado licenciándose y marchándose a otra universidad y la señora Linden terminó por ser despedida cuando la madre de Eliot descubrió que su termo contenía más whisky que café. La señora Sen apareció en sus vidas en forma de claro anuncio a bolígrafo dispuesto en una nota adherida junto al supermercado: «Esposa de profesor, responsable y bien dispuesta, se ofrece para cuidar niños en su hogar.» Por teléfono, la madre de Eliot informó a la señora Sen de que las anteriores canguros tenían por costumbre ir a casa de Eliot.

—Eliot ya tiene once años; cocina sus propios platos y cuida de sí mismo. Lo único que quiero es que haya un adulto en casa, por si se da alguna emergencia.

Sin embargo, la señora Sen no sabía conducir.

* * *

—Como puede ver, nuestra casa está limpia y es bien segura para un niño —les informó la señora Sen la primera vez que trataron con ella.

La mujer vivía en un apartamento perteneciente a la universidad y enclavado en un extremo del campus. La entrada del edificio estaba embaldosada en un poco atractivo color habano, bajo una fila de buzones marcados con cinta blanca o etiquetas adhesivas. En el apartamento, el recorrido en intersecciones de un aspirador aparecía congelado sobre la superficie de una alfombra de reluciente color pera. Los restos de otras alfombras, que casaban mal entre sí, estaban dispuestos frente al sofá y las sillas, como felpudos individuales colocados allí donde los pies de alguien pudieran tocar el suelo. Las blancas pantallas de lámpara en forma de bidón que flanqueaban el sofá seguían envueltas en el plástico del fabricante. La televisión y el teléfono estaban protegidos por retales de tela amarillenta de reborde festoneado. El té montaba humeante guardia en un cazo gris y alargado, junto a las tazas y una bandejita con galletas de mantequilla. El señor Sen, hombre bajito y robusto de ojos ligeramente protuberantes y gafas de negra montura rectangular, también montaba guardia. Cruzaba las piernas con cierta dificultad y tenía por costumbre sostener su taza con ambas manos muy cerca de la boca, incluso cuando no bebía.

Ni él ni su mujer calzaban zapatos; Eliot advirtió los diversos pares alineados en la pequeña estantería que había junto a la entrada. El matrimonio calzaba sandalias.

—El señor Sen es profesor de matemáticas en la universidad le presentó la señora Sen, como si les uniera un parentesco muy distante.

La señora Sen tenía unos treinta años de edad. Aunque exhibía un pequeño hueco entre los dientes y el rastro de la viruela en su barbilla, tenía los ojos hermosos, con cejas espesas y expresivas y un maquillaje líquido que se extendía más allá de la anchura natural de los párpados. La mujer se tocaba con un resplandeciente sari blanco estampado de tonos anaranjados que parecía más adecuado para una cita nocturna que para aquella tranquila, levemente lluviosa, tarde de agosto. Llevaba los labios pintados en un tono coralino que se había corrido algo más allá de sus límites.

Y sin embargo, Eliot pensó que era su madre, con sus pantalones cortos con pinzas color beige y sus zapatos de suela de cáñamo, quien tenía aspecto extraño. Su pelo bien corto, de un tono similar al de los pantalones, parecía demasiado soso y convencional; a la vez, sus rodillas y sus piernas depiladas, aparecían demasiado expuestas en aquella estancia donde todo estaba perfectamente cubierto. Sin aceptar las galletitas que la señora Sen insistía en ofrecerle, su madre le hizo multitud de preguntas, cuyas respuestas anotó en una libreta. ¿Había otros niños en el apartamento? ¿La señora Sen tenía experiencia en cuidar de un niño? ¿Llevaban mucho tiempo viviendo en el país? Lo que más la preocupaba era que la señora Sen no supiera conducir. La madre de Eliot estaba empleada en una oficina situada a ochenta kilómetros al norte; su padre vivía a tres mil kilómetros al oeste, según lo último que se sabía de él.

—La verdad es que le estoy dando clases de conducción —informó el señor Sen, dejando su taza sobre la mesita. Era la primera vez que abría la boca—. Según mis cálculos, la señora Sen debería conseguir el carnet hacia diciembre próximo.

—¿De veras? —La madre de Eliot anotó la información en su cuaderno.

—Sí, estoy aprendiendo —dijo la señora Sen—. Aunque me cuesta un poco. Es que en mi país tenemos conductor propio...

—¿Quiere decir un chófer?

La señora Sen fijó la mirada en su marido, quien asintió con la cabeza.

La madre de Eliot asintió a su vez, mientras su mirada vagaba por la sala.

—En su país... ¿En la India, quieren decir?

—Sí —respondió la señora Sen. La mera mención del nombre pareció liberar algo en su interior. La mujer se atusó el borde del sari, allí donde se alzaba en diagonal sobre su pecho. Sus ojos también recorrieron la sala, como si detectaran algo que los demás nunca podrían descubrir en las pantallas de lámpara, en la tetera, en las sombras congeladas sobre la alfombra—. En casa tenemos de todo.

* * *

A Eliot no le importó ir a casa de la señora Sen después del colegio. En septiembre ya hacía mucho frío en la casita junto a la playa que compartía con su madre todo el año; cuando iban de una a otra habitación, debían llevar consigo una estufa con ruedas y sellar las ventanas con láminas de plástico y un secador para el pelo. La playa, desolada, era mal sitio para jugar a solas; los únicos vecinos que seguían en el lugar pasado el Día del Trabajo eran una pareja joven y sin hijos, y Eliot ya no se divertía coleccionando rotas cáscaras de mejillón en su cubo o acariciando las algas dejadas sobre la arena como tiras de una lasaña de color esmeralda. El apartamento de la señora Sen era cálido, a veces en exceso; los radiadores no cesaban de silbar como una olla a presión. Eliot aprendió a quitarse el calzado deportivo nada más llegar a la entrada, para dejarlo en la estantería, junto a la colección de zapatillas de la señora Sen, todas de distinto color, de suela plana como el cartón y un anillo de cuero para el dedo gordo del pie.

Eliot disfrutaba de modo particular contemplando a la señora Sen mientras ésta cortaba las verduras sentada sobre periódicos viejos extendidos en el suelo de la sala de estar. En vez de un cuchillo corriente, la mujer se valía de una navaja curvada como la proa de un barco vikingo que saliera a guerrear en aguas lejanas. La hoja estaba unida en un extremo a un estrecho mango de madera. El acero, más negro que plateado, mostraba un brillo desigual y exhibía un lado en sierra, para rallar si convenía, como explicó la mujer a Eliot. Cada tarde, la señora Sen plegaba la navaja de modo que la hoja describiera cierto ángulo en relación con el mango. Sin jamás tocar el lado afilado de la hoja, la mujer cogía las verduras y las troceaba en pedacitos: coliflor, repollo, calabaza dulce. Cortaba las verduras por la mitad, en cuartos después, rebanando cogollos, dados, lonchas y tiras. A veces se sentaba con las piernas cruzadas, otras lo hacía con las

piernas abiertas, siempre rodeada de un despliegue de escurridores y pequeños cuencos de agua en los que sumergía los recién cortados ingredientes.

Mientras trabajaba, tenía un ojo puesto en la televisión y el otro puesto en Eliot, sin que nunca pareciera prestar atención a su navaja. Y sin embargo, nunca permitía que Eliot se acercase mientras cortaba las verduras.

—Siéntate un momento, por favor. Dos minutos y habré terminado —decía, señalando el sofá, que siempre estaba envuelto en la misma tela verdinegra estampada con una procesión de elefantes con palanquines en el lomo. Era un ritual que tenía lugar, cada tarde, por espacio de una hora. A fin de entretener a Eliot, la señora Sen le pasaba las tiras cómicas del periódico o galletas saladas con manteca de maní, a veces un polo helado o una zanahoria esculpida con su navaja. Si la hubieran dejado, la señora Sen habría acordonado su zona de trabajo.

Una vez, sin embargo, quebró su propia norma; necesitada de más verduras y poco dispuesta a sortear la catastrófica barricada vegetal que la rodeaba, pidió a Eliot que le trajera una cosa de la cocina:

—Si no te importa, hay un cuenco de plástico, lo bastante grande para estas espinacas, en el armario junto a la nevera. Pero ve con cuidado, cariño, con mucho cuidado —le advirtió al acercarse él—. Déjalo en la mesita, gracias, ahí ya llego yo.

La señora Sen había traído su navaja de la India, donde —según parecía— todo hogar contaba con una de ellas.

—Cuando hay boda en mi familia —le explicó a Eliot un día—, o alguna gran celebración de otra clase, mi madre corre la voz para que las mujeres del barrio vengán con sus propias navajas, igualitas a ésta. Tendrías que verlas allí sentadas, en un gran círculo en el terrado de nuestro edificio, riendo y contando chismes mientras cortan cincuenta kilos de verduras en una noche. —Su perfil se cernía en ademán protector sobre su obra, un confeti de pepino, berenjena y pieles de cebolla apiladas en montón. En noches así, no hay quien duerma, por el escándalo que montan. —La mujer hizo una pausa y contempló el pino solitario enmarcado por la ventana de la sala—. En este lugar al que me ha traído el señor Sen, muchas veces el silencio me impide pegar ojo.

Un día se sentó a arrancar la grasa amarilla y granulosa de un pollo, que luego dividió entre muslo y pechuga. Cuando astillaba los huesos con la navaja, los dorados brazaletes le bailaban en la muñeca y los antebrazos le relucían de sudor mientras respiraba pesadamente por la nariz. En un momento dado, hizo una pausa, cogió el pollo con ambas manos y miró a través de la ventana. Tiras de grasa y tendones pendían de sus dedos.

—Eliot, si ahora me pusiera a gritar con todas mis fuerzas, ¿te parece que alguien vendría a ayudarme?

—¡Señora Sen! ¿Hay algún problema?

—No. Pero me gustaría saber si alguien vendría a ayudarme.

Eliot se encogió de hombros.

—Es posible.

—En casa no hay más que hacer eso. No todo el mundo tiene teléfono. Pero basta con alzar la voz un poco, o mostrar alegría o tristeza de cualquier clase, para que el barrio entero y la mitad del barrio vecino se presente en la puerta para compartir la novedad y echar una mano en lo que haga falta.

A estas alturas, Eliot ya sabía que cuando la señora Sen se refería a su casa, quería decir la India y no el apartamento donde se sentaba a cortar verduras. Eliot pensó en su propio hogar, a sólo ocho kilómetros de allí, en la joven pareja de recién casados que de cuando en cuando le saludaban con un gesto mientras hacían jogging en la playa al atardecer. El Día del Trabajo habían organizado una fiesta. Los invitados se agolpaban en el embarcadero, comiendo y bebiendo mientras el eco de sus risas se imponía al fatigado suspiro de las olas. Eliot y su madre no estaban entre los invitados. Aunque era uno de los raros días en que su madre no trabajaba, no fueron a sitio alguno. Su madre hizo la colada y repasó los gastos de su talonario de cheques; después, con ayuda de Eliot, pasó el aspirador por el interior de su coche. Eliot había sugerido ir al túnel de lavado situado a pocos kilómetros de su casa, como hacían de vez en cuando, a fin de sentarse en el interior del coche, bien secos e impolutos, mientras el agua y el jabón se combinaban con las gigantescas cintas de lona para azotar el parabrisas, pero su madre le respondió que estaba demasiado cansada y se contentó con limpiar el auto con la manguera. Cuando, de noche ya, los invitados de la fiesta vecina se pusieron a bailar, su madre buscó el teléfono en el listín y les pidió que no hicieran tanto ruido.

—Aquí es posible que vengan a verte —dijo Eliot por fin a la señora Sen—, pero quizá sea para quejarse del ruido.

Desde donde estaba sentado en el sofá, Eliot detectaba el curioso olor de su cuerpo, mezcla de comino y naftalina, tan bien como veía la raya perfectamente delineada entre las trenzas de su pelo, sombreada con polvo de bermellón, de modo que parecía curiosamente enrojecida. Al principio Eliot se preguntaba si la señora Sen se había hecho un corte en el cuero cabelludo o si algún bicho la habría picado allí, hasta que un día la vio de pie ante el espejo del baño, aplicándose con gesto solemne y una cabeza de tachuela una capa del polvo escarlata que guardaba en un pequeño frasco de mermelada. Unos granos de polvo le cayeron sobre el puente de la nariz cuando se valió de la cabeza de tachuela para estampar un punto entre sus ojos.

—Tengo que ponerme este polvo todos los días —respondió ella a la curiosidad de Eliot—, durante todo el tiempo que siga casada con mi marido.

—O sea, ¿cómo si fuera un anillo de boda?

—Exacto, Eliot. Como un anillo de boda. Y sin el riesgo de perderlo mientras lavas los platos.

* * *

Cuando la madre de Eliot llegaba a las seis y veinte, la señora Sen ya había tenido buen cuidado de ocultar los últimos vestigios del rato pasado cortando verduras. Limpiada, enjuagada y puesta a secar, la navaja llevaba rato doblada y almacenada en lo más alto de un armario, allí donde sólo se accedía subiendo a una escalera de peldaños. Con la ayuda de Eliot, la señora Sen hacía una bola con los periódicos, en cuyo interior quedaban las semillas y peladuras. Los cuencos y escurridores se alineaban en la encimera mientras pastas y especias, medidas con meticulosidad, sazonaban los guisos que bullían al calor de los fogones. No es que se celebrara alguna cosa ni se esperara visita. Simplemente se trataba de la cena que la señora Sen preparaba para ella y su marido, como lo denotaban los dos platos y dos vasos que disponía, sin servilletas ni cubiertos, sobre la cuadrada mesa de formica situada en el extremo de la sala de estar.

Mientras hundía los periódicos en el cubo de la basura, Eliot tenía la impresión de que tanto él como la señora Sen estaban quebrando alguna norma no explicitada. Quizá el hecho se debiera a la urgencia con que la señora Sen hacía cada cosa, ya fuera medir la sal y el azúcar entre las yemas de los dedos, poner las lentejas en remojo, pasar la bayeta por todas las superficies imaginables o cerrar las puertas de los armarios con una serie de clics sucesivos. A Eliot le sobresaltaba ligeramente el encuentro con su madre, vestida con las medias transparentes y las americanas con hombreras que se ponía para el trabajo, siempre observando cada rincón del apartamento de la señora Sen. Su madre tenía por costumbre quedarse en la entrada mientras urgía a Eliot a calzarse las deportivas y coger sus cosas de una vez; sin embargo, la señora Sen no permitía que las cosas quedaran así. Cada tarde insistía en que su madre se sentara en el sofá, donde siempre le servía algún refrigerio: un vaso de reluciente yogur rosado con sirope de rosas, picadillo de carne rebozado con pasas, un cuenco de cremosa sémola de halvah.

—Es usted de lo que no hay, señora Sen. Yo siempre como muy tarde al mediodía. No tendría que molestarse.

—No es ninguna molestia. Y lo mismo vale para Eliot. Ninguna molestia en absoluto.

Su madre probaba lo servido por la señora Sen con la mirada fija en el techo, tratando de decidir la opinión que le merecía el plato. Siempre se sentaba con las rodillas muy juntas, con los zapatos de tacón que nunca se quitaba prietos sobre la alfombra color pera.

—Delicioso —concluía, dejando el plato a un lado después de un mordisco o dos. Eliot sabía que no le gustaban los sabores; ella misma se lo había dicho cierta vez en el coche. También sabía que no almorzaba nada en absoluto, pues lo primero que hacía al llegar a la casa de la playa era servirse un vaso de vino y comer pan con queso, a veces en tal cantidad que luego no tenía hambre cuando llegaba la pizza que solían pedir para cenar. Su madre se sentaba en la mesa mientras él comía, bebiendo más vino y preguntándole por las cosas que había hecho ese día, aunque al final salía al embarcadero, a fumar un cigarrillo, de modo que a Eliot le tocaba guardar las sobras de la cena en la nevera.

* * *

Cada tarde, la señora Sen aguardaba en un bosquecillo de pinos junto a la carretera principal, donde el autobús escolar dejaba a Eliot junto a dos o tres niños más que vivían en las cercanías. Eliot siempre tenía la impresión de que la señora Sen llevaba cierto tiempo esperando, como si fuera a reencontrarse con alguien a quien no había visto en años. La brisa revolvía el cabello en sus sienes, la columna de bermellón recién aplicada en la raya de su pelo. Su sari, que cambiaba cada día, se agitaba bajo el reborde de su abrigo de entretiempo a cuadros. Bellotas y orugas sembraban el cinturón de asfalto que envolvía el complejo de una docena de edificios de ladrillos, todos idénticos, situados sobre un césped común cercado por una valla de estacas. Mientras caminaban desde la parada del autobús, la señora Sen sacaba una bolsa de su bolsillo y ofrecía a Eliot los gajos pelados de una naranja o cacahuets un punto salados, descascarillados por ella misma.

Se dirigían directamente al coche, a cuyo volante la señora Sen se ejercitaba durante los siguientes veinte minutos. El auto era un sedán de color café con leche y asientos de vinilo. Tenía una radio de onda media con botonadura cromada y, en la repisa situada a espaldas del asiento trasero, una caja de Kleenex y un rastrillo para el hielo. La señora Sen le decía a Eliot que no quería dejarle a solas en el apartamento, pero éste sabía que le quería a su lado porque el coche le daba miedo. La aterraba el rugido de la ignición, y se llevaba las manos a las orejas para no oírlo, mientras su pie enzapatillado daba más gas al motor.

—El señor Sen dice que todo irá mejor cuando me den el carnet de conducir. ¿Qué piensas tú, Eliot? ¿Te parece que todo irá mejor?

—Así podrás ir de viaje —sugirió Eliot—. Podrás ir a donde quieras.

—¿Hasta Calcuta, piensas? ¿Cuánto tiempo me llevaría ese viaje, Eliot? ¿Quince mil kilómetros, a ochenta por hora?

A Eliot no le salían las cifras. Su mirada contempló a la señora Sen acoplar el asiento del conductor, el retrovisor, las gafas de sol en su frente. La mujer ajustó el dial de la radio hasta dar con una emisora de música clásica.

—¿Es de Beethoven, esto? —preguntó en un momento dado, pronunciando la primera sílaba del nombre como «bi».

La señora Sen bajó la ventanilla de su lado y pidió a Eliot que hiciera lo mismo con la suya. Por fin, mientras su pie pisaba el freno, tras manipular el cambio de marchas automático como si fuera un gigantesco bolígrafo que perdiera tinta, salió centímetro a centímetro del lugar donde estaba aparcada. La mujer dio una vuelta completa al complejo de apartamentos, seguida de otra más.

—¿Qué tal lo hago, Eliot? ¿Te parece que me aprobarán?

La señora Sen se distraía continuamente. De pronto frenaba el coche sin avisar para escuchar alguna cosa en la radio, o para observar mejor a alguien o alguna cosa por el camino. Cuando se cruzaba con una persona, la saludaba con la mano. Si veía un pájaro plantado en el asfalto a seis metros del coche, hacía sonar el cláxon con el dedo índice y aguardaba a que el pájaro saliera volando. En la India, comentó, el asiento del conductor estaba a la derecha, y no a la izquierda. A poca velocidad, pasaron junto a los columpios, la caseta de lavandería, los cubos de basura color verde oscuro, las filas de coches aparcados. Cada vez que se acercaban al bosquecillo de pinos que delimitaba la intersección entre el camino de asfalto y la carretera, la señora Sen inclinaba el cuerpo hacia adelante, echando todo su peso sobre el freno mientras los coches cruzaban a toda velocidad frente al parabrisas. La carretera era estrecha, dividida por una raya continua de color amarillo, con un carril en cada dirección.

—Es imposible, Eliot. ¿Cómo voy a pasar?

—Tiene que esperar hasta que no venga ningún coche.

—Pero a nadie se le ocurre reducir la velocidad...

—Ahora mismo no viene nadie.

—¿Cómo que no viene nadie? ¿Y ese coche a la derecha? Y, mira, hay un camión detrás. Además, el señor Sen no me deja pasar a la carretera principal si él no está conmigo.

—Tiene que girar y acelerar al momento —explicó Eliot. Así lo hacía su madre, sin pensar. Parecía tan fácil cuando estaba sentado junto a su madre, deslizándose en la tarde, de regreso a la casita en la playa. A su lado, la carretera no era más que una carretera, y los coches simplemente formaban parte del paisaje. Sin embargo, sentado junto a la señora Sen, bajo un sol de otoño que relucía sin calidez entre los árboles, advertía que la misma procesión de coches provocaba que sus nudillos empalidieceran, que le temblaran las muñecas y que su inglés se tornara inseguro.

—Todo el mundo, estas gentes, es que van como locos.

* * *

Eliot aprendió que había dos cosas que alegraban a la señora Sen. La primera era la llegada de una carta de su familia.

La mujer tenía por costumbre revisar el buzón después de sus prácticas de conducción. Abría el buzón para después pedirle a Eliot que mirara en su interior, diciéndole lo que tenía que buscar, momento en que cerraba los ojos, cubriéndolos entre sus manos, mientras Eliot rebuscaba entre los recibos y publicaciones dirigidos al señor Sen. Al principio, a Eliot le resultaba incomprensible la ansiedad de la señora Sen; su madre tenía un apartado de correos en la ciudad, que visitaba de modo tan infrecuente que una

vez les cortaron la electricidad durante tres días. Tuvo que pasar varias semanas en compañía de la señora Sen antes de que Eliot por fin diera con un aerograma de textura granulada y rebosante de sellos en los que aparecía un hombre calvo ante una rueca, ennegrecido por un sinfín de estampillados.

—¿Es esto lo que buscaba, señora Sen?

Por primera vez, la mujer le abrazó, estrechando su cabeza contra el sari, envolviéndole con su aroma a comino y naftalina. A continuación, le arrancó la carta de las manos.

Nada más entrar en el apartamento, la mujer se descalzó de cualquier modo, se quitó un pasador del pelo y rasgó la parte superior y los lados del aerograma con tres rápidos giros de la muñeca. Sus ojos iban de aquí para allí mientras leía. Nada más terminar, apartó la tela que cubría el teléfono, marcó un número y preguntó:

—Sí, ¿está el señor Sen, por favor? De parte de la señora Sen. Es importante.

A continuación la mujer habló en su propio idioma, fulgurante y absurdo a oídos de Eliot; estaba claro que leía el texto de la carta línea por línea. Al leer, su voz parecía más alta y ligeramente desafinada. Aunque la tenía a pocos centímetros de él, Eliot intuyó que la señora Sen ya no se encontraba en aquella estancia cubierta por la alfombra color de pera.

Después, y de forma imprevista, el apartamento se tornó demasiado pequeño para permanecer encerrada entre cuatro paredes. Tras cruzar la carretera principal, caminaron la escasa distancia que les separaba del cuadrángulo de la universidad, donde las campanas del torreón de piedra resonaban a cada hora. Entraron en la cafetería de la asociación de alumnos, donde cogieron dos bandejas frente al mostrador, y comieron patatas fritas servidas en sendos barquichuelos de cartón entre los alumnos que charlaban en las mesas circulares. Eliot bebía un refresco en un vaso de papel mientras la señora Sen maceraba una bolsita de té en azúcar y crema de leche. Después de comer, exploraron el Departamento de Bellas Artes, mirando las esculturas y pantallas de seda alineadas en unos pasillos más bien fríos que olían intensamente a pintura y arcilla frescas. Luego pasaron junto al Departamento de Matemáticas, donde el señor Sen daba clase.

Terminaron por llegar a la ruidosa ala impregnada de olor a cloro del gimnasio, donde, a través de un gran ventanal ubicado en el cuarto piso, contemplaron a los nadadores que recorrían las calles de unas destelleantes piscinas color turquesa. La señora Sen sacó de su bolso el aerograma de la India y estudió el anverso y el reverso del sobre. Desplegó el sobre y volvió a leer para sí, emitiendo algún suspiro ocasional. Cuando terminó, su mirada se fijó en los nadadores durante un rato.

—Mi hermana ha tenido una niña. Cuando la vea por primera vez, y eso depende de si el señor Sen se convierte en profesor titular, la pequeña tendrá ya tres años. Su propia tía le parecerá una extraña. Si nos encontráramos en el asiento de un tren, no sería capaz de reconocer mi cara. —La mujer devolvió la carta a un bolsillo y puso su mano en la cabeza del niño—. Eliot, ¿echas en falta a tu madre estas tardes que pasas conmigo?

Era algo en lo que Eliot no había pensado jamás.

—Seguro que la echas de menos. Cuando pienso en ti, un chico separado de su madre durante tan gran parte del día, me da vergüenza.

—Pero si la veo por las noches...

—Cuando yo tenía tu edad, nunca se me ocurrió pensar que algún día estaría tan lejos. A tus años, tú lo tienes más claro, Eliot. Ya sabes cómo pueden ser las cosas en el futuro.

* * *

La otra cosa que hacía feliz a la señora Sen era el pescado fresco. Siempre quería un pescado entero, nada de marisco o filetes como los que su madre hiciera a la parrilla cierta vez que invitó a cenar a un compañero de oficina, un hombre que pasó la noche en el dormitorio de su madre, pero a quien Eliot no volvió a ver jamás. Una tarde, cuando la madre de Eliot se presentó a recogerle, la señora Sen le sirvió una croqueta de atún, no sin explicar que en realidad debía prepararse a base de un pescado llamado bhetki.

—Es bastante frustrante —se disculpó la señora Sen, haciendo énfasis en la segunda sílaba de la palabra— que vivamos tan cerca del mar y que haya tan poco pescado.

En verano, añadió, le gustaba acercarse a un mercado que había junto a la playa. Aunque explicó que el pescado de por aquí era bastante más insípido que el de la India, por lo menos era fresco. Ahora que llegaba el frío, los barcos ya no salían con regularidad, y a veces no se podía comprar pescado durante semanas enteras.

—¿Por qué no va al supermercado? —preguntó su madre.

La señora Sen denegó con la cabeza.

—En el supermercado todo está en lata, ¡montones de latas!, buenas para dar de comer al gato, pero yo lo que quiero es pescado fresco por piezas, y de eso nunca hay.

La señora Sen explicó que de niña comía pescado dos veces al día. Como apuntó, en Calcuta, la gente comía pescado para desayunar y cenar. Con un poco de suerte, también comían un poco de pescado para merendar después de la escuela. Se comían la cola, las huevas, la cabeza incluso. Uno podía comprar pescado en cualquier mercado, a cualquier hora del día, del amanecer a la medianoche.

—Todo lo que hay que hacer es salir de casa y caminar un poco; uno encuentra pescado al momento.

Cada pocos días, la mujer abría las páginas amarillas, marcaba un número apuntado en un margen de la página y preguntaba si había llegado algo de pescado fresco. Si era así, pedía que se lo reservasen.

—Sí, Sen, S como en Sam, N como en Nueva York. El señor Sen pasará a recogerlo.

A continuación, llamaba al señor Sen a la universidad. El señor Sen llegaba pocos minutos después, momento en que acariciaba la cabeza de Eliot pero no besaba a su esposa. Leía su correo en la mesa de formica y bebía una taza de té antes de volver a salir. Volvía media hora más tarde, armado con una bolsa de papel en la que había dibujada la efigie de una langosta sonriente, y entregaba la bolsa a la señora Sen antes de salir otra vez para la universidad, a dar su clase vespertina. Un día, el señor Sen entregó la bolsa a su mujer y anunció:

—Se acabó el pescado por un tiempo. Mejor que vayas cocinando el pollo del frigorífico. Tendré que pasar más horas en la facultad.

Durante los días siguientes, en vez de llamar al pescadero, la señora Sen se dedicó a descongelar patas de pollo en el fregadero, que después troceaba con la navaja. Sin embargo, a la semana siguiente, el pescadero telefoneó a la señora Sen. Según le dijo, imaginaba que ella querría algo de pescado y prometía reservárselo hasta el final del día. La señora Sen se puso muy contenta.

—Qué señor más amable, Eliot. Dice que ha mirado mi número en la guía de teléfonos y que sólo hay un apellido Sen. ¿Tú sabes cuántos Sen hay en el listín de Calcuta?

La mujer dijo a Eliot que se pusiera las deportivas y la cazadora, y llamó al señor Sen a la universidad. Eliot se anudó los cordones de las deportivas junto a la estantería de la entrada y aguardó a que la señora Sen viniera a escoger alguno de sus pares de zapatillas. Al cabo de unos minutos, Eliot la llamó por su nombre. Como la mujer no respondiera, Eliot se desanudó las deportivas y volvió a la sala de estar, donde la encontró tendida en el sofá, llorando. Se apretaba el rostro con las manos; las lágrimas se le escurrían entre los dedos. Con la voz quebrada por el llanto, murmuró que el señor Sen estaba de reunión. Lentamente, se puso en pie y volvió a disponer la tela sobre el teléfono. Eliot la siguió, pisando por primera vez la alfombra color de pera con sus zapatillas. La mujer fijó su mirada en él. Sus párpados inferiores estaban hinchados como delgadas crestas rosadas.

—Dime, Eliot. ¿Es tanto lo que pido?

Antes de que él pudiera responder, la mujer tomó su mano y le llevó al dormitorio, cuya puerta normalmente mantenía cerrada. Además de la cama, que no tenía cabecera, en la habitación no había más que una mesita de noche con un teléfono, una tabla de planchar y una cómoda. La mujer abrió los cajones de la cómoda y la puerta del armario empotrado, atestado de saris de cada color y textura imaginables, brocados en hilo de oro y plata. Algunos eran transparentes, tan delgados como el papel de seda, otros eran recios como cortinas, con borlas en sus extremos. En el armario, colgaban de las perchas; en la cómoda, estaban doblados con cuidado o arrollados como espesos pergaminos. La señora Sen abría y cerraba los cajones, de forma que los saris asomaban al exterior.

—¿Cuándo me he puesto éste? ¿Y éste? ¿Y éste?

La mujer arrojó por los aires un sari tras otro, antes de ensañarse con los guardados en las perchas. De modo indefectible, todos acababan arrugados como sábanas sobre la cama. El dormitorio estaba impregnado de un intenso olor a naftalina.

—Que mande fotos, me escriben. Que mande fotos de mi nueva vida. ¿Qué fotos quieren que les mande. —Exhausta, la mujer se sentó en el borde de la cama, donde los saris apenas dejaban espacio para ello—. Eliot, ellos piensan que aquí vivo como una reina. —Su mirada vagó por las vacías paredes de la habitación—. Piensan que aprieto un botón y la casa se limpia sola. Piensan que vivo en un palacio.

El teléfono sonó. La señora Sen dejó que sonara varias veces antes de echar mano al supletorio que había junto a la cama. Durante la conversación que siguió, no hizo más que responder con monosílabos mientras se secaba el rostro con la punta de un sari. Cuando colgó el aparato, devolvió los saris a sus cajones, sin doblarlos. A continuación, Eliot y ella se calzaron y caminaron hasta el coche, donde aguardaron la llegada del señor Sen.

—¿Cómo es que hoy no conduces? —preguntó el señor Sen cuando apareció, repiqueteando con los nudillos sobre la capota del vehículo. Cuando Eliot estaba presente, el señor y la señora Sen siempre conversaban en inglés.

—Hoy no. Otro día.

—¿Cómo quieres sacarte el carnet si te niegas a conducir por la carretera, donde van los demás coches?

—Es que Eliot ha venido hoy.

—Como todos los días. Es por tu propio bien. Eliot, dile a la señora Sen que es por su propio bien.

Ella se negó en redondo a conducir.

Avanzaron en silencio, por las mismas carreteras que Eliot y su madre tomaban cada tarde de camino a la casita de la playa. Sin embargo, desde el asiento trasero del auto del señor y la señora Sen, el viaje resultaba poco familiar y más lento que de costumbre. Las gaviotas, cuyos gritos tediosos le despertaban cada mañana, ahora le resultaban fascinantes cuando aleteaban y se lanzaban en picado desde el cielo. Pasaron por una playa tras otra, y por los puestecillos, ahora cerrados, que en verano vendían limonada helada y grandes almejas del tipo quahogs. Tan sólo un puesto estaba abierto. Era la pescadería.

La señora Sen abrió su portezuela y volvió el rostro hacia su marido, que aún no se había desabrochado el cinturón de seguridad.

—¿No sales?

El señor Sen le pasó unos billetes de su cartera.

—Tengo reunión en veinte minutos —declaró, fijando la mirada en la guantera—. Date prisa, por favor.

Eliot acompañó a la mujer al interior del húmedo puestecillo, cuyas paredes aparecían ornadas de redes, boyas y estrellas de mar. Un grupo de turistas cámara en ristre se agrupaban junto al mostrador, algunos ocupados en probar las almejas rellenas, otros señalando un gran cartel en la pared donde se describían cincuenta especies distintas de pescado existentes en el Atlántico Norte. La señora Sen tomó un número de la máquina expendedora que había junto al mostrador y aguardó su turno. Eliot se acercó a las langostas, que se agitaban las unas sobre las otras en su tanque de agua viscosa, con las pinzas prendidas por amarillentas gomas elásticas. Cuando a la señora Sen le llegó el turno, la vio bromear con un hombre de reluciente rostro enrojecido, ataviado con un delantal negro de caucho. El hombre tenía una caballa cogida de la cola en cada mano.

—¿Está seguro de que son bien frescas?

—Más frescas, y se ponen a hablar.

La aguja de la balanza se estremeció hasta señalar su veredicto.

—¿Quiere que se las limpie, señora Sen?

La mujer asintió con la cabeza.

—Y guárdeme las cabezas, por favor.

—¿Es que tiene gatos en casa?

—No tengo gatos. Sólo tengo a mi marido.

Después, en el apartamento, la señora Sen sacó la navaja del armario, extendió unos periódicos en el suelo e inspeccionó el botín recién obtenido. Uno a uno, la mujer sacó los pescados de su envoltorio de papel, arrugado y salpicado de sangre. Acarició las colas, tanteó los vientres y abrió levemente la carne destripada. Con un par de tijeras, recortó las colas. Después puso un dedo bajo las branquias, cuyo intenso color rojo tornaba en pálido su bermellón. La señora Sen cogió el cuerpo, surcado a cada extremo por vetas negras como la tinta, que marcó a intervalos con su navaja.

—¿Para qué hace eso? —preguntó Eliot.

—Para ver cuántos trozos debo cortar. Unos buenos cortes, y de este pescado me salen tres comidas.

* * *

En noviembre, durante varios días, la señora Sen no quiso practicar con el coche. La navaja no salió del armario, los periódicos dejaron de cubrir el suelo. No llamó a la pescadería ni descongeló más pollo. Sin decir palabra, ahora preparaba galletas saladas con mantequilla para Eliot y se sentaba a leer los viejos aerogramas que guardaba en una caja de zapatos. Cuando llegaba el momento de que Eliot se marchara, le daba sus cosas sin invitar a su madre a comer algo en el sofá. Cuando, con el tiempo, su madre le preguntó si había advertido algún cambio en la actitud de la señora Sen en los últimos tiempos, Eliot le dijo que no. No le dijo que la señora Sen se paseaba por el apartamento fijando la mirada en las pantallas de lámpara envueltas en plástico como si las viera por primera vez. No le dijo que conectaba el televisor pero nunca lo miraba ni que se preparaba un té que después se enfriaba sobre la mesita. Un día, la señora Sen puso una cinta de algo que llamó una raga; sonaba como si alguien tocara las cuerdas de un violín a altibajos muy rápidos o muy lentos. Según le explicó la mujer, se trataba de una música que debía ser oída a última hora de la tarde, cuando el sol comenzaba a ponerse. Mientras sonaba la música, durante casi una hora, la señora Sen permaneció sentada en el sofá con los ojos cerrados. Después dijo:

—Esta música es aún más triste que vuestro Beethoven, ¿a que sí?

Otro día puso una cinta en la que se oía a gente hablando en su lengua, un recuerdo de su familia, según explicó a Eliot. Cada vez que una nueva voz reía y decía algo, la señora Sen identificaba al hablante: «Mi tío más joven», «Mi prima», «Mi padre», «Mi abuelo».

Uno de ellos cantaba una canción. Otro recitaba un poema. La última voz del casete correspondía a la madre de la señora Sen. Era una voz más tranquila y de tono más serio que las demás. A cada nueva frase hacía una pausa, momento en que la señora Sen traducía para Eliot:

—El precio de la carne de cabra ha subido dos rupias. Los mangos del mercado no salen muy dulces este año. Hemos tenido inundaciones en College Street. —La mujer paró la cinta—. Son cosas que me dijeron el mismo día que me marché de la India.

Al día siguiente, la señora Sen volvió a poner el mismo casete. Esta vez, sin embargo, paró la cinta cuando ésta llegó a la voz de su abuelo. La mujer le explicó a Eliot que ese fin de semana había recibido carta de la India. Su abuelo había muerto.

* * *

Una semana después, la señora Sen volvió a cocinar. Un día que estaba sentada cortando repollos en la sala de estar, el señor Sen llamó para invitarles a ir a la playa. Dada la ocasión, la señora Sen se puso un sari rojo a juego con su lápiz de labios. Después, se aplicó una nueva capa de bermellón en la raya del pelo y se volvió a hacer las trenzas. Se anudó una bufanda bajo la barbilla y metió una pequeña cámara fotográfica en el bolso. Cuando el señor Sen se sentó en el coche, puso su brazo sobre el asiento delantero, como si quisiera rodear a la señora Sen por los hombros.

—Me parece que ya hace demasiado frío para ese abrigo que llevas —le comentó—. Haremos bien en comprarte uno más grueso.

En la pescadería compraron caballa, butterfish y lubina. Esta vez, el señor Sen entró en la pescadería con ellos y se ocupó de preguntar si el pescado era fresco y de decir que lo cortaran de esta o aquella manera. Compraron tanto pescado que Eliot tuvo que cargar con una de las bolsas. Tras dejar las bolsas en el maletero, el señor Sen dijo que tenía hambre. La señora Sen dijo que ella también, así que cruzaron la calle y se acercaron a un restaurante que todavía tenía abierta la ventanilla de los platos para llevar. Sentados en una mesa de picnic, dieron buena cuenta de sendas cestas de fritura de almeja. La señora Sen sazonó la suya con abundante tabasco y pimienta negra.

—Parecen pakoras, ¿a que sí?

Ella tenía el rostro enrojecido, el lápiz de labios corrido, y reía a cada nueva frase del señor Sen.

Había una pequeña playa junto al restaurante, así que después de comer pasearon un rato junto a la orilla. El viento era tan fuerte que casi obligaba a caminar de espaldas. La señora Sen señaló al agua y dijo que había momentos en que las olas parecían saris puestos a secar en la cuerda de tender.

—¡Imposible! —exclamó entre risas, volviendo el rostro—. No puedo andar.

En vez de seguir caminando, la mujer aprovechó para fotografiar a Eliot y al señor Sen sobre la arena.

—Ahora, haznos tú una foto —pidió al señor Sen, entregándole la cámara y estrechando a Eliot contra su abrigo de cuadros. Por fin, la cámara pasó a manos de Eliot.

—No te muevas al hacer la foto —advirtió el señor Sen.

Eliot escudriñó por el diminuto visor, a la espera de que el señor y la señora Sen se acercaran más el uno al otro, cosa que no hicieron. Tampoco se cogieron de la mano o pasaron el brazo por la cintura del otro. Ambos sonreían con la boca cerrada, guiñando sus ojos al viento, el sari rojo de la señora Sen flameando al viento bajo su abrigo.

En el coche, cálidos al fin y exhaustos por el viento y la fritura de almejas, admiraron las dunas de la playa, los barcos que se veían a lo lejos, la silueta del faro, el cielo de un púrpura tono melocotón. Al cabo de un rato, el señor Sen redujo la marcha y detuvo el auto en la cuneta.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Sen.

—Hoy nos vas a conducir a casa.

—Hoy no.

—Hoy sí. —El señor Sen salió del coche y abrió la portezuela del lado de su mujer. Un viento feroz irrumpió en el interior del vehículo, acompañado por el rugir de las olas en la orilla. Por fin, ella se pasó al asiento del conductor, donde empleó largo rato en ajustarse el sari y las gafas de sol. Eliot volvió el rostro y miró por la luna trasera. La carretera estaba desierta. La señora Sen conectó la radio; una música de violín inundó el interior del vehículo.

—No hace falta —dijo el señor Sen, desconectando la radio.

—Me ayuda a concentrarme —respondió la señora Sen, volviendo a conectarla.

—Pon el intermitente —ordenó el señor Sen.

—Ya sé lo que tengo que hacer.

Durante kilómetro y medio, la mujer condujo sin problema, aunque bastante más pausadamente que los coches que la adelantaban. Sin embargo, al acercarse a la ciudad, cuando aparecieron los primeros semáforos, todavía redujo más la marcha.

—Cambia de carril —indicó el señor Sen—. En la rotonda tendrás que girar a la izquierda.

La señora Sen no cambió de carril.

—Te digo que cambies de carril. —El señor Sen apagó la radio—. ¿Me escuchas, o no?

Un coche hizo sonar el cláxon, luego otro más. La señora Sen respondió con otro bocinazo desafiante, frenó y, sin avisar, se desvió a la cuneta.

—Ya está bien —dijo, apoyando la frente sobre el volante—. Lo odio. Odio conducir. No puedo seguir.

* * *

Después de ese día, la señora Sen ya no volvió a conducir. La siguiente vez que la telefonearon de la pescadería, no llamó al señor Sen a su despacho. Tenía pensado probar otra cosa. Había un autobús municipal que cada hora efectuaba el trayecto de la universidad a la playa. Una vez dejada atrás la universidad, el autobús hacía dos paradas, primero en un asilo de ancianos y después en una plaza comercial sin nombre en la que había una librería, una tienda de zapatos, una farmacia, una tienda de animales domésticos y una tienda de discos. En los bancos del pórtico, las ancianas del asilo se sentaban por parejas a comer dulces, ataviadas con abrigos de gran botonadura que les llegaban por las rodillas.

—Eliot —preguntó la señora Sen mientras iban en el autobús—, cuando tu madre sea mayor, ¿la meterás en un asilo?

—Es posible —respondió él—. Pero iré a visitarla todos los días.

—Eso dices ahora, pero ya verás, cuando seas mayor, la vida te parecerá muy distinta. —La mujer contó con los dedos—. Entonces tendrás mujer e hijos, y querrán que les lleves a este sitio y a aquel otro. Por muy buenos que sean, llegará el día en que se quejarán de visitar a tu madre, y tú mismo te cansarás de eso. Un día dejarás de ir, y al siguiente también, y al final la pobre tendrá que arrastrarse en autobús para comprar una simple bolsa de caramelos.

En la pescadería, las bandejas de hielo estaban casi vacías, igual que el tanque de las langostas, donde las manchas de óxido resultaban visibles a través del agua. Un cartel indicaba que la pescadería cerraría todo el invierno a partir de fin de mes. Tan sólo había una persona tras el mostrador, un muchacho que no reconoció a la señora Sen cuando le entregó una bolsa reservada a su nombre.

—¿Está limpio? ¿Le han quitado las escamas? —preguntó la señora Sen.

El muchacho se encogió de hombros.

—El jefe se ha marchado hace rato. Sólo me dijo que le entregara esta bolsa.

En el aparcamiento, la señora Sen consultó el horario de autobuses. Les quedaban cuarenta y cinco minutos de espera, así que cruzaron la calle y compraron fritura de almejas en el mismo establecimiento de la otra vez. Sin embargo, ya no había sitio donde sentarse. Sobre las mesas de picnic, las banquetas aparecían ligadas con cadenas.

De regreso a casa, una anciana sentada en el autobús no dejó de observarles. Sus ojos iban de la señora Sen a Eliot, a la bolsa manchada de sangre que tenían entre los pies. La anciana vestía un abrigo negro; sus manos arrugadas e incoloras apretaban una reluciente bolsa de farmacia sobre su regazo. Los otros dos únicos pasajeros eran una pareja de alumnos de la universidad, chico y chica, que vestían jerseys deportivos a juego y tenían los dedos entrelazados en el asiento trasero, donde se sentaban con descuido. Sin decir palabra, Eliot y la señora Sen comieron los restos de fritura que quedaban en la bolsa. Ella se había olvidado de coger servilletas; restos de fritura puntuaban las comisuras de sus labios. Cuando llegaron al asilo, la mujer del abrigo negro se levantó, dijo alguna cosa al conductor y bajó del autobús.

El conductor volvió el rostro y examinó a la señora Sen.

—¿Qué es lo que lleva en la bolsa?

La señora Sen alzó la mirada con sorpresa.

—¿Habla usted inglés?

El autobús se puso en marcha otra vez. El conductor ahora les miraba por el gran espejo retrovisor.

—Sí que lo hablo.

—¿Pues qué lleva en esa bolsa?

—Pescado —contestó la señora Sen.

—Me temo que el olor molesta a los demás pasajeros. Chico, ¿por qué no abres un poco la ventana, o lo que sea?

* * *

Una tarde, varios días después, el teléfono sonó. Los barcos habían traído un fletán de lo más sabroso. ¿La señora Sen querría probarlo? La mujer llamó a su marido, pero no lo encontró en el despacho. Volvió a llamarle una segunda vez, y una tercera. Por fin fue a la cocina y volvió a la sala de estar con la navaja, una berenjena y varios periódicos. Sin que ella tuviera que decirle nada, Eliot ocupó su lugar en el sofá y la contempló rebanar la berenjena, que troceó en tiras largas y delgadas, después en dados cada vez menores hasta ser del tamaño de terrones de azúcar.

—Voy a hacer un guiso estupendo con dados de berenjena, pescado y plátano verde — anunció ella—. Aunque me temo que no tenemos plátano verde.

—¿Vamos a ir a por el pescado?

—Vamos a ir a por el pescado.

—¿Nos llevará el señor Sen?

—Ponte los zapatos.

Salieron del apartamento sin haber limpiado el comedor. En la calle hacía tanto frío que Eliot lo sentía en la misma raíz de los dientes. Subieron al coche y la señora Sen dio varias vueltas por el caminillo de la urbanización. Cada vez se detenía junto al bosquecillo de pinos para observar el tráfico de la carretera principal. Eliot pensaba que simplemente hacía prácticas, a la espera de que llegase el señor Sen. Pero entonces puso el intermitente y salió a la carretera.

El accidente tuvo lugar poco después. Cosa de un kilómetro y medio más allá, la señora Sen giró a la izquierda antes de lo indicado, y aunque el coche que venía de frente se las arregló para esquivarla, el sonido del cláxon la sobresaltó de tal modo que perdió el control del volante y se estrelló contra un poste de teléfonos en la acera opuesta. Cuando llegó un policía y le pidió el carnet, la señora Sen no tenía ninguno que mostrarle.

—El señor Sen es profesor de matemáticas en la universidad —fue toda su explicación.

Los daños fueron leves. La señora Sen se cortó el labio. Eliot se quejó durante poco tiempo de un dolor en las costillas, y el parachoques del auto tuvo que ser nivelado. El

policía creyó que la mujer también se había hecho un corte en el cuero cabelludo, pero sólo se trataba del bermellón. Cuando el señor Sen hizo acto de presencia, en el coche de un colega de la universidad, habló largamente con el policía mientras rellenaba un impreso. Sin embargo, luego no dijo nada a su mujer cuando volvieron en coche a casa. Al salir del auto, el señor Sen acarició la cabeza de Eliot.

—El policía dijo que tuviste mucha suerte. Mucha suerte de salir sin un rasguño.

Tras quitarse las zapatillas y ponerlas en la estantería, la señora Sen devolvió a su lugar la navaja que seguía en el piso de la sala de estar y tiró a la basura los restos de berenjena y los periódicos viejos. Preparó un plato de galletas saladas con manteca de maní, lo dejó sobre la mesita y conectó la televisión para Eliot.

—Si luego tiene más hambre, dale un polo de los que hay en una caja en el frigorífico —instruyó al señor Sen, que estaba sentado a la mesa de formica, revisando el correo.

Dicho esto, la señora Sen se metió en el dormitorio y cerró la puerta. Cuando la madre de Eliot se presentó a las seis menos cuarto, el señor Sen le contó el accidente con detalle y le ofreció un talón en el que le devolvía el pago acordado para el mes de noviembre. Mientras firmaba el talón, le pidió disculpas en nombre de su mujer. Según dijo, ella estaba descansando, pero Eliot la había oído llorar cuando fue al baño poco antes. Su madre se dio por satisfecha con la compensación, y, en cierta forma, según confesó a Eliot de camino a casa, se sintió aliviada. Aquella fue la última tarde que Eliot pasó con la señora Sen, o con cualquier otra canguro. A partir de ese día su madre le dio una llave, que llevaba prendida de un cordel en torno al cuello, con instrucciones de volver a la casita de la playa al salir de clase y llamar a los vecinos en caso de emergencia. El primer día, justo cuando se estaba quitando el chaquetón, el teléfono sonó. Era su madre, que le llamaba de la oficina.

—Ahora ya eres un chico mayor, Eliot —le saludó—. ¿Estás bien?

Eliot miró por la ventana de la cocina, las olas grisáceas que se alejaban de la orilla, y respondió que estaba bien.

Esta casa está bendecida

ENCONTRARON la primera de ellas en el armario de la cocina, junto a una botella sin abrir de vinagre de malta.

—Mira lo que he encontrado.

Twinkle entró en la sala de estar, cubierta de pared a pared de cajas protegidas con cinta de embalar, agitando la botella de vinagre en una mano y la blanca efigie de Cristo de porcelana, de tamaño similar al de la botella de vinagre, en la otra.

Sanjeev alzó la vista. Arrodillado en el suelo, estaba ocupado en marcar, con tiras de post-it, los puntos del zócalo que requerían un repaso de pintura.

—Ya puedes tirarlo.

—¿El qué?

—Las dos cosas.

—Pero el vinagre me puede servir para cocinar. Está sin abrir.

—En tu vida has usado vinagre para cocinar.

—Ya miraré alguna receta. En alguno de los libros de cocina que nos regalaron por la boda.

Sanjeev se volvió hacia el zócalo para reponer un trozo de post-it caído en el suelo.

—Mira bien la fecha de caducidad. Y, por lo menos, tira a la basura esa estúpida estatuilla.

—Pero a lo mejor tiene algún valor. ¿Quién sabe? —Twinkle dio la vuelta a la figura y acarició con el índice los minúsculos pliegues estáticos de su toga—. Es bonita.

—Nosotros no somos cristianos —dijo Sanjeev. En los últimos tiempos se daba cuenta de lo necesario que era repetirle lo obvio a Twinkle. El día anterior había tenido que decirle que no debían arrastrar la cómoda, sino llevarla en volandas; de lo contrario, el parquet se rayaría.

Twinkle se encogió de hombros.

—Es cierto, no somos cristianos. Somos una buena parejita de hindúes.

Twinkle depositó un beso en la cabecita de Cristo, cuya efigie puso sobre la repisa de la chimenea. Sanjeev observó que a ésta tampoco le vendría mal quitarle el polvo.

* * *

A fines de esa semana, la repisa seguía con su misma capa de polvo, pero convertida, eso sí, en expositor de una más que regular colección de parafernalia cristiana. Junto a una estampa tridimensional de san Francisco en cuatro colores, que Twinkle había encontrado pegada con cinta adhesiva en el interior del botiquín, había un llavero con

una cruz de madera, que Sanjeev había pisado con sus pies desnudos mientras instalaba unos estantes supletorios en el estudio de Twinkle. También había un dibujo coloreado por números de los Reyes Magos enmarcado sobre un fondo de terciopelo negro, hallado en el armario de las sábanas. Y también había un salvamantel de azulejo en el que se representaba a un Cristo rubio y lampiño pronunciando un sermón en la cima de una montaña, encontrado en uno de los cajones del armarito empotrado del comedor.

—¿Crees que los anteriores propietarios era cristianos renacidos? —preguntó Twinkle al día siguiente, añadiendo a la colección una nevada cúpula de plástico en la que estaba insertada una Natividad diminuta, descubierta tras las cañerías del fregadero de la cocina.

Sanjeev estaba ocupado en ordenar alfabéticamente sus textos de ingeniería del Instituto Tecnológico de Massachusetts, aunque hacía bastantes años que no había tenido necesidad de consultarlos. Tras su graduación, se había mudado de Boston a Connecticut, para trabajar en una empresa situada en las cercanías de Hartford, donde, según había sabido recientemente, su nombre sonaba como próximo vicepresidente. Con treinta y tres años, tenía secretaria personal y supervisaba el trabajo de una docena de empleados, que estaban más que contentos de suministrarle cualquier información que necesitara. Con todo, la presencia de sus libros de texto en la habitación le traía recuerdos de una época de su vida que recordaba con cariño, cuando todas las tardes cruzaba el puente de Massachusetts Avenue para comer pollo mughlai con espinacas en su restaurante indio preferido, al otro lado del río Charles, antes de regresar a su residencia para pasar a limpio cálculos y problemas.

—Quizá se trate de una estrategia para conseguir conversiones —bromeó Twinkle.

—Pues está claro que contigo han tenido éxito.

Sin hacer caso al comentario, Twinkle agitó la pequeña cúpula de plástico de modo que la nieve bailó sobre el pesebre.

Sanjeev estudió los objetos alineados en la repisa. Le sorprendía que todos y cada uno de ellos fueran tan estúpidos. Saltaba a la vista que carecían de cualidad sagrada alguna. Aún le sorprendía más que Twinkle, quien normalmente tenía buen gusto, se extasiara de aquel modo ante ellos. La colección significaba algo para Twinkle, pero nada en absoluto para él.

—Tendríamos que hablar con el agente de la propiedad y decirle que alguien se ha olvidado de coger todas esas tonterías. Decirle que se lo lleve todo de aquí.

—Oh, Sanj —se quejó Twinkle—. Por favor. Me sentaría fatal tirar todas esas cosas. Seguro que eran importantes para quienes vivían aquí antes. Para mí sería, no sé, como un sacrilegio, o algo así.

—Si son cosas tan preciosas, ¿qué hacen ocultas por toda la casa? ¿Por qué no se las llevaron con ellos?

—Seguro que hay más —dijo Twinkle. Sus ojos vagaron por las desnudas paredes blanquecinas de la estancia, como si hubiera otros objetos ocultos bajo el yeso—. ¿Qué más te parece que podemos encontrar?

Sin embargo, cuando desempacaron las cajas y comenzaron a colgar sus ropas de invierno y las pinturas en seda de procesiones de elefantes adquiridas durante su luna de miel en Jaipur, para decepción de Twinkle, no dieron con ninguna otra cosa más. Tuvo que pasar casi una semana entera para que, un sábado por la tarde, dieran con un póster tamaño gigante en el que aparecía un Cristo pintado a la acuarela que lloraba lágrimas translúcidas del tamaño de cacahuets y lucía una corona de espinos, imagen que hallaron enrollada tras un radiador en el cuarto de los huéspedes. Sanjeev al principio la tomó por una cortina de persiana.

—Oh, tenemos que colgar esta imagen. Es espectacular de veras. —Twinkle prendió un cigarrillo y se puso a fumar con avidez, moviendo el pitillo en torno a la cabeza de Sanjeev en ademán de director de orquesta, a tono con la Quinta Sinfonía de Mahler, que resonaba a toda potencia en el equipo de sonido del piso inferior.

—A ver un momento. Por ahora pienso tolerar tu pequeña colección bíblica en la sala de estar, pero por aquí no paso —declaró él, señalando una de las lágrimas-cacahuete del póster—. No quiero ver esto en nuestra casa.

Twinkle fijó la mirada en él, exhalando con placidez un humo que ascendía en dos delgados hilos azules desde sus fosas nasales. Luego enrolló el póster con cuidado, asegurándolo con una de las gomas elásticas que siempre llevaba en la muñeca para sujetar sus cabellos espesos y rebeldes, sombreados con henna aquí y allí.

—Lo colgaré en mi estudio —informó—. Así no tendrás que mirarlo.

—¿Y qué haremos en la fiesta de inauguración? Querrán ver todas las habitaciones. Y he invitado a gente del trabajo.

Twinkle puso los ojos en blanco. Sanjeev advirtió que la sinfonía, en su tercer movimiento, alcanzaba un crescendo marcado por el estruendo de los platillos.

—Lo colgaré detrás de mi puerta —ofreció ella—. Así, cuando asomen la cabeza, no verán nada de nada. ¿Contento?

Sanjeev la miró salir de la habitación con el póster y el cigarrillo; algo de ceniza manchaba el suelo allí donde había estado. Sanjeev se agachó, pellizcó la ceniza entre los dedos y la depositó en la abierta palma de su mano. Comenzaba el tierno cuarto movimiento, el adagietto. Durante el desayuno, Sanjeev había leído en las notas del disco que Mahler se había declarado a su mujer enviándole el manuscrito de este fragmento de la composición. Según añadían las notas, la Quinta Sinfonía incluía elementos trágicos y difíciles, pero era básicamente una pieza inspirada por el amor y la felicidad.

Sanjeev oyó el sonido de la cadena del retrete.

—Por cierto —gritó Twinkle—, si quieres causar buena impresión entre los invitados, te recomiendo que pongas otra música. Lo que es a mí, me está dando sueño.

Sanjeev fue al baño para arrojar las cenizas. La colilla del cigarrillo seguía flotando en el retrete, pero la cisterna aún se estaba llenando, así que tuvo que esperar un momento para tirar de la cadena. En el espejo del botiquín, observó sus largas pestañas. Como de chica, le embromaba Twinkle con frecuencia. Aunque era de compleción media, sus carrillos eran un tanto carnosos. Según temía, en combinación con las cejas, los mofletes acaso desentonaran un tanto en su perfil, que él gustaba de considerar como distinguido. Sanjeev era asimismo de estatura media, aunque siempre, desde el día que dejó de crecer, deseó haber sido apenas tres centímetros más alto. Por esta misma razón, le irritaba que Twinkle insistiera en calzar tacón alto, como había hecho la noche pasada, cuando fueron a cenar a Manhattan. La salida había tenido lugar el primer fin de semana después del traslado. A esas alturas, la repisa de la chimenea ya estaba considerablemente llena, lo que motivó una continua discusión en el coche durante el trayecto de ida. Pero después Twinkle se bebió cuatro whiskys en un anónimo bar de Alphabet City, cosa que la llevó a olvidar toda desavenencia. Después le arrastró a una pequeña librería de Saint Mark's Place, donde pasó casi una hora curioseando y, al salir, insistió en que bailara un tango con ella en la acera, delante de todo el mundo.

Después, Twinkle se tambaleó cogida de su brazo, ligeramente por encima de sus ojos, caminando con dificultad sobre un par de zapatos de ante imitación leopardo de ocho centímetros de altura. De esta guisa anduvieron las innumerables manzanas necesarias para llegar al aparcamiento situado en Washington Square, pues Sanjeev había oído demasiadas historias sobre lo peligroso que era dejar el coche aparcado en las calles de Manhattan.

—Pero ¿qué quieres que haga? Si me paso el día sentada al escritorio... —se quejó ella de camino a casa, después de que él aventurase que sus zapatos parecían incómodos y que acaso fuera mejor dejar de calzarlos—. ¿Cuándo quieres que me los ponga, entonces? No voy a llevarlos puestos para sentarme delante del ordenador.

Aunque Sanjeev prefirió no insistir, sabía positivamente que Twinkle no pasaba el día sentada frente al ordenador. Esa misma tarde, cuando volvió a casa después de correr un poco, la había encontrado inexplicablemente tumbada en la cama, leyendo. Cuando le preguntó qué hacía en la cama en pleno día, ella le respondió que se aburría. En ese momento Sanjeev tuvo ganas de decirle: «Podrías abrir algunas cajas. Podrías barrer el desván. Podrías darle un retoque a la pintura de la repisa del baño, y después podrías avisarme de no dejar allí mi reloj.» Eran detalles, flecos pendientes, que a ella no la preocupaban en absoluto. Twinkle parecía satisfecha con ponerse las primeras ropas que encontraba al abrir el armario, con hojear la primera revista que hubiera sobre la mesa, con escuchar cualquier canción en la radio. Satisfecha y, a la vez, curiosa. Y ahora, toda su curiosidad se centraba en descubrir cuál sería el próximo tesoro oculto.

Unos días más tarde, al volver de la oficina, Sanjeev encontró a Twinkle sentada al teléfono, fumando y charlando con una de sus amigas de California, a pesar de que aún no eran las cinco de la tarde y las llamadas de larga distancia se pagaban más caras.

—Una gente de lo más religiosa —declaró, haciendo una pausa para soltar el humo—. Cada día se encuentra una con un nuevo tesoro. En serio. No me creerás, pero los marcos de los interruptores, en los dormitorios, estaban decorados con escenas bíblicas. Ya sabes, el Arca de Noé y todo eso. Sí, tenemos tres dormitorios, pero uno lo utilizo como estudio. Sanjeev fue a la ferretería y cambió todos los marcos de los interruptores. Sí, como lo oyes, todos y cada uno de ellos.

Ahora le tocaba hablar a su amiga. Twinkle asentía con la cabeza, sentada en el suelo con la espalda apoyada sobre la nevera, vestida con negros pantalones de torero y un jersey amarillo de felpilla, buscando el mechero a tientas. Sanjeev olió un aroma perfumado que venía de los fogones. Moviéndose con cuidado sobre el cable del teléfono, enredado sobre las baldosas de terracota mexicana, abrió la tapa de una olla en la que una salsa roja hervía con furia, derramándose por los costados.

—Es un guiso de pescado. Le he puesto un poco del vinagre que encontramos —le dijo ella, cruzando los dedos mientras interrumpía la conversación con su amiga—. Perdona, ¿qué me decías?

Twinkle era así, entusiasta y feliz por cualquier minucia, siempre cruzando los dedos en cualquier ocasión de futuro remotamente incierto, ya se tratase de probar un helado de nuevo sabor o de echar una carta en el buzón. Era una cualidad que Sanjeev no comprendía. A él le hacía sentirse estúpido, como si el mundo encerrara maravillas invisibles o impensadas por él. Sanjeev examinó su rostro, todavía anclado en la adolescencia, según se le ocurrió en ese momento, los ojos sin malicia, los rasgos agradables pero no del todo conformados, como si aún buscaran una expresión permanente. Twinkle debía su nombre a una nana infantil y todavía tenía que liberarse de muchos de los mimos de la niñez. Ahora, en su segundo mes de matrimonio, eran varios los rasgos de su persona que irritaban a Sanjeev: las salivillas que a veces escupía al hablar, el modo en que de noche dejaba su ropa interior tirada al pie de la cama en vez de ponerla en el cesto de la ropa sucia.

Sólo hacía cuatro meses que se conocían. Los padres de Twinkle, que vivían en California, y los suyos, que aún seguían en Calcuta, eran viejos amigos y, de un continente a otro, habían encontrado el modo de conseguir que Twinkle y Sanjeev se conocieran, con ocasión del decimosexto cumpleaños de la hija de unos conocidos, aniversario coincidente con una visita de negocios que Sanjeev efectuó a Palo Alto. En el restaurante, les tocó sentarse juntos en una mesa redonda presidida por una fuente giratoria de costillas, rollos de primavera y alas de pollo cuyo sabor todos coincidieron en definir como insípido. En la mesa descubrieron que compartían similar querencia adolescente, y a la vez persistente, por las novelas de Wodehouse, así como idéntico desagrado por la música de sitar; más tarde, Twinkle le confesó haberse sentido encantada por la caballerosidad con que Sanjeev no había dejado de servirle té durante toda la conversación.

Después llegaron las llamadas de teléfono, cada vez más prolongadas, seguidas de las visitas, primero la de él a Stanford, luego la de Twinkle a Connecticut, tras la cual Sanjeev guardó en el balcón el cenicero con las colillas de cigarrillo que ella fumara durante su estancia. Esto es, las guardó hasta la próxima visita, en cuyo honor pasó el aspirador por el apartamento, lavó las sábanas y hasta pasó el plumero por las plantas. Twinkle tenía veintisiete años y recientemente había sido abandonada, según

comprendía ahora, por un americano fracasado en su pretensión de establecerse como actor; Sanjeev era hombre solitario, con un sueldo demasiado elevado para gastarlo en sí mismo, y nunca había estado enamorado. A instancias de sus casamenteros, la boda se celebró en la India, entre cientos de invitados a quienes él apenas recordaba de su niñez, sometidos a las incesantes lluvias de agosto, bajo una tienda roja y anaranjada decorada con iluminación de árbol navideño plantada en Mandeville Road.

* * *

—¿Has barrido el desván? —preguntó Sanjeev a Twinkle más tarde, mientras ella se ocupaba en doblar las servilletas de papel y colocarlas junto a los platos. El desván era la única parte de la casa que no habían limpiado a fondo desde el principio.

—Todavía no. Ya lo haré, no te preocupes. Espero que esto esté bueno —declaró, situando la humeante olla sobre el salva-mantel con la imagen de Cristo. Una barra de pan italiano descansaba en una cestita, junto a los vasos de vino, la lechuga iceberg y la zanahoria rallada sazonada con salsa embotellada y picatostes. Twinkle no era lo que se dice muy ambiciosa en la cocina. Tenía por costumbre comprar pollo precocinado en el supermercado, que servía con la ensalada de patatas preparada quién sabe cuándo que se vendía en pequeños cubos de plástico. La comida india era un rollo, según decía. Twinkle detestaba trocear dientes de ajo y pelar jengibres; como tampoco sabía manejarse con el robot de cocina; era Sanjeev quien, los fines de semana, se encargaba de mezclar el aceite de mostaza, los palos de canela y los clavos a fin de preparar un curry como era debido.

En todo caso, Sanjeev debía admitir que, fuese lo que fuese, lo que hoy había cocinado era inusualmente sabroso, atractivo a la vista incluso, con sus blancos dados de pescado, sus briznas de perejil y sus tomates reluciendo sobre la salsa color rojo oscuro.

—¿De dónde has sacado este plato?

—Me lo inventé.

—¿Cómo lo has preparado?

—Poniendo de todo en la olla y añadiendo un poco de vinagre de malta al final de todo.

—¿Cuánto vinagre?

Twinkle se encogió de hombros mientras rompía un pedazo de pan y rebañaba su plato.

—¿Cómo que no lo sabes? Harías mejor en anotarlo. ¿Qué harás ahora, si quieres volver a cocinarlo alguna vez, si vienen invitados, por ejemplo?

—Ya me acordaré —dijo ella. Twinkle cubrió la cesta del pan con un trapo de cocina, Sanjeev lo advirtió de repente, que tenía los diez mandamientos impresos en su tela.

Twinkle le dedicó una rápida sonrisa, apretando brevemente su rodilla bajo la mesa—. Está claro. Esta casa está bendecida.

* * *

La fiesta de inauguración estaba prevista para el último sábado de octubre; habían invitado a unas treinta personas. Todos eran conocidos de Sanjeev, gente de su trabajo y algunos matrimonios indios de la región de Connecticut, a quienes en gran parte apenas conocía, pero que muchos sábados le habían invitado a cenar en sus días de soltero. Sanjeev solía preguntarse por qué le incluían entre su círculo de amigos. Aunque tenía poco en común con ellos, siempre asistía a sus cenas, para comer garbanzos especiados y croquetas de gamba mientras se intercambiaban chismes y se discutía de política. Hasta la fecha, ninguno había conocido aún a Twinkle. Desde que comenzaran a salir juntos, Sanjeev no había querido malgastar los preciosos fines de semana que pasaban en compañía con personas a quienes seguía asociando a la soltería. Además de Sanjeev y de cierto ex novio a quien creía empleado en un taller de cerámica en Brookfield, Twinkle no conocía a nadie en el estado de Connecticut. Estaba terminando la tesis de su máster en la Universidad de Stanford, centrada en un poeta irlandés de quien Sanjeev nunca había oído hablar.

Sanjeev había encontrado la casa por su cuenta, antes de salir de viaje para casarse, a buen precio y en un vecindario con buenas escuelas. Le impresionó la elegante curva de su escalera, con su balaustrada de hierro forjado, el oscuro entablado de madera, la solana erguida sobre las matas de rododendro, y el sólido 22 en bronce —casualmente, los números indicaban su fecha de nacimiento— clavado de forma impresionante en la fachada de estilo vagamente Tudor. Había dos chimeneas en funcionamiento, garaje para dos automóviles y un desván susceptible de transformarse en dormitorio adicional si la cosa fuera necesaria, como indicó el agente de la propiedad. A esas alturas, Sanjeev ya se había decidido y tenía claro que Twinkle y él merecían habitar la casa en mutua y eterna compañía, de modo que no se molestó en inspeccionar los marcos de interruptor decorados con dibujos bíblicos ni la invertida calcomanía que representaba a la Virgen en su media concha —la expresión era de Twinkle—, adherida a la ventana del dormitorio principal. Cuando, después de mudarse, trató de rasparla, sólo consiguió rayar el cristal.

* * *

El fin de semana previo a la fiesta estaban ocupados en rastrillar el jardín cuando Sanjeev oyó a Twinkle gritar. Sanjeev corrió hacia ella, rastrillo en mano, temeroso de que hubiera encontrado un animal muerto o una serpiente. La fresca brisa de octubre le quemaba en las orejas mientras sus zapatillas aplastaban las hojas marrones y amarillentas. Cuando llegó a su lado, Twinkle estaba tumbada sobre la hierba, riendo en

un silencio convulso. Tras un gran arbusto de forsitia, se veía una Virgen María de yeso, tan alta como sus cinturas, con una caperuza pintada de azul sobre la cabeza, al estilo de una novia de la India. Twinkle empuñó el borde de su camiseta y comenzó a limpiar la suciedad que afeaba el ceño de la estatua.

—Supongo que ahora querrás ponerla al pie de la cama —comentó Sanjeev.

Twinkle le miró con rostro atónito. Su vientre estaba al descubierto; Sanjeev advirtió que tenía la carne de gallina en torno al ombligo.

—¿Pero qué te crees? Por supuesto que no podemos ponerla en el dormitorio.

—¿Ah, no?

—No seas tontito, Sanj. Hay que ponerla fuera. En el césped.

—Dios, no. No, Twinkle, no.

—Pero tenemos que hacerlo. Si no, trae mala suerte.

—Todos los vecinos la verán. Pensarán que estamos mal de la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por tener una estatua de la Virgen María en el jardín? En este barrio, la mitad de los vecinos tienen una estatua de la Virgen en el jardín, así que caeremos de pie.

—Pero si ni siquiera somos cristianos...

—Ya me lo has dicho antes. —Twinkle escupió en la punta de su dedo y frotó con fuerza sobre una mancha particularmente correosa en la barbilla de la Virgen—. ¿Qué te parece? ¿Puede ser algún tipo de hongo, o sólo es suciedad?

Sanjeev no iba a ninguna parte razonando con ella, con esta mujer a la que sólo conocía desde hacía cuatro meses y que ahora era su esposa, esta mujer con quien ahora compartía la existencia. Sanjeev pensó, con una punzada de arrepentimiento, en las fotografías que su madre le enviara de Calcuta de muchachas casaderas que sabían cantar y coser y sazonar las lentejas sin necesidad de consultar un libro de cocina. Había pensado en la posibilidad de casarse con esas mujeres, incluso las había considerado por orden de preferencia, pero entonces fue cuando conoció a Twinkle.

—Twinkle, no puede ser que la gente con quien trabajo vea esta estatua en mi jardín.

—No te van a despedir porque tengas creencias religiosas. Sería un caso de discriminación.

—Ésa no es la cuestión.

—¿Por qué te importa tanto la opinión de los demás?

—Twinkle, por favor.

Sanjeev estaba cansado. Apoyándose en el rastrillo, la contempló arrastrar la estatua hacia el ovalado lecho de hierba que había junto al farol, a un lado del caminillo.

—Fíjate, Sanj. Qué bonita es.

Sanjeev volvió a ocuparse del montón de hojas, que comenzó a depositar a puñados en una bolsa de basura. Sobre su cabeza, el cielo azul no encerraba nube alguna. Un árbol del jardín todavía estaba cubierto de hojas, rojas y anaranjadas, del color de la tienda en donde se había casado con Twinkle.

Él no estaba seguro de amarla. Sin embargo, le había hecho profesión de amor la primera vez que ella se lo preguntó, una tarde en Palo Alto, sentados en la oscuridad de un cine medio vacío. Antes de que comenzara la película, una de las preferidas de Twinkle, cierta obra en versión original alemana que él encontró deprimente en extremo, ella apretó la punta de su nariz contra la suya, de modo que Sanjeev sintió el aletear de sus pestañas maquilladas. Esa tarde él le respondió que sí, que la amaba; encantada, Twinkle le premió llevando a su boca una palomita de maíz, dejando que su dedo quedara aprisionado un momento entre los labios de él, como recompensa por haber expresado la respuesta ansiada.

Aunque ella no había dicho cosa alguna en esa ocasión, Sanjeev asumió que ella también le amaba; sin embargo, ahora ya no estaba tan seguro. En realidad, Sanjeev no sabía lo que era el amor; sólo sabía lo que no era. No era, había decidido, volver por las noches a un solitario apartamento enmoquetado, o valerse siempre del mismo tenedor situado encima de los demás en el cajón de los cubiertos, o volver el rostro con discreción en las cenas cuando los demás hombres terminaban pasando el brazo por la cintura de sus esposas o amigas, inclinándose de vez en cuando para besarles el hombro o el cuello. No era la compra por correo de discos compactos de música clásica, ajustándose con método al listado de grandes compositores especificado por el catálogo, siempre pagando con puntualidad. En los meses anteriores a trabar conocimiento con Twinkle, Sanjeev había comenzado a darse cuenta de todo eso.

—Tienes suficiente dinero en el banco para mantener a tres familias —le recordaba su madre cuando hablaban por teléfono a principios de cada mes—. Necesitas una esposa a quien cuidar, una persona a quien amar.

Ahora tenía una esposa, guapa, perteneciente como era debido a una casta superior, que muy pronto gozaría de un máster universitario. ¿Cómo podía no amarla?

* * *

Esa noche, Sanjeev se sirvió una ginebra con tónica, que bebió seguida de otra más casi al completo, mientras veía una parte de las noticias. Entonces fue junto a Twinkle, que estaba dándose un baño de espuma —según decía, le dolían las extremidades después de rastrillar el jardín, cosa que había hecho por primera vez en la vida. Sanjeev no llamó a

la puerta. Twinkle se había aplicado una mascarilla azul brillante en el rostro y fumaba un cigarrillo acompañado de bourbon con hielo mientras hojeaba un grueso libro de bolsillo cuyas páginas se habían combado y tornado de color gris por efecto del vapor. Sanjeev echó un vistazo a la cubierta; lo único que leyó fue la palabra «Sonetos» impresa en color rojo oscuro. Tomó aliento e informó a Twinkle, con mucha calma, de que, una vez terminara de tomarse su copa, pensaba calzarse los zapatos y salir al jardín para quitar de la entrada esa estatua de la Virgen.

—¿Y dónde la vas a poner? —preguntó ella en tono soñador, con los ojos cerrados. Una de sus piernas emergía graciosamente, combada sobre la capa de espuma. Twinkle flexionó y estiró los dedos de sus pies.

—De momento la pondré en el garaje. Y mañana por la mañana, cuando vaya a trabajar, aprovecharé para llevarla al vertedero.

—Ni te atrevas. —Twinkle se puso en pie, dejando que el libro resbalara sobre el agua, mientras las burbujas se deslizaban muslos abajo—. Te odio —le informó, estrechando los ojos al pronunciar la palabra «odio». Echó mano a su albornoz, que anudó con fuerza en torno a su cintura y, sin decir más palabras, se dirigió con decisión a la curvada escalera, dejando húmedas pisadas sobre el suelo de parquet.

Cuando llegó al vestíbulo, Sanjeev preguntó:

—¿Es que piensas irte de casa de esta manera?

Sanjeev sentía una palpitación en las sienes; su voz soltó un extraño bufido al hablar.

—¿Qué importa eso? ¿Qué importa cómo me vaya de casa?

—¿Dónde piensas ir a estas horas?

—Ni se te ocurra tirar esa estatua. No pienso permitirlo. —Su mascarilla, reseca, mostraba una cualidad cenicienta; el agua de su pelo se deslizaba por el pastoso contorno de sus facciones.

—Pues voy a hacerlo, para que lo sepas.

—No —dijo Twinkle con una repentina vocecilla—. La casa es de los dos. Tan mía como tuya. Y la estatua forma parte de la casa. —Ella había comenzado a temblar. Un pequeño charco de agua jabonosa se extendía junto a sus tobillos. Sanjeev fue a cerrar una ventana, temeroso de que pillara un resfriado. En ese momento advirtió que el agua que se deslizaba por su azul rostro petrificado estaba mezclada con lágrimas.

—Dios mío, Twinkle. No te lo tomes así. —Sanjeev nunca la había visto llorar antes, jamás había visto semejante tristeza en su mirada. Twinkle no volvió el rostro ni intentó refrenar las lágrimas; en vez de eso, mostraba un aspecto insospechadamente calmoso. Sus párpados se cerraron por un segundo, pálidos y desprotegidos en comparación con el azul que empastaba sus demás facciones. Sanjeev se sintió enfermo, como si hubiera comido demasiado o demasiado poco.

Twinkle se acercó a él y le rodeó el cuello con sus brazos de toalla húmeda, sollozando contra su pecho, empapándole la camiseta. La mascarilla comenzó a desmenuzarse sobre sus hombros.

Al final llegaron a un compromiso: colocarían la estatua en la parte lateral del jardín, de modo que no se pudiera ver desde la calle pero sí por quienes vinieran de visita.

El menú de la fiesta no tenía mucha complicación: habría una caja de champán y samosas encargadas en un restaurante indio de Hartford para acompañar las grandes bandejas de arroz con pollo, almendras y peladuras de naranja que Sanjeev llevaba casi todo el día preparando. Él nunca había organizado una fiesta con tantos invitados, e inquieto ante la posibilidad de que no hubiera suficiente bebida, terminó por salir a por otra caja de champán, por si las moscas. Sin embargo, el recado le costó que se quemara una de las bandejas de arroz, lo que le obligó a prepararla otra vez desde el principio. Twinkle se encargó de barrer los suelos y se ofreció para recoger las samosas; tenía cita con la manicura y el pedicuro no lejos del restaurante indio. Sanjeev tenía previsto hablarle de la posibilidad de retirar la colección que adornaba la repisa de la chimenea, siquiera por la ocasión, pero Twinkle se marchó justo cuando él estaba en la ducha. No volvió hasta pasadas tres horas, así que a Sanjeev le tocó ocuparse del resto de la limpieza. A las cinco y media, la casa estaba resplandeciente; velas aromáticas, seleccionadas por Twinkle en Hartford, iluminaban los objetos de la repisa mientras delgados palos de incienso humeaban clavados en la tierra de las macetas. Sanjeev daba un respingo cada vez que pasaba ante la repisa, anticipando el gesto incrédulo de los invitados al fijarse en los iluminados santos de cerámica, el salero y el pimentero con las efigies de la Virgen y José. Con todo, esperaba que se fijasen más en las hermosas ventanas en saliente, los relucientes suelos de parquet, la impresionante escalera curvada y los revestimientos de madera mientras bebían su champán y mojaban sus samosas en salsa chutney.

Douglas, uno de los nuevos asesores contratados por la empresa, fue el primero en llegar, acompañado de Nora, su mujer. Los dos eran altos y rubios, lucían similares gafas de montura metálica y parecidos abrigos negros y largos. Nora vestía un sombrero negro cubierto de afiladas plumas de ave que hacían juego con la conformación angulosa de su rostro. Su mano izquierda apretaba la de Douglas. En la mano derecha llevaba una botella de coñac con una cinta roja en el cuello, botella que entregó a Twinkle.

—Un jardín muy bonito, Sanjeev —observó Douglas—. Al nuestro tampoco le iría mal una pasada con el rastrillo, ¿no te parece, querida? Y tú debes ser...

—Mi mujer, Tanima.

—Pero podéis llamarme Twinkle.

—Qué nombre más curioso —comentó Nora.

Twinkle se encogió de hombros.

—Los hay peores. En Bombay vive una actriz que se llama Dimple Kapadia. Y su hermana se llama Simple.

Douglas y Nora alzaron las cejas de modo simultáneo, asintiendo con lentitud, como ajustándose a lo absurdo de los nombres.¹

—Encantados de conocerte, Twinkle.

—Por favor, tomad un poco de champán. Tenemos botellas por todas partes.

—Espero no ser demasiado indiscreto —terció Douglas—, pero es que me he fijado en la estatua del jardín. ¿Es que sois de religión cristiana? Yo creía que erais indios...

—Bien, en la India también hay cristianos —explicó Sanjeev—, pero nosotros no lo somos.

—Me encanta tu vestido —dijo Nora a Twinkle.

—Tu sombrero sí que es una monada. ¿Queréis que os enseñe la casa?

El timbre sonó una y otra vez. En lo que parecieron unos minutos, la casa se llenó de cuerpos, conversaciones y fragancias desconocidas. Las mujeres lucían tacón alto y medias, y vestidos negros de falda corta, de crepé o gasa. Todas entregaron sus regalos y abrigos a Sanjeev, quien se encargó de colgar las prendas con cuidado en las perchas del espacioso armario, por mucho que Twinkle dijera a todo el mundo que dejaran los abrigos tirados sobre los sillones de la solana. Algunas de las mujeres indias vestían saris de excelente calidad, trenzados con filigrana dorada plisada con elegancia sobre los hombros. Los hombres llevaban traje y corbata, así como after-shaves que olían a lima. Mientras la gente pasaba de una habitación a otra, los regalos se apilaban en la larga mesa de cerezo que iba de un extremo al otro del pasillo de la planta baja.

A Sanjeev le dejaba atónito que todo aquello fuera para él, para su casa y su mujer, que todos se preocuparan tanto por ellos. La única vez en su vida que había experimentado algo similar fue el día de su boda, pero esta ocasión no era exactamente igual, pues los invitados no eran parte de su familia, sino personas que le conocían a distancia y que, en cierto modo, no le debían cosa alguna. Todos le felicitaban. Lester, otro de los empleados de su empresa, le predijo un rápido ascenso a vicepresidente en menos de dos meses. Los invitados devoraban las samosas, sin dejar de hacer los oportunos comentarios favorables sobre los techos y paredes recién pintados, las plantas colgantes, las ventanas en saliente, las pinturas en seda de Jaipur. Pero quien se llevaba el grueso de los elogios era Twinkle y su salwar-kameez brocado, del color de los caquis y abierto en la espalda, así como la hilera de blancos pétalos de rosa que ornaba su cabello, y la gargantilla de perlas con un zafiro en el centro que resplandecía en su cuello. Al sonido de la febril música de jazz escogida por ella misma, los invitados se agrupaban en torno a Twinkle para reír ante sus anécdotas y observaciones mientras Sanjeev reponía las samosas, que conservaba calientes en el horno, traía cubitos de hielo para mezclar en las bebidas, abría nuevas botellas de champán —no sin cierta dificultad— y explicaba por enésima vez que no, no era cristiano. A todo eso, Twinkle se encargaba de guiarles en pequeños grupos escalera arriba y escalera abajo, a admirar el patio trasero o a aventurarse brevemente por los escalones de la bodega.

—A tus amigos les encanta el póster que tengo en el estudio —le comentó en tono triunfal, acariciándole brevemente la espina dorsal un momento que se cruzaron.

Sanjeev fue a la cocina, que estaba vacía, y aprovechó para comer un trozo de pollo con los dedos. Convencido de que nadie le miraba, comió un segundo trozo, que regó con un trago de ginebra bebido directamente de la botella.

—Una casa magnífica. Y un arroz de primera. —Sunil, de profesión anestesista, apareció en la cocina, comiendo a cucharadas del plato de papel que tenía entre manos —. ¿No tendrás más champán?

—Tu mujer está guau —añadió Prabal, entrando después de Sunil. Prabal era soltero y profesor de física en Yale. Por un momento, Sanjeev se quedó mirándolo un momento, antes de enrojecer; cierta vez, en una cena, Prabal había dicho que Sofía Loren estaba guau, como lo estaba Audrey Hepburn—. ¿No tendrá una hermana, por casualidad?

Sunil pellizcó una pasa de la bandeja de arroz.

—Y esa hermana, ¿no se llamará Little Star?

Los dos invitados se echaron a reír,² antes de seguir rastrillando la bandeja de arroz con sus cucharas de plástico. Sanjeev bajó a la bodega, a por más botellas. Durante unos minutos hizo una pausa en los escalones, estrechando la segunda caja de champán contra su pecho, rodeado de un silencio húmedo y frío mientras el ruido de la fiesta se filtraba vigas abajo. A continuación depositó la provisión de refuerzo en la mesa del comedor.

—Sí, lo hemos encontrado todo en casa, en los sitios más inverosímiles —oyó que explicaba Twinkle en la sala de estar—. De hecho, cada día nos encontramos con otra sorpresa nueva.

—¡No!

—¡Pues sí! Aquí todos los días andamos a la caza del tesoro. Es superdivertido. Dios sabe lo que acabaremos por encontrar, si me permitís un chiste malo.

Ahí empezó todo. Como en un acuerdo tácito, la fiesta entera corrió a peinar todas y cada una de las habitaciones, abriendo armarios sin pedir permiso, escudriñando bajo sillas y cojines, palpando las cortinas, quitando libros de sus estantes. La búsqueda se efectuaba por grupos que reían al cruzarse en las escaleras.

—Sanjeev y yo todavía no hemos mirado en el desván —anunció Twinkle de repente. Todos la siguieron.

—¿Cómo se sube hasta ahí?

—Hay una escalera en algún rincón del pasillo del último piso.

Resignándose, Sanjeev siguió a los invitados para señalarles el emplazamiento de la escalera, pero Twinkle ya la había encontrado por su cuenta.

—¡Eureka! —exclamó al hacerlo.

Douglas tiró de la cadena que liberaba los peldaños de la escalera. Con el rostro enrojecido, lucía el sombrero de Nora en la cabeza. Uno a uno, los invitados desaparecieron. Los hombres ayudaban a las mujeres a encajar sus frágiles tacones en los estrechos peldaños de la escalera, las mujeres indias enrollándose el extremo libre de sus saris en torno a la muñeca. Los hombres siguieron detrás, desapareciendo con rapidez, hasta que Sanjeev fue el único en quedar al pie de la escalera. Las pisadas resonaban sobre su cabeza. Él no tenía ganas de unirse a ellos. Se preguntó si el techo cedería, imaginando una avalancha de cuerpos ebrios y perfumados estrellándose sobre su cabeza. De pronto oyó un chillido, seguido de un coro creciente de risas en tono discordante. Algo cayó, algo más se estremeció. Les oyó hacer mención de un baúl. Parecían luchar por abrirlo, aporreando con fuerza su tapa.

Sanjeev pensó que quizá Twinkle recabaría su ayuda, pero eso no sucedió. Su mirada vagó por el pasillo y el rellano, por las copas de champán y las samosas medio comidas, por las servilletas cubiertas de carmín caídas en cada rincón y en cada superficie. De repente advirtió que, con las prisas, Twinkle había dejado los zapatos al pie de la escalera, sus pantuflas de cuero negro y tacón como soportes para pelotas de golf, los mismos que dejaban los dedos al descubierto y exhibían etiquetas de seda levemente gastadas allí donde descansaba el talón. Dejó los zapatos en el umbral del dormitorio principal, para que nadie los pisara accidentalmente al bajar.

Sanjeev sintió que algo crujía lentamente al abrirse. Las voces estridentes se habían convertido en un murmullo regular. Se dio cuenta de que tenía toda la casa a su disposición. La música había dejado de sonar; si ponía concentración, podía oír el zumbido del frigorífico, el susurro de las últimas hojas que poblaban los árboles del jardín, la caricia de las ramas contra el cristal de las ventanas. Con sus manos, podía plegar la escalera sobre su muelle en el techo, de forma que no pudieran bajar del desván hasta que a él no se le ocurriera tirar otra vez de la cadena de sujeción. Pensó en todas las cosas que podía hacer sin que nadie se lo impidiera. Podía tirar todas las figuritas de Twinkle a la basura y llevarlas en coche al vertedero, hacer trizas el póster del Cristo de las lágrimas y, ya puestos, hasta darle con un martillo a la Virgen María. Después podía volver a la casa desierta, tomarse una horita para limpiarla de platos y vasos, servirse una ginebra con tónica y comer un plato de arroz recalentado mientras escuchaba su nuevo disco compacto de Bach, a la vez que estudiaba las notas que permitían una mejor comprensión de la música. Sanjeev tironeó levemente de la escalera, pero ésta estaba asentada con fuerza en el suelo. Si quería plegarla, tendría que hacer un poco de fuerza.

—Por Dios, qué ganas tengo de fumar un cigarrillo —exclamó Twinkle en el piso superior.

Sanjeev sintió que se le formaba un nudo en la parte posterior del cuello. Se encontraba algo mareado. Necesitaba tumbarse un poco. Se dirigió al dormitorio, ante cuya puerta se detuvo al ver los zapatos de Twinkle. Se imaginó a su mujer calzándose los. Pero en vez de irritarle —como le irritaba todo desde que se habían mudado a la casa—, la imagen le produjo una grata punzada de anticipación al pensar en ella tambaleándose sobre los tacones escalinata abajo, rayando levemente el parquet al caminar. La punzada

se intensificó al imaginársela corriendo al baño a retocarse el lápiz de labios, corriendo luego a devolver sus abrigos a los invitados y corriendo por último a la mesa de cerezo, después que todos se hubieran ido, ansiosa de abrir los regalos allí dejados. Era la misma punzada que acostumbrara a sentir antes de casarse, después de colgar el teléfono tras haber conversado con ella o después de haberla acompañado al aeropuerto, cuando se preguntaba qué avión de los que surcaban los cielos sería el suyo.

—Sanj, no te lo vas a creer.

Twinkle apareció de repente, dándole la espalda, con las manos sobre la cabeza, con los omoplatos desnudos y empapados en sudor, sosteniendo algo que él todavía no podía ver.

—¿Ya lo tienes, Twinkle? —preguntó alguien.

—Sí. Suéltalo ya.

Sanjeev advirtió lo que sus manos sostenían: un busto de plata maciza de Cristo, de cabeza tres veces mayor que la de un ser humano. El busto exhibía nariz de patricio, magnífico cabello rizado sobre un cuello poderoso y una amplia frente que reflejaba en miniatura las puertas, paredes y pantallas de lámpara que les rodeaban. Su expresión era confiada, como si tuviera plena confianza en sus seguidores, sus rígidos labios aparecían llenos y sensuales. El busto lucía el sombrero de Nora. Al bajar Twinkle, Sanjeev puso sus manos en torno a su cintura para ayudarla en el descenso, tomando el busto de sus manos cuando puso el pie en el suelo. El busto debía de pesar casi quince kilos. Uno tras otro, los invitados comenzaron a bajar, fatigados por la cacería. Algunos se marcharon al piso de abajo, en busca de algo que beber.

Twinkle respiró con fuerza, alzó las cejas y cruzó los dedos.

—¿Te sabría muy mal que pusiéramos el busto en la repisa? ¿Sólo por esta noche? Ya sé que lo odias.

Sanjeev lo odiaba. Lo odiaba con todas sus fuerzas, su lustrosa superficie pulimentada tanto como su indudable valor. Odiaba que el busto estuviera en su casa, tanto como odiaba ser su propietario. A diferencia de las demás cosas que habían encontrado, ésta poseía dignidad, solemnidad, belleza incluso. Sin embargo, y para su sorpresa, estas cualidades no hacían sino acentuar su odio. Por encima de todas las cosas, lo odiaba porque sabía que Twinkle lo amaba.

—Mañana mismo me lo llevo al estudio —añadió ella. Te lo prometo.

Nunca lo llevaría a su estudio, lo sabía. Durante todo el tiempo que siguieran juntos, lo mantendría en el centro de la repisa, flanqueado por las demás figurillas. Cada vez que vinieran invitados, Twinkle les explicaría cómo lo había encontrado mientras ellos lo contemplarían con admiración, a la vez pendientes de sus palabras. Sanjeev contempló los pétalos de rosa aplastados sobre su pelo, la gargantilla de perlas con su zafiro en el centro, las uñas de sus dedos pintadas de un escarlata reluciente. Decidió que ésas eran algunas de las razones que habían llevado a Prabal a decidir que su mujer estaba guau.

La cabeza le dolía por culpa de la ginebra, como le dolían los brazos por el peso de la estatua.

—He puesto tus zapatos en el dormitorio —declaró.

—Gracias. Pero tengo los pies hechos polvo. —Twinkle le apretó el codo brevemente y salió hacia la sala de estar.

Sanjeev apretó el enorme rostro de plata contra sus costillas, cuidando de que el sombrero de plumas no resbalara, y echó a caminar tras ella.

El tratamiento de Bibi Haldar

DURANTE la mayor parte de sus veintinueve años, Bibi Haldar había sufrido una dolencia que desconcertaba a su familia y amigos tanto como a sacerdotes, quirománticos, curanderas solteronas, sanadores que usaban gemas, profetas y locos. En un intento de curarla, los vecinos más comprometidos de nuestra ciudad le trajeron agua milagrosa proveniente de siete ríos sagrados. Cuando oíamos sus gritos y agonías en la noche, cuando tenían que atarle las muñecas con cuerdas y le aplicaban dolorosas cataplasmas, todos musitábamos su nombre en nuestros rezos. Hombres sabios le habían masajeadado las sienes con bálsamo de eucalipto y aplicado vapores de hierbas en el rostro. A sugerencia de un ciego de religión cristiana, Bibi Haldar había sido transportada en tren a visitar las tumbas de santos y mártires. Los amuletos contra el mal de ojo ceñían su cuello y sus brazos. Sus dedos se adornaban con piedras de la buena suerte.

Los tratamientos propuestos por la medicina sólo servían para empeorar las cosas. Alópatas, homeópatas, ayurvédicos... Con el tiempo, no quedo rama de la ciencia médica sin consultar. Los diagnósticos eran infinitos. Después de rayos X, sondas, auscultaciones e inyecciones, unos se contentaban con decirle a Bibi que comiera más y otros le decían que perdiera peso. Si uno le prohibía seguir dormida después del amanecer, otro insistía en que guardara cama hasta el mediodía. Este le aconsejaba que hiciera el pino, aquél que recitara versos védicos a determinadas horas del día. Otros sugerían que la llevaran a un hipnotizador de Calcuta. En el trajín de un especialista a otro, a la muchacha le habían prescrito abstenerse de comer ajo, consumir cantidades masivas de hierbas amargas, practicar la meditación, beber agua de coco verde e ingerir huevos crudos de pata batidos con leche. En pocas palabras, la vida de Bibi se reducía al encuentro constante con un antídoto más ineficaz que el anterior.

La naturaleza de su dolencia, que aparecía sin avisar, reducía su mundo al edificio de cuatro plantas sin pintar donde sus únicos parientes del lugar, un primo mayor y su esposa, tenían un apartamento alquilado en el segundo piso. Susceptible de perder la

conciencia y entrar, de modo inopinado, en un delirio absoluto, a Bibi no se la podía dejar cruzar la calle o subir a un tranvía sin ir acompañada. Bibi pasaba los días sentada en el trastero que había en el terrado de nuestro edificio, espacio en el que uno podía sentarse pero no estar de pie con comodidad y en el que había un retrete, una puerta con cortina, una ventana sin rejas y varios estantes confeccionados con la madera de puertas viejas. Allí, sentada con las piernas cruzadas sobre un retal de yute, Bibi llevaba el inventario de la tienda de cosméticos que su primo Haldar poseía en la boca de nuestro callejón. A cambio de sus servicios, Bibi no recibía salario alguno pero sí manutención y alojamiento; además, durante las fiestas de octubre recibía los suficientes metros de algodón para dejar la reposición de su guardarropía en manos de un sastre que no fuera caro. Por las noches dormía en una camilla plegable en el apartamento que su primo tenía más abajo.

Por las mañanas Bibi subía al trastero calzada con unas rajadas zapatillas de plástico y vestida con una bata casera cuyo reborde terminaba varios centímetros por debajo de la rodilla, altura que había pasado de moda cuando teníamos quince años. Tenía los tobillos lampiños y moteados por multitud de pecas translúcidas. Siempre se quejaba de su suerte y maldecía a las estrellas mientras colgábamos la ropa del tendedero o quitábamos las agallas al pescado. Bibi no era guapa. Su labio superior era delgado, y sus dientes demasiado pequeños. Las encías le sobresalían al hablar.

—¿Qué pensáis vosotras? ¿Os parece justo que una chica pase así los mejores años de su vida, sin que nadie le preste atención, listando precios y etiquetas sin ninguna perspectiva de futuro? —Su voz sonaba más alta de lo necesario, como si hablara con un sordo—. ¿Os parece que no tengo derecho a envidiaros, esposas y madres que siempre tenéis algo que hacer? ¿Os parece mal que yo también quiera pintarme los ojos o perfumarme los cabellos? ¿Que yo también quiera educar a un niño y decirle lo que está bien y lo que está mal?

Cada día descargaba sobre nosotras sus infinitas privaciones, hasta que al final se hizo claro y palmario que Bibi quería un hombre. Quería que alguien hablara por ella, la protegiera y le ofreciera un camino en la vida. Como el resto de nosotras, quería servir cenas, abroncar a algún sirviente y guardar dinero en su almari para que le depilaran las cejas cada tres semanas en el salón de belleza chino. Siempre insistía en saber todos los detalles de nuestras bodas: las joyas, las invitaciones, el aroma de los nardos sobre el lecho nupcial. Cuando, por insistencia suya, le mostrábamos nuestros álbumes fotográficos con diseños de mariposa estampados en relieve, Bibi estudiaba con minucia las fotografías de la ceremonia: la mantequilla vertida sobre el fuego, el intercambio de guirnaldas, el pescado tintado de bermellón, las bandejas de conchas y monedas de plata.

—Desde luego, qué cantidad de invitados... —observaba, acariciando con el dedo los rostros medio olvidados que nos habían rodeado en esa ocasión—. Cuando me llegue el turno a mí, todas estaréis invitadas.

El ansia de casarse comenzó a aguijonearla con tal ferocidad que la sola idea de un marido, en la que todas sus esperanzas estaban depositadas, a veces amenazaba con ocasionarle un nuevo ataque. Entre latas de polvos de talco y cajas de pasadores, sentada en el suelo del trastero, desgranaba largas parrafadas:

—Lo que es a mí, nunca me llegará el día de mojar mis pies en leche —gemía—. Como nunca me pintarán el rostro con esencia de sándalo. ¿Y quién me frotará de cúrcuma? Mi nombre jamás aparecerá impreso en tinta escarlata en una tarjeta.

Sus empalagosos soliloquios y sus gimoteantes sentimientos le provocaban un malestar que brotaba de sus poros como la fiebre. En sus momentos de mayor amargura, la envolvíamos en nuestros chales, le lavábamos la cara en el grifo de la cisterna y le traíamos vasos de yogur y agua de rosas. En los momentos en que se mostraba menos desconsolada, la animábamos a venir con nosotras al sastre a reponer sus blusas y enaguas, en parte para que cambiara un poco de aires, en parte porque pensábamos que acaso así le fuera algo más fácil alimentar sus posibles perspectivas matrimoniales.

—Ningún hombre se fija en la mujer que viste como una fregona —le decíamos—. ¿Es que quieres que te coma la naftalina?

Bibi fruncía el ceño, ponía mala cara, protestaba y suspiraba.

—¿Y dónde voy a ir? ¿Para quién voy a vestirme bien? —preguntaba—. ¿Quién me va a llevar al cine o al zoo? ¿Quién me va a comprar pistachos y refresco de lima? Reconoced que tengo razón: ¿qué más da? Total, nunca me voy a curar, nunca me voy a casar...

Pero entonces a Bibi le fue prescrito un nuevo tratamiento, el más sorprendente de todos. Una noche que bajaba a cenar, Bibi se desplomó sobre el rellano del tercer piso, aporreando el suelo con los puños, soltando patadas, sudando a chorros, pérdida para este mundo. Mientras sus gemidos resonaban en la escalera, todos salimos de nuestros apartamentos para tratar de calmarla, armados con abanicos de palma, terrones de azúcar y grandes vasos de agua helada para verter sobre su cabeza. Aferrados al pasamanos, nuestros hijos eran testigos de su paroxismo; nuestros sirvientes salieron con el encargo de avisar a su primo. Haldar tardó diez minutos en salir de su tienda, con el gesto impasible pero con el rostro enrojecido. Nos dijo que dejáramos de formar alboroto y, sin esforzarse en ocultar su desdén, metió a Bibi en un rickshaw con destino al policlínico. Fue allí donde, tras efectuar una serie de análisis de sangre, el médico a cargo de Bibi, exasperado, concluyó que lo que la curaría sería el matrimonio.

La noticia se propagó a través de nuestras ventanas enrejadas, junto a los tendederos y los excrementos de paloma que adornaban los parapetos de nuestros terrados. A la mañana siguiente, tres quirománticos distintos le habían leído la mano a Bibi, y coincidieron los tres en que su piel exhibía indicios indudables de una unión inminente. Mientras los espíritus mezquinos hacían comentarios desagradables ante los quioscos de frituras, las abuelas consultaban almanaques a fin de determinar una hora propicia para los esponsales. Durante los días que siguieron, no dejamos de murmurar mientras llevábamos a los niños al colegio, recogíamos la colada o hacíamos cola en la tienda. Según parecía, lo que la pobre chica había necesitado durante tantos años no era sino un poco de actividad. Por primera vez imaginábamos las curvas escondidas bajo su bata casera y tratábamos de evaluar los placeres con que podía regalar a un hombre. Por primera vez advertimos lo claro de su tez, la longitud y languidez de sus pestañas, la armadura indudablemente elegante de sus manos.

—Dicen que es la única esperanza que le queda. Se trata de un caso de sobreexcitación. Según dicen —y aquí hacíamos una pausa, enrojeciendo—, una relación servirá para calmarle la sangre.

No hace falta decir que Bibi estaba encantada con lo diagnosticado; al momento comenzó a prepararse para la vida conyugal. Valiéndose de productos con tara obtenidos en la tienda de Haldar, se pintó las uñas de los pies y cuidó de suavizar la piel áspera de los codos. Descuidando las remesas recién llegadas al trastero, empezó a perseguirnos para que le diéramos la receta del pastel de cabello de ángel o el guiso de papaya, que anotaba con su torcida escritura en las hojas de su libreta de contabilidad. Bibi confeccionó listas de invitados, listas de postres y listas de países adecuados para viajar en luna de miel. Se aplicaba glicerina para suavizarse los labios y se resistía a comer dulces para reducir su silueta. Un día nos pidió a una de nosotras que la acompañáramos al sastre, quien le cosió un nuevo salwar-kameez en el corte estilo paraguas que se llevaba esa temporada. En la calle nos arrastraba al mostrador de toda joyería para escudriñar el interior de las cajitas de cristal, preguntándonos la opinión sobre esta u otra tiara o aquel relicario. En los escaparates de las tiendas donde se vendían saris, señalaba una seda magenta de Benarasi, otra tela turquesa y una tercera del color de la caléndula.

—En la primera parte de la ceremonia vestiré esa tela, luego aquélla y luego la otra.

Pero Haldar y su mujer lo veían de otro modo. Inmunes a sus fantasías, indiferentes a nuestros temores, seguían como siempre, llevando el negocio a medias en aquella tienda de cosméticos poco mayor que un armario en la que tres de sus paredes estaban abarrotadas hasta el techo de hermas, brillantinas para el cabello, piedras pómez y ungüentos para aclarar la piel.

—No tenemos tiempo para ocuparnos de indecencias —contestaba Haldar a quienes se interesaban por la salud de Bibi—. Lo que no tiene cura, no tiene remedio. Bibi ya nos ha causado bastantes problemas y nos ha hecho gastar demasiado dinero, por no hablar del modo en que ha mancillado el nombre de la familia.

Sentada a su lado tras el pequeño mostrador de cristal, su mujer asentía mientras se abanicaba la piel veteada que tenía sobre los pechos. Mujer de gran volumen, se acicalaba con unos polvos un poco demasiado claros para su piel que tendían a apelmazarse en los pliegues de su garganta.

—Y además, ¿quién va a casarse con ella? La chica no sabe nada de nada, no hay quien la entienda cuando habla, tiene casi treinta años, no sabe encender un horno de carbón ni hervir el arroz, como no sabe la diferencia que hay entre el hinojo y el comino. ¡Ya pueden imaginársela si tiene que dar de comer a un hombre!

Algo de razón tenían. A Bibi nunca le habían enseñado a ser mujer; su enfermedad la había convertido en persona ingenua para muchas cuestiones prácticas. Convencida de que Bibi estaba poseída por el mismo demonio, la mujer de Haldar cuidaba de mantenerla alejada de los fogones. A Bibi nadie le había enseñado a vestir un sari sin prendérselo en cuatro sitios, ni sabía bordar sábanas o chales con un mínimo de talento. A Bibi no la dejaban ver la televisión (Haldar tenía asumido que las propiedades electrónicas del aparato eran suficientes para trastornarla), así que ignoraba casi todo lo

que sucedía en el mundo. Sus estudios se habían detenido en el noveno curso de primaria.

Deseosas de ayudar a Bibi, argüíamos a favor de buscarle un marido.

—Es lo que ella siempre ha querido —insistíamos.

Pero era imposible razonar con Haldar y su mujer. El rencor que sentían hacia Bibi era evidente en sus labios, más delgados que el hilo con que enlazaban nuestras compras. Cuando les repetíamos que valía la pena probar el nuevo tratamiento, respondían:

—A Bibi le falta respeto y autocontrol. Le gusta exagerar su dolencia para llamar la atención. Lo mejor es mantenerla ocupada, sin que tenga ocasión de buscar más problemas.

—Entonces, ¿por qué no permiten que se case? Así al menos se quitarán un problema de encima.

—¿Para gastar todos nuestros ahorros en una boda? ¿Para gastarlo todo en un banquete, en comprar camas y brazaletes, en la dote de matrimonio?

Pero Bibi no se rendía así como así. Una mañana, a última hora, vestida por nosotras con un sari de gasa color lavanda con ojetes y zapatillas de espejo prestadas para la ocasión, se presentó con paso inseguro en la tienda de Haldar, insistiendo en que la llevaran al estudio del fotógrafo a fin de que su retrato, como sucedía con el de las demás mujeres en edad de merecer, circulara por los hogares de los solteros de la ciudad. A través de las persianas de nuestros balcones, la veíamos sudar; unas lunas negras habían aparecido ya bajo sus axilas.

—La única vez que me han fotografiado fue cuando me hicieron los rayos X —insistía, quejumbrosa—. Las familias de mis posibles novios querrán saber qué aspecto tengo.

Pero Haldar dijo que no. Según añadió, quien quisiera verla, no tenía más que acercarse por la tienda y contemplarla gimotear mientras espantaba a la clientela. Su presencia era una pesadilla para cualquier negocio, una desgracia absoluta, una pérdida garantizada. Era algo que todos sabían en la ciudad, sin necesidad de foto alguna.

Al día siguiente Bibi dejó de ocuparse en absoluto del inventario y comenzó a regalarnos con indiscreciones relativas a Haldar y su mujer.

—Los domingos Haldar le arranca los pelos de la barbilla con una pinza. Son dos avaros que guardan el dinero bajo siete llaves. —Para disfrute de los terrados vecinos, Bibi chillaba a voz en grito mientras paseaba; a cada nueva proclama, su audiencia se expandía—. En el baño, Haldar le aplica harina de garbanzos en los sobacos, pues ella ha oído que así la piel se le volverá más blanca. Por cierto, que a ella le falta el dedo medio del pie derecho. ¿Y sabéis por qué las siestas les duran tanto rato? ¡Porque ella es insaciable!

A fin de calmarla un poco, Haldar insertó un anuncio de una línea en el periódico de la ciudad, solicitando un novio para Bibi: «CHICA. INESTABLE. ALTURA 1,52.

BUSCA MARIDO.» La identidad de la novia en ciernes no constituía secreto alguno para los padres de nuestros mozos, y no había familia dispuesta a asumir riesgo tan temerario. ¿Quién podía culparles? Muchos decían que Bibi conversaba a solas en una lengua tan fluida como incomprensible, y que de noche dormía sin soñar. Incluso el viudo solitario de la población, hombre con cuatro dientes en la boca que reparaba nuestros bolsos en el mercado, se negaba a tomar la iniciativa. Sin embargo, a fin de distraer a Bibi, todas la tratábamos como si el noviazgo fuera cosa inminente.

—No pongas ese ceño o no irás a ninguna parte. Los hombres quieren que les acaricien con la expresión.

Como práctica para dar con un posible pretendiente, la animábamos a charlar con todo hombre que se pusiera a tiro. Cuando el aguador se presentaba, al final de su ronda, para llenar el recipiente que Bibi tenía en el trastero, le urgíamos a saludarle con educación. Cuando el carbonero descargaba sus cestos en el terrado, le aconsejábamos que sonriera y efectuara algún comentario trivial sobre el tiempo. Teniendo en cuenta nuestra propia experiencia, la preparábamos para una entrevista.

—Lo más probable es que el novio se presente con uno de sus padres, uno de sus abuelos y un tío o una tía. Te mirarán y te harán muchas preguntas. Querrán examinar las plantas de tus pies y lo gruesa que es tu trenza. Te pedirán que les digas el nombre del primer ministro, que recites poesía y que les expliques cómo alimentarías a una docena de personas hambrientas con sólo media docena de huevos.

Después de que pasaran dos meses sin respuesta alguna al anuncio, Haldar y su esposa se sintieron justificados en su actitud.

—¿Os dais cuenta de una vez de que Bibi no está hecha para el matrimonio? ¿Os dais cuenta de que ningún hombre en su sano juicio querría casarse con ella?

Las cosas no le habían ido tan mal a Bibi antes de la muerte de su padre (la madre no había sobrevivido al parto). En sus últimos años, el anciano, profesor de matemáticas en las escuelas de primaria de nuestra ciudad, no había dejado de estudiar la enfermedad de Bibi, a fin de dar con una explicación lógica de su dolencia.

—Todo problema tiene su solución —respondía cuando le preguntábamos por sus avances.

El hombre era un báculo para Bibi. Durante un tiempo, también lo fue para todas nosotras. El padre de Bibi escribía a médicos de Inglaterra, pasaba las tardes leyendo libros de medicina en la biblioteca, dejaba de comer carne los viernes a fin de aplacar a los dioses de su hogar. Con el tiempo dejó su trabajo como maestro y se dedicó a dar clases particulares en su habitación, donde podía controlar a Bibi en todo momento. Sin embargo, aunque en su juventud había sido premiado por su capacidad para deducir raíces cuadradas de memoria, le resultaba imposible descifrar el misterio oculto tras la dolencia de su hija. A pesar de todos sus esfuerzos, las únicas conclusiones a que llegó fueron que los ataques de Bibi eran más frecuentes en verano que en invierno, y que el número total de ataques rondaba los veinticinco. El hombre elaboró un gráfico de sus síntomas, con las instrucciones precisas para tranquilizarla, gráfico que distribuyó por el barrio y cuyas copias terminaron por perderse, fueron transformadas por nuestros niños

en barcos de papel, o acabaron exhibiendo listados de la compra en su reverso en blanco.

Aparte de ofrecerle compañía, aparte de aliviar sus preocupaciones, aparte de no perderla demasiado de vista, no había mucho que pudiéramos hacer por mejorar su situación. Ninguna de nosotras estaba capacitada para comprender el nivel de semejante desolación. Algunos días, después de la siesta, le peinábamos el cabello, cuidando de tarde en tarde de variar el emplazamiento de su raya en el cuero cabelludo, a fin de que ésta no se ensanchara en demasía. A petición suya, le aplicábamos polvos en los labios y la garganta, le repasábamos las cejas a lápiz y la acompañábamos al estanque de los peces, donde nuestros niños jugaban al cricket por las tardes. Bibi seguía decidida a ganarse a un hombre.

—Dejando aparte mi enfermedad, estoy perfectamente sana —insistía, sentándose en un banco junto al sendero donde los novios paseaban cogidos de la mano—. Nunca he estado resfriada ni he pillado la gripe, nunca he tenido ictericia. Jamás he tenido un cólico o una indigestión.

A veces le comprábamos una mazorca de maíz ahumado impregnada en zumo de limón o un par de caramelos de los que se vendían a paisa cada uno. Tratábamos de consolarla; cuando estaba convencida de que un hombre la miraba con buenos ojos, nos mostrábamos igual de seguras que ella. Sin embargo, no éramos responsables de ella, cosa que agradecíamos cuando estábamos a solas.

* * *

En noviembre supimos que la mujer de Haldar estaba embarazada. Esa mañana, Bibi se echó a llorar en el trastero.

—Ella me ha dicho que lo mío es contagioso como la viruela, que acabaré enfermando a su niño. —Bibi respiraba pesadamente, con las pupilas fijas en un desconchón de pintura en la pared—. ¿Qué va a ser de mí? —Todavía no había respuesta al anuncio publicado en el diario—. ¿Es que no es suficiente castigo sobrellevar esta maldición a solas? ¿Me tienen que culpar, además, de infectar a otros?

En casa de los Haldar, la desavenencia era cada vez mayor. Convencida de que la presencia de Bibi podía infectar al niño todavía no nacido, la mujer se acostumbró a embutir su vientre hinchado en gruesos chales de lana. En el baño, Bibi debía lavarse con sus propias toallas y jabón. Según la fregona, sus platos eran lavados aparte.

Y de pronto, una tarde, sin aviso de ninguna clase, volvió a suceder. Junto al estanque de los peces, Bibi se desplomó en el suelo. Temblando. Estremeciéndose. Mordiéndose los labios. Un corrillo rodeó a la muchacha presa de convulsiones, tratando de ayudarla de alguna manera. El abridor de botellas de refresco sujetó sus extremidades enloquecidas. El vendedor de pepino en rodajas trató de estirarle los dedos. Una de nosotras le echó al rostro agua del estanque. Otra le pasó un pañuelo perfumado por los

labios. El vendedor de jackfruits sujetaba la cabeza de Bibi, que luchaba por ir de un lado a otro. El operador de la prensa de caña de azúcar enarbolaba su abanico de palma, habitualmente usado para espantar a las moscas, agitando el aire en su dirección desde cualquier ángulo concebible.

—¿Hay algún médico por aquí?

—Ojo, que no se muerda la lengua.

—¿Alguien ha ido a avisar a Haldar?

—¡La piel le quema como el carbón!

A pesar de nuestros esfuerzos, el tumulto no menguaba. En lucha contra su adversario, atormentada por la angustia, rechinaba los dientes mientras las rodillas se le estremecían. Habían pasado más de dos minutos. Preocupadas, no dejábamos de mirarla. No sabíamos qué hacer.

—¡Cuero! —exclamó alguien—. Lo que necesita es oler algo de cuero.

Entonces nos acordamos. La última vez que había sucedido, una sandalia de cuero puesta bajo sus fosas nasales había servido para liberar a Bibi de su tormento.

—Bibi, ¿qué ha pasado? Dinos qué ha pasado le preguntamos cuando abrió los ojos.

—Sentí como un calor en mi cuerpo, cada vez más ardiente.

Vi humo frente a mis ojos. El mundo se volvió negro. ¿No lo visteis vosotras?

Varios de nuestros maridos la acompañaron a casa. La oscuridad se cernió, se echó mano a las conchas, el aire se tornó denso por obra del incienso de los rezos. Cabizbaja, Bibi apenas musitaba cosa alguna. Sus mejillas exhibían rasguños aquí y allí. Su pelo estaba apelmazado, sus codos cubiertos de suciedad; a uno de sus dientes le faltaba un pequeño fragmento. Caminábamos detrás de ella, a la que considerábamos una distancia segura, llevando a nuestros niños de la mano.

Bibi necesitaba una manta, una compresa, una píldora sedante. Necesitaba que alguien cuidara de ella. Pero cuando nos presentamos en su patio, Haldar y su mujer se negaron a dejarla entrar en el apartamento.

—El riesgo médico es excesivo; una mujer embarazada no puede estar en contacto con una mujer histérica —repetía él.

Esa noche, Bibi durmió en el trastero.

* * *

El bebé, una niña, nació a fines de junio y fue extraído con fórceps. Por entonces Bibi volvía a dormir abajo, aunque le habían puesto el camastro en el pasillo y tenía prohibido tocar a la niña. Cada mañana la enviaban al terrado, para que siguiera con el inventario hasta la hora del almuerzo, hora en que Haldar se presentaba con los recibos de las ventas matutinas y un cuenco de guisantes amarillos por todo almuerzo. Por las noches, Bibi cenaba pan con leche a solas en la escalera. Sufrió otro ataque, y otro más, sin que Haldar hiciera nada.

Cuando le expresamos nuestra preocupación, Haldar replicó que no era asunto nuestro y se negó en redondo a discutir la cuestión. Como medio de expresar nuestra indignación, comenzamos a comprar en otros comercios, única venganza que nos quedaba. Con el paso de las semanas, los productos alineados en los estantes de Haldar empezaron a acumular polvo. Las etiquetas se desvaían y las colonias comenzaban a agriarse. Por la noche, cuando pasábamos delante de Haldar, le veíamos sentado en solitario, ocupado en aplastar polillas con la suela de su zapatilla. A la mujer apenas la veíamos. Según decía la fregona, todavía guardaba cama; al parecer, el parto no había sido fácil.

El otoño llegó, con su promesa de las fiestas de octubre, y la ciudad se animó de compras y preparativos. Las canciones de las películas resonaban en los altavoces colgados entre árbol y árbol. Mercados y mercadillos estaban abiertos a toda hora. Comprábamos globos y cintas de colores para nuestros niños, adquiríamos caramelos por kilos, cogíamos taxis para visitar a familiares a quienes no habíamos visto en todo el año. Los días eran más cortos, y las noches más frías. Ya tocaba abotonarse los jerseys y calzarse los calcetines. De pronto se presentó una ola de frío que se metía en la garganta. Hicimos que nuestros niños realizaran gárgaras calientes de agua salada y se protegieran el cuello con bufanda. Con todo, un bebé enfermó: la niña de los Haldar.

Un médico tuvo que venir en mitad de la noche, llamado para que le bajara la fiebre.

—¡Cúrele, doctor! —rogaba la mujer. Su angustia estridente nos había despertado a todas—. Le daremos lo que sea, pero tiene que curar a mi niña.

El médico prescribió un compuesto de glucosa y aspirinas machacadas, instruyéndoles para que cubrieran bien a la niña con mantas.

Cinco días más tarde, la fiebre seguía sin remitir.

—Es cosa de Bibi —gemía la mujer—. Suya es la culpa, ha infectado a nuestra niña. Nunca tendríamos que haberle permitido volver aquí abajo.

De nuevo Bibi se vio confinada a pasar las noches en el trastero. Por insistencia de su esposa, Haldar incluso subió allí su camastro, junto con un baúl de hojalata con todas sus pertenencias. Sus comidas pasaron a ser dejadas en el último piso, cubiertas con un escurridor puesto boca abajo.

—A mí no me importa —nos decía Bibi—. Prefiero vivir por mi cuenta, lejos de ellos. —Bibi abrió su baúl (algunas batas de estar por casa, un retrato enmarcado de su padre, útiles para coser y unas pocas telas), y dispuso sus pertenencias en unos pocos estantes vacíos. Al final de esa semana, la niñita se recuperó, pero Bibi no fue llamada a vivir en

el apartamento—. No os preocupéis, que aquí no me siento prisionera —decía para tranquilizarnos—. El mundo comienza al pie de las escaleras. Ahora tengo libertad para descubrir la vida a mi manera.

Pero la verdad es que Bibi dejó de salir de casa. Cuando la invitábamos a acompañarnos al estanque de los peces o a ver las nuevas ornamentaciones de los templos, se negaba, alegando que estaba ocupada en coser una nueva cortina con que decorar la entrada del trastero. Su piel tenía un matiz ceniciento. Necesitaba aire fresco.

—¿Y cómo quieres encontrar un marido? —insistíamos—. ¿Cómo piensas conquistar a un hombre sin salir de ahí en todo el día?

No había nada que la convenciera.

* * *

A mediados de diciembre, Haldar metió en cajas todos los productos sin vender que se agolpaban en los estantes de su perfumería y los subió al trastero. Nuestra insistencia había servido para arruinarle el negocio, más o menos. Antes de fin de año, la familia se marchó, dejando bajo la puerta de Bibi un sobre con trescientas rupias. Nunca volvimos a saber de ellos.

Una de nosotras tenía la dirección de un pariente de Bibi en Hyderabad, a quien escribió relatándole la situación. La carta fue devuelta sin abrir; el pariente se había trasladado a dirección desconocida. Antes de que se presentasen las semanas más frías, hicimos que reparasen las persianas del trastero y se ajustara una lámina de hojalata al umbral, para que Bibi al menos disfrutara de cierta intimidad. Alguien donó un quinqué de petróleo; otro le entregó una vieja mosquitera de red y un par de calcetines desgastados en el talón. No perdíamos ocasión de recordarle que estábamos con ella, que podía acudir a nuestro lado si necesitaba consejo o ayuda de cualquier tipo. Durante un tiempo enviamos a nuestros hijos a jugar en el terrado por las tardes, para que nos alertaran si se producía un nuevo ataque. Sin embargo, por la noche la dejábamos a solas.

Pasaron varios meses. Bibi se había refugiado en un silencio profundo y prolongado. Nosotras nos turnábamos a la hora de dejarle platos de arroz y vasos de té. Ella apenas bebía, comía menos, y comenzaba a asumir una expresión que no casaba con su edad. A la hora del crepúsculo, daba uno o dos paseos en torno al parapeto, pero jamás abandonaba el terrado. Después de que oscureciera, se ocultaba tras la puerta de hojalata, sin salir para nada en absoluto. Nosotras no la molestábamos. Algunas comenzamos a preguntarnos si no se estaría muriendo. Otras concluyeron que había perdido la cabeza.

Una mañana de abril, cuando ya hacía suficiente calor para poner a secar las tortas de lenteja en el terrado, nos dimos cuenta de que alguien había vomitado junto al grifo de la cisterna. Cuando observamos un segundo vómito otra mañana, llamamos a la puerta

de Bibi. Cuando nadie respondió, abrimos nosotras mismas, pues no había pestillo ni cerradura.

La encontramos tumbada sobre el lecho. Estaba embarazada de unos cuatro meses.

Según nos dijo, no podía recordar lo sucedido. Se negó a decirnos quién había sido. Le preparamos sémola con leche caliente y pasas; con todo, siguió sin revelar la identidad del padre. En vano buscamos huellas de que hubiera sido forzada, algún signo de intrusión, pero su habitación aparecía barrida y en orden. En el suelo, junto al camastro, el libro rayado, abierto en una nueva página, exhibía una lista de nombres.

El embarazo siguió sin novedad reseñable; una noche de septiembre la ayudamos a dar a luz. Le enseñamos el modo de alimentar al bebé, y cómo conseguir que se durmiera. Le compramos un hule y la ayudamos a coser ropas y sábanas con las telas que había guardado durante años. Al cabo de un mes, Bibi ya estaba recuperada del embarazo y, con el dinero dejado por Haldar, hizo que encalaran el trastero y pusieran cerraduras en la puerta y la ventana. Después limpió de polvo los estantes y puso en orden pociones y lociones, y comenzó a vender los viejos productos de Haldar a mitad de precio. Cuando nos pidió que corriéramos la voz sobre sus ofertas, así lo hicimos. Bibi pasó a vendernos el jabón y el kohl, los peines y los polvos. Cuando vendió el último de sus perfumes, Bibi cogió un taxi y se dirigió al mercado al por mayor, donde se valió de sus ganancias para reaprovisionar los estantes. Así pudo criar a su hijo, llevando un pequeño negocio en el trastero, empresa en la que le ayudamos como pudimos. Durante los años que siguieron, no dejamos de preguntarnos qué hombre en nuestra ciudad había mancillado su honor. Varios de nuestros sirvientes fueron cuestionados; en los quioscos de té y paradas de autobús, se debatieron nombres de posibles sospechosos sin llegar a ninguna conclusión definitiva. Pero tampoco tenía sentido embarcarse en investigación alguna. Por cuanto podíamos decir, Bibi estaba curada.

El tercer y último continente

SALÍ de la India en 1964, con una titulación en comercio y sin más dinero que el equivalente, en aquellos días, a diez dólares. Durante tres semanas navegué a bordo del SS Roma, un mercante italiano, en un camarote de tercera clase situado junto al motor del navio, a través del mar de Arabia, el mar Rojo y el Mediterráneo hasta que por fin llegué a Inglaterra. Viví en Finsbury Park, en el norte de Londres, en una casa íntegramente habitada por solteros bengalíes sin un penique, justo lo que yo era, todos ansiosos de estudiar y labrarnos una posición en el extranjero.

Asistí a los cursos de la Facultad de Economía, sobreviviendo gracias a un empleo en la biblioteca de la universidad. Vivíamos a razón de tres o cuatro estudiantes por habitación, compartíamos un único y gélido retrete, y nos turnábamos a la hora de

preparar grandes ollas de curry con huevos que comíamos con la mano en una mesa cubierta con periódicos.

Aparte de nuestros empleos, eran pocas las responsabilidades que nos ataban. Los fines de semana vagábamos descalzos por el salón, enfundados en nuestros pijamas bordados, bebiendo té y fumando cigarrillos Rothman, cuando no salíamos a Lord's a contemplar algún partido de cricket. Algunos fines de semana, la casa estaba aún más atestada de bengalíes, conocidos en el metro o el colmado, así que preparábamos aún más curry con huevos y poníamos cintas de Mukhesh en nuestro magnetofón Grundig de bobina mientras los platos sucios se apilaban en la bañera. De vez en cuando, un estudiante dejaba la casa para irse a vivir con la mujer que su familia de Calcuta le había dictado como futura esposa. En 1969, cuando tenía treinta y seis años, mi propio matrimonio fue arreglado. Por esa misma época me ofrecieron un empleo a tiempo completo en los Estados Unidos, en el registro de una de las bibliotecas del Instituto Tecnológico de Massachusetts. El sueldo era lo bastante generoso como para mantener a una esposa, y yo estaba encantado de trabajar para una universidad conocida en el mundo entero, así que obtuve el permiso de trabajo y me dispuse a viajar todavía más lejos.

Por entonces ya tenía suficiente dinero para ir en avión. Primero volé a Calcuta, donde me casé, y una semana después volé a Boston, para incorporarme a mi nuevo empleo. Durante el pasaje leí la Guía de Norteamérica para estudiantes, obra que adquirí en rústica antes de abandonar Londres, por siete chelines y seis peniques en Tottenham Court Road; aunque ya no era estudiante, igualmente tendría que vivir con poco dinero. Aprendí que los americanos conducían por el carril derecho, no por el izquierdo, que al ascensor lo llamaban elevador, y que de un teléfono que comunicaba decían que estaba ocupado. «El ritmo de vida norteamericano es distinto al británico, como pronto descubrirá», me informó la guía.

«Todo el mundo tiene prisa por llegar a lo más alto. No espere disfrutar de un británico té de las cinco.» Cuando el avión comenzó a descender sobre el puerto de Boston, el piloto anunció la temperatura exterior y hora local, y que el presidente Nixon había decretado una jornada de fiesta: dos astronautas del país habían puesto pie en la Luna. Varios pasajeros prorrumpieron en exclamaciones de júbilo.

—¡Dios bendiga a América! —gritó uno de ellos.

Vi que una mujer rezaba al otro lado del pasillo.

Pasé mi primera noche en el YMCA situado en Central Square, Cambridge, alojamiento poco costoso que aparecía recomendado en mi guía. El YMCA estaba a un corto paseo del Instituto Tecnológico de Massachusetts, muy cerca de la oficina de correos y de un supermercado llamado Pureza Suprema. Mi cuarto contaba con camastro, escritorio y una pequeña cruz de madera en una de sus paredes. Una nota en la puerta informaba de que estaba estrictamente prohibido cocinar en la habitación. Una ventana desnuda daba a Massachusetts Avenue, arteria de importancia con tráfico en ambas direcciones. Los cláxones de automóvil, estridentes y prolongados, se sucedían unos a otros. Las destellantes luces de las sirenas anunciaban emergencias sin fin, mientras una enorme flota de autobuses pasaba de largo, abriendo y cerrando puertas con un silbido poderoso, sin detenerse en toda la noche. El ruido constituía distracción permanente, asfixiante en ocasiones. Yo lo sentía en mis costillas, como había sentido el furioso rugido del motor

a bordo del SS Roma. Sin embargo, aquí no había cubierta de barco a la que escapar, ningún océano reluciente en el que bañar mi alma, ninguna brisa que refrescase mi rostro, nadie en absoluto con quien hablar. Mi fatiga era excesiva para pasear por los sombríos pasillos del YMCA enfundado en un pijama bordado. En vez de eso, me sentaba al escritorio y miraba por la ventana el Ayuntamiento de Cambridge y la calle sembrada de pequeños comercios. Por las mañanas iba a trabajar a la Biblioteca Dewey, edificio pintado de beige con estructura de fortín, situado junto a Memorial Drive. También me ocupé de abrir una cuenta bancaria, alquilar un apartado de correos y comprar una cuchara y un cuenco de plástico en un almacén Woolworth's, cuyo nombre reconocí de mis días en Londres. Después entre en el Pureza Suprema, cuyos pasillos recorrí, transformando onzas en gramos y comparando los precios locales con los de Inglaterra. Al final compré un pequeño cartón de leche y un paquete de copos de avena. Ésa fue mi primera comida en América. La comí en mi escritorio, y me resultó preferible a las hamburguesas y perritos calientes de las cafeterías de Massachusetts Avenue, únicas opciones que me dejaba mi exiguo presupuesto. Además, por entonces, yo seguía sin probar la carne de ternera. Incluso la mera adquisición de un cartón de leche me resultó novedosa; en Londres nos la traían embotellada todas las mañanas.

* * *

En una semana ya me había acostumbrado, más o menos. Mi cena y desayuno consistía en copos de avena con leche, ocasionalmente aderezados con plátano cortado a rodajas con el mango de mi cuchara. También compré bolsitas de té y un termo, como lo definió el vendedor de Woolworth's (cuando lo describí valiéndome de la palabra inglesa petaca, el vendedor me informó de que las petacas se usaban para el whisky, otra cosa que yo seguía sin probar). Por el precio de una taza de té, en una cafetería me dejaban llenar el termo de agua hirviendo, y así podía prepararme las cuatro tazas que consumía a lo largo de la jornada. Compré un cartón de leche de mayor tamaño, que aprendí a dejar en la parte sombreada del alféizar, como había visto que hacía otro de los huéspedes del YMCA. Para matar el rato, por las noches leía el Boston Globe en una espaciosa sala con ventanas de cristales tintados que había en la primera planta del edificio. Leía cada artículo y anuncio, a fin de familiarizarme con todo; cuando los ojos se me cansaban, me iba a dormir. Aunque la verdad es que no dormía bien. Cada noche tenía que dejar la ventana abierta, única ventilación posible en aquel cuarto sofocante, y el ruido resultaba intolerable. Yo me tumbaba en el camastro tapándome los oídos con las manos, pero cuando apenas lograba conciliar el sueño, mis manos resbalaban y el ruido del tráfico volvía a despertarme. El viento arrastraba plumas de paloma al alféizar de la ventana; una noche, mientras bañaba en leche los copos de avena, descubrí que la leche se había agriado. Con todo, estaba decidido a seguir seis semanas más en el YMCA, hasta que estuvieran listos el pasaporte y el permiso de residencia de mi esposa. Cuando ella llegara, tendría que alquilar un apartamento de verdad, así que de vez en cuando repasaba los anuncios del diario o, a la hora del almuerzo, visitaba la agencia de alojamiento dependiente del Instituto, para ver qué ofertas se ajustaban a mi presupuesto. Así fue como descubrí una habitación para alquilar de inmediato, en una casa situada en una calle tranquila, según rezaba la descripción, por ocho dólares semanales. Al momento anoté el número en una página de mi guía y llamé desde un

teléfono de pago, escogiendo bien las monedas, con las que todavía no estaba familiarizado, más pequeñas y livianas que los chelines, más pesadas y relucientes que las paisas.

—¿Quién llama? —preguntó una mujer. Su voz era decidida y resonante.

—Sí, buenas tardes, señora. Llamaba por la habitación que alquilan...

—¿Harvard o Tecno?

—¿Disculpe?

—¿Viene usted de Harvard o del Tecno?

Comprendiendo que «Tecno» hacía referencia al Instituto Tecnológico de Massachusetts, respondí:

—Trabajo en la Biblioteca Dewey. —Y añadí, sin demasiada seguridad—: En el Tecno.

—¡Sólo alquilo habitaciones a chicos de Harvard o del Tecno!

—Muy bien, señora.

La mujer me dio una dirección, citándome a las siete de esa misma tarde. Me puse en camino treinta minutos antes de esa hora, con la guía en el bolsillo y el aliento recién enjuagado con Listerine. Eché a caminar por una calle sombreada de árboles, perpendicular a Massachusetts Avenue. Aquí y allá, retazos de hierba silvestre brotaban en las grietas de la acera. A pesar del calor, vestía abrigo y corbata, pues la ocasión me resultaba tan formal como cualquier cita de negocios; nunca había vivido en el hogar de una persona que no fuera india. Rodeada por una verja de alambre, la casa era de un color blanco desteñido, con molduras marrones. A diferencia del adosado de estuco en que había vivido en Londres, esta casa tenía jardín por todas partes, el tejado de madera y matas de forsitia en sus lados y parte frontal. Cuando llamé al timbre, la mujer con quien hablara al teléfono exclamó desde lo que pareció el otro lado de la puerta:

—¡Un momento, por favor!

Bastantes minutos después, la puerta fue abierta por una mujer pequeña y muy anciana. Una masa de pelo nevoso aparecía dispuesta como un pequeño saco en la parte superior de su cabeza. Mientras yo cruzaba el umbral, la mujer tomó asiento en una banqueta de madera situada al pie de una estrecha escalera alfombrada. Una vez se hubo acomodado en la banqueta, bajo un pequeño círculo de luz, me examinó con atención no disimulada. Vestía una larga falda negra que se abría como una tienda de campaña hasta llegar al suelo, así como una camisa blanca almidonada con volantes en el cuello y los puños. Sus manos se unieron en el regazo, mostrando unos dedos largos y pálidos, de hinchados nudillos y uñas amarillentas e inquietantes. Los años habían ajado sus facciones de forma que casi parecía tener un rostro masculino, de ojos agudos y hundidos, con prominentes arrugas a ambos lados de la nariz. Sus labios, agrietados y desvaídos, habían desaparecido casi por completo, mientras que sus cejas se habían desvanecido para siempre. Sin embargo, su aspecto seguía siendo fiero.

—¡Cierra bien la puerta! —ordenó con un grito, aunque yo sólo estaba a unos pasos de ella—. ¡Echa la cadena y aprieta bien el botón del pomo! ¡Es lo primero que tendrás que hacer cuando entres! ¿Está claro?

Cerré la puerta siguiendo sus instrucciones y eché una mirada a la casa. Junto a la banqueta donde se sentaba la mujer había una mesita redonda cuyas patas estaban enteramente ocultas, de modo similar al de las propias piernas de la mujer, por una tela volantada. Sobre la mesita había una lámpara, un transistor, un monedero de cuero con cierre plateado y un teléfono. Cubierto por una espesa capa de polvo, un grueso bastón de madera yacía inclinado sobre ella. A mi derecha tenía un salón con estanterías llenas de libros y decorado con muebles gastados y toscos. En un rincón del salón había un piano de cola cerrado y cubierto de papeles. La banqueta del piano no se veía por ninguna parte; quizá fuera la misma en que se sentaba la mujer. En alguna parte de la casa, un reloj dio las siete.

—¡Eres puntual! —proclamó la mujer. ¡Espero que también lo seas a la hora de pagar el alquiler!

—Aquí le traigo una carta, señora.

En el bolsillo de mi americana llevaba una carta en la que se confirmaba mi empleo en el Instituto. La había traído para demostrar que yo, efectivamente, pertenecía al Tecno.

La mujer miró la carta, que me devolvió con sumo cuidado, agarrándola con los dedos como si fuera un plato lleno de comida antes que un simple papel. Ella no llevaba gafas, así que me pregunté si de veras habría leído alguna palabra.

—¡El último chico siempre pagaba con retraso! ¡Todavía me debe ocho dólares! ¡Los chicos de Harvard ya no son lo que eran! ¡En esta casa sólo quiero gente de Harvard o el Tecno! ¿Cómo está el Tecno, chico?

—Está muy bien.

—¿Has cerrado bien la puerta?

—Sí, señora.

La mujer palmeó el espacio sobrante en la banqueta, diciéndome que me sentara a su lado. Por un momento guardó silencio. Por fin entonó, como si sólo ella estuviera en el secreto:

—¡La bandera americana ondea en la Luna!

—Sí, señora. —Hasta ese momento no había pensado demasiado en el alunizaje. Por supuesto, los periódicos no cesaban de publicar artículo tras artículo sobre el hecho. Los astronautas habían alunizado al borde del mar de la Tranquilidad, según había leído, después de recorrer una distancia mayor que cualquier otro viajero en la historia. Durante unas horas exploraron la superficie lunar. Se llenaron los bolsillos de piedras, describieron el entorno (una magnífica desolación, en palabras de uno de los

astronautas), hablaron con el presidente por teléfono e hincaron una bandera en suelo lunar. El viaje estaba siendo celebrado como la hazaña más fabulosa del ser humano. Yo había visto las fotografías a toda plana en el Globe, a los astronautas en sus trajes inflados, había leído lo que algunos bostonianos habían estado haciendo en el momento preciso en que los astronautas alunizaron, un domingo por la tarde. Un hombre dijo que estaba al timón de una embarcación para turistas, con el transistor pegado a la oreja; una mujer había estado horneando pastelillos para sus nietos.

La mujer tronó:

—¡La bandera ondea en la Luna, muchacho! ¡Lo he oído en la radio! ¿No es espléndido?

—Sí, señora.

La mujer no quedó satisfecha con mi respuesta. En vez de eso, ordenó:

—¡Di que es espléndido!

La orden me dejó atónito y me hizo sentirme algo insultado. Me sentí como cuando era niño y aprendía la tabla de multiplicar, repitiendo lo que decía el maestro, sentado con las piernas cruzadas, sin zapatos ni lápices, en la escuela de mi Tollygunge natal, que sólo tenía un aula. También me acordé de mi boda, cuando tuve que repetir el sinfin de versos en sánscrito pronunciados por el sacerdote, unos versos cuyo significado apenas comprendía y que me unían para siempre a mi mujer. No dije nada.

—¡Di que es espléndido! —tronó de nuevo la mujer.

—Espléndido —murmuré. Tuve que repetir la palabra una segunda vez, con todas mis fuerzas, para que pudiera oírme.

Aunque soy de hablar reposado por naturaleza y me costó lo mío levantarle la voz así a una anciana a quien acababa de conocer un momento antes, ella no pareció ofenderse en absoluto. Más bien la respuesta debió complacerla, pues su siguiente orden fue:

—¡Ve a ver la habitación!

Me levanté de la banqueta y ascendí la angosta escalera alfombrada. Había cinco puertas, dos a cada lado de un pasillo igualmente estrecho, y una en su extremo. Sólo había una puerta entreabierta. La habitación encerraba una cama doble bajo un techo abuhardillado, un ovoide felpudo de color marrón, un lavamanos con la cañería al descubierto, así como una cómoda. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado a rayas grises y marfil. La ventana estaba abierta; unas cortinas de red ondeaban a la brisa. Las aparté y examiné la vista: un pequeño patio trasero, con unos cuantos árboles frutales y un tendedero sin ropa. Estuve satisfecho. Desde el pie de las escaleras, me llegó la demanda de la mujer:

—¿Te has decidido ya?

Cuando volví al recibidor y se lo dije, la mujer cogió el monedero de cuero que había sobre la mesa, abrió el cierre, rebuscó con los dedos y sacó una llave unida a un delgado aro de alambre. Me informó de que había una cocina en la parte trasera de la casa, a la que se accedía por el salón. Yo tenía derecho a cocina, siempre que la dejara como la había encontrado. Las sábanas y las toallas las pondría ella, si bien la limpieza de éstas sería cosa mía. El alquiler era pagadero cada viernes; el dinero se dejaba en el anaquel que había sobre las teclas del piano.

—¡Y no se admiten visitas femeninas!

—Soy hombre casado, señora. —Era la primera vez que lo revelaba a alguien.

Pero la mujer no me había oído.

—¡No se admiten visitas femeninas! —insistió.

A continuación se presentó como la señora Croft.

* * *

Mi mujer se llamaba Mala. Nuestro matrimonio había sido pactado por mi hermano mayor y su mujer. Cuando recibí la propuesta, ni puse objeción ni mostré entusiasmo. Era un deber que se esperaba de mí, como se esperaba de todo hombre. Mala era hija de un maestro de Belegkata. Según me dijeron, sabía cocinar, coser, bordar, dibujar paisajes y recitar poemas de Tagore, talentos que no conseguían ocultar un físico poco agraciado que le había valido más de un rechazo masculino. Mala tenía veintisiete años, edad a la que sus padres comenzaron a temer que nunca se casaría, por lo que estaban dispuestos a enviar a su única hija al otro extremo del mundo a fin de que no se convirtiera en una solterona.

Durante cinco noches dormimos en la misma cama. Cada una de esas noches, después de aplicarse crema facial y trenzarse el cabello, que anudaba en su extremo con una negra cinta de algodón, Mala me dio la espalda y se puso a llorar; echaba de menos a sus padres. Aunque yo tenía que abandonar el país en unos pocos días, la costumbre dictaba que Mala ahora era una persona que formaba parte de mi hogar, por lo que tenía que pasar las próximas seis semanas en casa de mi hermano y su mujer, cocinando, limpiando y sirviendo té con dulces a los invitados. No hice nada por consolarla. Tumbado en mi propio lado de la cama, leía mi guía de viaje a la luz de una linterna, ansioso de salir de viaje. A veces pensaba en la pequeña habitación que había al otro lado de la pared, cuarto que había pertenecido a mi madre. Ahora la habitación estaba prácticamente vacía; el palé de madera sobre el que ella antes durmiera, estaba cubierto de baúles y vieja ropa de cama. Casi seis años atrás, antes de partir a Londres, la había visto morir en ese mismo lecho; en sus últimos días la sorprendí jugando con su propio excremento. Antes de que la incinerásemos, limpié cada uña de sus dedos con una horquilla. A continuación, dado que mi hermano no tenía fuerzas para eso, asumí el

papel de hijo mayor y acerqué la llama a su sien, para que su alma atormentada por fin se liberase en dirección al cielo.

* * *

A la mañana siguiente me trasladé a la habitación de la casa de la señora Croft. Cuando abrí la puerta, la descubrí sentada en el mismo lado de la banqueta del piano que la tarde anterior. La anciana vestía la misma falda negra, la misma blusa blanca y almidonada, y tenía las manos cruzadas del mismo modo sobre el regazo. La estampa que ofrecía era tan idéntica que me pregunté si habría pasado la noche entera sentada en la banqueta. Después de subir mi maleta escaleras arriba, llené el termo de agua caliente en la cocina, y me marché a trabajar. Esa tarde, cuando volví de la universidad, la señora Croft seguía en el mismo sitio.

—¡Siéntate, muchacho! —La anciana palmeó el espacio libre que tenía a su lado.

Me senté en el borde de la banqueta. Traía una bolsa del supermercado conmigo: más leche, más copos de avena y más plátanos, pues la inspección de la cocina efectuada a primera hora del día me había revelado que no había ollas, sartenes ni utensilios para cocinar. Tan sólo había dos pequeños cazos en la nevera, ambos llenos de un caldo anaranjado, y una tetera de cobre en la cocina.

—Buenas tardes, señora.

La señora Croft me preguntó si había cerrado bien la puerta. Le dije que sí.

Durante un momento guardó silencio. De repente exclamó, con idéntica sorpresa y alegría que el día anterior:

—¡La bandera americana ondea en la Luna, muchacho!

—Sí, señora.

—¡La bandera ondea en la Luna! ¿A que es espléndido?

Asentí con la cabeza, temiéndome lo peor.

—Sí, señora.

—¡Di que es espléndido!

Esta vez me tomé mi tiempo, echando una mirada en derredor por si alguien estuviera escuchando, aunque yo sabía perfectamente que la casa estaba vacía. Me sentía como un idiota. Pero, a la vez, era muy poco lo que la señora Croft me pedía.

—¡Es espléndido! —exclamé.

En cuestión de días, la cosa se convirtió en rutina. Por las mañanas, cuando salía para la biblioteca, la señora Croft o bien se encontraba oculta en su dormitorio, al otro lado de la escalera, o bien estaba sentada en la banqueta, ignorante de mi presencia, ocupada en escuchar las noticias o un programa de música clásica en la radio. Sin embargo, cada tarde era lo mismo a mi regreso: la anciana palmeaba sobre la banqueta, me ordenaba tomar asiento, declaraba que la bandera americana ondeaba en la Luna y añadía que se trataba de algo espléndido. Yo convenía que era espléndido y entonces seguíamos sentados en silencio. Por extravagante que fuera y por interminable que se me hiciera, nuestro encuentro vespertino no duraba más allá de los diez minutos; a continuación, de forma inevitable, la señora Croft se veía vencida por el sueño. Cuando su cabeza se doblaba abruptamente sobre el pecho, me sentía libre para volver a mi cuarto. Por entonces, naturalmente, ninguna bandera ondeaba ya en la Luna. Como había leído en el periódico, los astronautas se la habían llevado consigo antes de emprender el retorno a la Tierra. Sin embargo, no tenía valor para decírselo.

* * *

El viernes por la mañana, cuando me tocó pagar la primera semana de alquiler, me acerqué al piano del salón para dejar el dinero en su anaquel. Las teclas del piano aparecían gastadas y descoloridas. Cuando pulsé una de ellas, no se oyó el menor sonido. Yo había metido ocho billetes de dólar en un sobre, donde escribí el nombre de la señora Croft. No tenía por costumbre dejar el dinero en cualquier lugar, sin señalar su destinatario. Desde donde me encontraba podía ver el perfil de su falda en forma de tienda de campaña. Estaba sentada en la banqueta, escuchando la radio. Me parecía innecesario obligarla a levantarse y caminar hasta el piano. Nunca la había visto caminar, y, en vista del bastón que siempre tenía apoyado junto a la banqueta, imaginaba que no le resultaría fácil. Cuando me acerqué a la banqueta, ella alzó la mirada y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—El alquiler, señora.

—¡En el anaquel, sobre las teclas del piano!

—Pero si lo tengo aquí.

Le tendí el sobre, sin que sus dedos, entrelazados sobre el regazo, se movieran en absoluto. Me incliné ligeramente y bajé un poco el sobre, de manera que le quedara justo sobre las manos. Al cabo de un momento, la anciana aceptó el sobre y asintió con la cabeza.

Esa noche, cuando volví a casa, la señora Croft no palmeó la banqueta, si bien, por costumbre, me senté a su lado como todas las tardes. La anciana me preguntó si había

cerrado bien la puerta, pero no hizo mención alguna de la bandera que ondeaba en la Luna. En vez de eso, dijo:

—¡Muy amable de su parte!

—¿Perdón, señora?

—Muy amable de su parte!

Todavía tenía el sobre en las manos.

* * *

El domingo, alguien llamó a mi puerta. Una mujer mayor se presentó: la hija de la señora Croft, Helen. La mujer entró en la habitación y examinó todas las paredes como si buscara trazas de algún cambio, escudriñando las camisas colgadas en el armario, las corbatas que colgaban del pomo de la puerta, la caja de cereales sobre la cómoda, el cuenco y la cuchara sucios en el lavamanos. Era bajita y de cintura ancha, con el cabello plateado muy corto y los labios pintados en un rosa reluciente. Tocada con un veraniego vestido sin mangas y un collar de cuentas blancas de plástico, llevaba unas gafas con cadenita que se mecían como un columpio sobre su pecho. Una red de venas azul oscuro surcaba la parte posterior de sus piernas, mientras que la parte superior de sus brazos pendía como la carne de una berenjena asada. Helen me explicó que vivía en Arlington, población situada en el extremo de Massachusetts Avenue.

—Vengo una vez por semana, a traerle comida a mamá. ¿No le habrá echado ya alguna de sus broncas?

—No hay ningún problema, señora.

—Hay más de un chico que ha salido corriendo de aquí. Pero creo que usted le gusta. Es el primer huésped al que se ha referido como a un caballero.

—Muy amable de su parte, señora.

Helen fijó su mirada en mí y advirtió mis pies descalzos (por entonces todavía no estaba acostumbrado a calzar zapatos en el interior de una casa; siempre me los quitaba antes de entrar en mi habitación).

—¿Es la primera vez que está en Boston?

—Y en los Estados Unidos, señora.

—Usted viene de... —Helen arqueó las cejas.

—De Calcuta, en la India.

—¿De veras? Hace caso de un año tuvimos un huésped brasileño. Como descubrirá, Cambridge es una población muy internacional.

Asentí con la cabeza, preguntándome cuánto tiempo iba a durar esa conversación. Sin embargo, en ese momento, la electrizante voz de la señora Croft nos llegó desde la escalera. Saliendo al pasillo, la oímos exclamar:

—¡Bajad aquí ahora mismo!

—¿Qué es lo que pasa? —gritó Helen a su vez.

—¡Ahora mismo!

Corrí a ponerme los zapatos. Helen emitió un suspiro.

Bajamos por la escalera. Esta era demasiado estrecha para que ambos bajáramos a la vez, así que seguí a Helen, quien no parecía tener ninguna prisa y, en un momento dado, se quejó de cierta lesión en la rodilla.

—¿Es que has estado andando sin el bastón? —preguntó Helen a voces—. Ya sabes que no debes andar sin el bastón. —Helen se detuvo y, buscando apoyo en el pasamanos, se volvió hacia mí—. Ya ha tenido más de un resbalón.

Por primera vez, la señora Croft me resultó vulnerable. Me la imaginé caída en el suelo frente a la banqueta, boca arriba, con la mirada fija en el techo y los pies apuntando en direcciones opuestas. Sin embargo, cuando llegamos al pie de la escalera, estaba sentada donde siempre, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Dos bolsas de supermercado reposaban junto a sus pies. Cuando estuvimos ante ella, no palmeó la banqueta ni nos invitó a tomar asiento. Su mirada echaba destellos.

—¿Qué es lo que pasa, madre?

—¡Qué falta de decoro!

—¿De qué me hablas?

—¡No es decoroso que una señorita y un caballero que no están casados mantengan una conversación privada sin acompañante!

Helen respondió que tenía sesenta y ocho años, los suficientes para ser mi madre, pero la señora Croft insistió en que Helen y yo debíamos hablar en el salón de la casa. También añadió que era impropio de una señorita como Helen revelar sus años y llevar un vestido tan corto.

—Por si no lo sabías, madre, estamos en 1969. ¿Qué es lo que harías si un día salieras de casa y te encontraras con una chica en minifalda?

—¡Haría que la arrestaran! —repuso la señora Croft en tono desdeñoso.

Helen meneó la cabeza y cogió una de las bolsas de la compra. Yo cogí la otra bolsa y la seguí por el salón hasta llegar a la cocina. Las bolsas estaban llenas de latas de sopa, que Helen abrió una a una con unas pocas pasadas con el abrelatas. A continuación vació en el fregadero la sopa que había en los cazos, limpió éstos bajo el grifo, los llenó con sopa de las latas y los devolvió a la nevera.

—Hasta hace unos años, todavía era capaz de abrir las latas por sí sola —explicó Helen—. La verdad es que no le gusta nada que se las abra yo. Pero el piano le dejó las manos inútiles. —Helen se calzó las gafas y echó una mirada al armario, fijándose en mis bolsitas de té—. ¿Le apetece tomar una taza?

Llené la tetera de agua.

—Discúlpeme, señora, pero me decía usted algo del piano...

—Mi madre era profesora de piano. Durante cuarenta años. Así fue como nos crió, después que mi padre muriera. Helen se llevó las manos a las caderas y fijó su mirada en la nevera abierta. Tras rebuscar en su fondo, sacó un paquete de mantequilla que observó con el ceño fruncido antes de tirarlo a la basura—. Con esto ya vale —declaró, poniendo las latas de sopa sin abrir en el armario. Tras sentarme a la mesa, contemplé cómo Helen lavaba los platos sucios, vaciaba el cubo de la basura, regaba una malamadre que había sobre el fregadero y echaba agua hirviendo en dos tazas. Helen me pasó una taza sin leche, con la cola de la bolsita del té pendiendo de un lado, y se sentó conmigo a la mesa.

—Discúlpeme, señora, ¿pero será suficiente?

Helen bebió un sorbo de té. Su lápiz de labios dejó una sonrisa rosada en el reborde interior de la taza.

—¿Qué será suficiente?

—La sopa que ha dejado en los cazos. ¿Será suficiente para la señora Croft?

—Mi madre no come otra cosa. Dejó de comer alimentos sólidos después de cumplir los cien años. Eso fue, déjeme que me acuerde, hará cosa de tres años.

Me sentí avergonzado, y un tanto apenado. Yo creía que la señora Croft tendría ochenta y tantos años, noventa como mucho. En mi vida había conocido a una persona con más de un siglo de edad. Que esta persona fuera una viuda que vivía sola me daba más pena aún. Mi propia madre se había vuelto loca después de enviudar. Mi padre, que era administrativo de correos en Calcuta, murió de encefalitis cuando yo tenía dieciséis años. Mi madre se negó a ajustarse a una vida sin él; en vez de eso, se hundió cada vez más en un mundo oscuro del que ni yo, ni mi hermano, ni demás parientes, ni las clínicas psiquiátricas de la avenida Rashbihari conseguimos sacarla. Lo que más me dolía era verla así de desprotegida, oírla eructar después de comer o expulsar gases delante de otros sin que mostrara el menor embarazo. Tras la muerte de mi padre, mi hermano dejó sus estudios y se puso a trabajar en la fábrica de yute, donde acabaría como gerente, a fin de correr con los gastos de la casa. A mí me tocó preparar mis exámenes sentado a los pies de mi madre, mientras ella contaba y recontaba los

brazaletes que tenía en el brazo como si fueran las cuentas de un ábaco. Una vez se escapó medio desnuda y apareció en la cochera de los tranvías antes de que tuviéramos ocasión de llevarla otra vez a casa.

—Si lo desea, puedo calentarle la sopa a la señora Croft por las noches —ofrecí, sacando la bolsita de té y escurriendo la infusión en la taza—. No es ninguna molestia.

Helen miró su reloj, se levantó y vació el resto de su té en el fregadero.

—Yo en su lugar no lo haría. Una cosa así terminaría de matarla.

* * *

Esa noche, después de que Helen se marchara a Arlington y la señora Croft y yo quedáramos a solas, comencé a preocuparme. Ahora que sabía lo muy anciana que era, me preocupaba que algo le sucediera en mitad de la noche, o durante el día, cuando yo estaba fuera. Por muy potente que fuera su voz, por muy imperiosa que se mostrara, era consciente de que incluso un rasguño o un resfriado podían acabar con una persona de su edad; yo sabía que, en su caso, cada nuevo día de vida constituía un pequeño milagro. Aunque Helen se había mostrado bastante amable, una pequeña parte de mí temía que me acusara de negligencia si algo llegara a suceder. Helen no parecía preocupada. Sábado tras sábado, venía y se iba, trayendo la sopa de la señora Croft.

Así transcurrieron las seis semanas de aquel verano. Yo volvía a casa cada tarde, cumplido mi horario en la biblioteca, y pasaba unos cuantos minutos sentado en la banqueta del piano junto a la señora Croft. Le hacía un poco de compañía, tras asegurarle que había cerrado bien la puerta y que era espléndido que la bandera americana ondease en la Luna. Algunas tardes me quedaba sentado a su lado bastantes horas más tarde de que cayese dormida, todavía asombrado de los muchos años que había vivido en este mundo. A veces intentaba imaginar el mundo en que había nacido, en 1866, un mundo, suponía, repleto de mujeres de larga falda negra y castos convencionalismos en el salón. En esos momentos, al observar sus manos de nudillos hinchados cruzadas sobre el regazo, las imaginaba suaves y delgadas, acariciando las teclas del piano. A veces bajaba antes de acostarme, para cerciorarme de que seguía sentada en la banqueta o acomodada en su dormitorio, sin novedad. Los viernes me aseguraba de entregarle el alquiler en mano. Aparte de estos simples gestos, no había otra cosa que pudiera hacer por ella. Yo no era hijo suyo; haciendo abstracción de esos ocho dólares, no le debía nada.

* * *

A final de agosto, el pasaporte y el permiso de residencia de Mala por fin estuvieron listos. Un telegrama me detalló los horarios de su vuelo; la casa de mi hermano en Calcuta no contaba con teléfono. Más o menos al mismo tiempo, me llegó carta de ella, escrita tan sólo unos pocos días después de nuestra despedida. La misiva no incluía ningún saludo; el dirigirse a mí por mi nombre hubiera supuesto una intimidad que aún no habíamos descubierto. La carta sólo incluía unas pocas líneas: «Te escribo en inglés para ir preparándome para el viaje. Me encuentro muy sola aquí. Hace mucho frío. Hay nieve. Tuya, Mala.»

Sus palabras no me produjeron demasiada emoción. Tan sólo habíamos pasado un puñado de días en mutua compañía.

· sin embargo, nuestros destinos estaban unidos; Mala llevaba seis semanas luciendo un brazalete de hierro en la muñeca y aplicándose bermellón en la raya de los cabellos para informar al mundo de su condición de mujer casada. Durante esas seis semanas yo me había preparado para su llegada como quien se prepara para la llegada del próximo mes o estación, cosa inevitable pero a la vez carente de significación específica. Era tan poco lo que conocía de Mala que, si bien los detalles de su rostro en ocasiones asomaban a mi memoria, me era imposible recordar el conjunto completo.

Pocos días después de recibir su carta, una mañana que andaba hacia mi trabajo, vi a una mujer india en la otra acera de Massachusetts Avenue, vestida con un sari cuyo extremo libre casi tocaba el suelo, ocupada en llevar a un niño en su carrito. Una mujer americana caminaba a su lado, paseando un perrito negro sujeto con correa. De repente, el perro comenzó a ladrar. Desde el otro lado de la calle, vi cómo la mujer india se detenía, atónita, momento que el perro aprovechó para saltar y cerrar sus colmillos contra el extremo del sari. La mujer americana riñó al perro, pareció disculparse y se alejó a toda prisa, dejando a la mujer india ocupada en arreglarse el sari en mitad de la acera, a la vez que intentaba tranquilizar a su lloroso bebé. Sin advertir mi presencia, la mujer india terminó por reemprender su paseo. Me di cuenta de que ese tipo de percances muy pronto serían de mi incumbencia. Era mi deber cuidar de Mala, recibirla adecuadamente y ofrecerle protección. Tendría que comprarle su primer par de botas para la nieve, su primer abrigo de invierno. Tendría que informarla de las calles que convenía evitar, del lado por el que circulaba el tráfico, avisarla de que llevara su sari de modo que el extremo suelto no se arrastrara por la acera. No sin cierta irritación, recordó que la separación de ocho kilómetros de sus padres había bastado para hacerla llorar.

A diferencia de Mala, yo ya me había acostumbrado a todo eso: a los copos de avena con leche, a las visitas de Helen, a sentarme en la banqueta junto a la señora Croft. Lo único a lo que no estaba acostumbrado era a la propia Mala. Sin embargo, hice lo que tenía que hacer. Fui a la agencia de alojamiento del Instituto y encontré un apartamento amueblado situado a pocas calles de allí, con cama de matrimonio, cocina y baño, por cuarenta dólares a la semana. Un último viernes entregué a la señora Croft ocho billetes de dólar en un sobre, bajé la maleta por la escalera y la informé de mi marcha. La anciana devolvió mi llave a su monedero. Lo último que me pidió fue que le pasara el bastón apoyado sobre la mesita, a fin de que pudiera caminar hasta la puerta para cerrarla.

—Adiós, entonces —se despidió, volviendo al interior de la casa.

Aunque no había esperado grandes muestras de emoción, aquello no dejó de decepcionarme. Yo sólo era un huésped de alquiler, un hombre que le había pagado un poco de dinero por instalarse en su casa durante seis semanas. Apenas nada, en comparación con un siglo entero.

* * *

En el aeropuerto reconocí a Mala de inmediato. El extremo suelto de su sari no se arrastraba por el suelo, sino que estaba recogido sobre su cabeza en signo de modestia matrimonial, como mi madre había llevado el suyo hasta el día en que mi padre murió. Sus delgados brazos morenos estaban cubiertos de brazaletes dorados, un pequeño círculo rojo decoraba su frente; sus pies exhibían una tintura roja en los contornos. No la abracé, como tampoco la besé, ni la tomé de la mano. En vez de ello, le pregunté, hablando en bengalí por primera vez en América, si tenía hambre.

Mala vaciló un momento antes de asentir con la cabeza.

Le dije que había preparado un curry con huevos en casa.

—¿Qué te han dado de comer en el avión?

—No he comido nada.

—¿Desde que saliste de Calcuta?

—Según el menú, teníamos sopa de rabo de buey.

—Pero seguro que habría otras cosas.

—Sólo pensar en comer rabo de buey me dejó sin apetito.

Cuando llegamos a casa, Mala abrió una de sus maletas y me entregó dos jerseys de lana, ambos de un azul reluciente, tejidos por ella durante nuestra separación; uno tenía cuello de pico y el otro exhibía cenefas en relieve sobre la pechera. Me probé los dos; ambos me apretaban un poco en las axilas. Mala también me trajo dos pares de pijamas bordados, una carta de mi hermano y un paquete de fino té de Darjeeling. Yo no tenía más regalo para ella que el curry con huevos. Nos sentamos a la mesa desnuda, cada uno con la vista fija en su plato. Comimos con las manos, otra cosa que yo todavía no había hecho en América.

—La casa es bonita —dijo ella—. Y el curry está bueno.

Con la mano izquierda, se apretaba el extremo del sari contra el pecho, para que no le resbalara de la cabeza.

—La verdad es que no sé muchas recetas.

Mala asintió con la cabeza, pelando la piel de cada patata que se llevaba a la boca. En un momento dado, el sari resbaló hasta sus hombros. Mala se lo volvió a ajustar al instante.

—No hace falta que te cubras la cabeza —observé. A mí no me importa. Y aquí nadie se fija.

Con todo, Mala siguió con la cabeza cubierta.

Aguardé a acostumbrarme a ella, a su presencia a mi lado, a mi mesa y en mi cama, pero una semana más tarde seguíamos siendo extraños. Yo todavía no me hacía a la idea de volver a un apartamento que olía a arroz hervido y cuyo lavamanos en el baño estaba siempre recién limpio, con los dos cepillos de dientes dispuestos el uno al lado del otro y una pastilla de jabón indio marca Pears descansando en su jabonera. No estaba acostumbrado a la fragancia del aceite de coco con que Mala se frotaba el cuero cabelludo los días alternos, ni al delicado sonido que hacían sus brazaletes cuando se movía por el apartamento. Por las mañanas, siempre se despertaba antes que yo. La primera mañana que entré en la cocina, había recalentado las sobras, dejándome un plato con una cucharada de sal sobre la mesa, en la creencia de que me gustaría desayunarme con arroz, como a la mayoría de los maridos bengalíes. Le dije que prefería los cereales, y a la mañana siguiente, al entrar en la cocina, ya me tenía preparado un cuenco con copos de avena. Una mañana me acompañó al Instituto; después de caminar por Massachusetts Avenue, le ofrecí un breve recorrido por el campus. Por el camino, paramos en una ferretería para hacer copia de la llave, que le entregué para que pudiera entrar y salir del apartamento. A la mañana siguiente, antes de mi marcha al trabajo, Mala me pidió unos cuantos dólares. Se los di sin demasiado entusiasmo, aunque sabía que eso, también, sería lo acostumbrado a partir de ahora. Cuando volví a casa del trabajo, había un pelapatatas en el cajón de la cocina y un mantel sobre la mesa, así como un curry de pollo con ajo y jengibre fresco en el fogón. Por entonces no teníamos televisión. Después de la cena, yo leía el periódico mientras Alala se sentaba a la mesa de la cocina, a tejer un cárdigan de la misma lana azul reluciente, o a escribir cartas a la India.

Al final de nuestra primera semana, el viernes, le sugerí salir de casa. Mala dejó de hacer punto y desapareció en el baño. Cuando emergió de allí, me arrepentí de mi sugerencia: vestida con un limpio sari de seda y luciendo varios brazaletes más, mi mujer se había recogido el pelo con raya sobre la cabeza. Mala se había vestido para ir a una fiesta, al cine cuando menos, pero ésos no eran los destinos que yo tenía en mente. El viento de la noche era templado y agradable. Paseamos largo rato por Massachusetts Avenue, contemplando escaparates y restaurantes. De pronto, sin pensar, la conduje por la misma calle tranquila que tantas noches yo había recorrido a solas.

—Aquí vivía antes de tu llegada —la informé, deteniéndome frente a la verja metálica de la señora Croft.

—¿En una casa tan grande?

—Yo vivía en una pequeña habitación del primer piso. En la parte de atrás.

—¿Quién más vive ahí?

—Una mujer muy vieja.

—¿Con su familia?

—Sola.

—¿Pero quién cuida de ella?

Abrí la puerta del jardín.

—Ella misma se cuida sola, para casi todo.

Me pregunté si la señora Croft todavía se acordaría de mí; me pregunté si contaría con un nuevo huésped a quien sentar a su lado cada tarde. Cuando llamé al timbre, imaginé que la espera sería tan larga como el día de nuestro primer encuentro, cuando yo aún no tenía la llave. Sin embargo, esta vez la puerta se abrió casi al momento, gracias a Helen.

—¿Qué tal? —dijo Helen, sonriendo a Mala con sus labios de un rosa reluciente—. Mi madre está en el salón. ¿Vienen de visita?

—Si no es problema, señora.

—En ese caso, creo que me acercaré un momento a la tienda, si no les importa. Mi madre ha tenido un pequeño accidente. Estos días no podemos dejarla sola, ni por un minuto.

Cerré la puerta tras Helen y entré en la sala. La señora Croft estaba tumbada de espaldas, con la cabeza sobre un cojín color melocotón y una delgada colcha blanca sobre su cuerpo. Tenía las manos entrelazadas sobre el pecho. Cuando me vio, al momento señaló el sofá, indicándome que tomara asiento. Hice lo que me decía, si bien Mala se acercó al piano y se sentó en la banqueta, por una vez emplazada allí donde debía.

—¡Me he roto la cadera! —anunció la señora Croft, como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros.

—Cuánto lo siento, señora.

—¡Me caí de la banqueta!

—Lo siento mucho, señora.

—¡En mitad de la noche! ¿Sabes lo que hice, muchacho?

Meneé la cabeza en señal de negativa.

—¡Llamé a la policía!

La anciana clavó la mirada en el techo y sonrió con calma, exhibiendo una hilera de dientes largos y grisáceos. No le faltaba ni uno.

—¿Qué tienes que decir a eso, muchacho?

A pesar de mi sorpresa, supe lo que tenía que decir. Sin la menor vacilación, exclamé:

—¡Es espléndido!

Mala se echó a reír. Su voz estaba llena de amabilidad, sus ojos relucían divertidos. Nunca la había oído reír con anterioridad. Su risa sonó lo bastante fuerte para ser oída por la propia señora Croft. Con un destello en la mirada, la anciana se volvió hacia Mala.

—¿Quién es ella, muchacho?

—Es mi mujer, señora.

La señora Croft ladeó su cabeza sobre el cojín a fin de obtener una mejor visión.

—¿Sabes tocar el piano?

—No, señora —respondió Mala.

—¡Entonces, levántate de ahí!

Mala se puso en pie, ajustándose el extremo del sari sobre la cabeza y contra el pecho; por primera vez desde su llegada, me sentí unido a ella. Me acordé de mis primeros días en Londres, cuando tuve que aprender a coger el metro hasta Russell Square, a subir una escalera mecánica por primera vez, incapaz de entender el acento londinense, incapaz de descifrar, durante un año entero, el aviso del revisor cada vez que el convoy se ponía en marcha en una estación. Al igual que yo, Mala había abandonado su hogar para marchar muy lejos, sin saber dónde iba ni lo que encontraría allí, por la sola razón de ser mi mujer. Aunque me pareció extraño, supe que algún día su muerte me afectaría y, más extraño aún, que mi propia muerte la afectaría a ella. De algún modo, quise explicárselo a la señora Croft, todavía ocupada en escrutar a Mala de arriba abajo con lo que parecía un plácido desdén. Me pregunté si la señora Croft en su vida habría visto a una mujer vestida con sari, con un punto pintado en la frente y las muñecas cubiertas de brazaletes. Me pregunté cuáles eran sus objeciones. Me pregunté si se daba cuenta del tinte rojo aún visible en los pies de Mala, bajo el reborde del sari. Por fin, la señora Croft declaró en el mismo tono mezcla de incredulidad y alegría que yo conocía bien:

—¡Una dama perfecta!

Esta vez fui yo quien se echó a reír. Lo hice en tono apagado, de forma que la señora Croft no me oyó. Pero Mala sí me oyó; por primera vez, nos miramos el uno al otro y sonreímos.

* * *

Me gusta pensar en aquel momento en el salón de la señora Croft como el momento en el que el abismo existente entre Mala y yo comenzó a achicarse. Aunque todavía no estábamos verdaderamente enamorados, me gusta pensar en los meses que siguieron como en una especie de luna de miel. Juntos exploramos la ciudad y conocimos a otros bengalíes, algunos de los cuales siguen siendo nuestros amigos. Descubrimos que un hombre llamado Bill vendía pescado fresco en Prospect Street, y que había una tienda en Harvard Street llamada Cardullo's en la que se podían adquirir clavos y hojas de laurel. Por las tardes paseábamos hasta el río Charles para contemplar los barcos de vela en procesión sobre el agua o disfrutar de unos helados en Harvard Yard. Compramos una cámara Instamatic a fin de registrar nuestra común existencia, y fotografié a Mala frente al edificio Prudential para que tuviera imágenes que enviar a sus padres. Por la noche nos besábamos, al principio con timidez, luego con descaro, y descubríamos placer y solaz en los brazos del otro. Yo le hablaba de mi viaje en el SS Roma, de Finsbury Park y de las tardes pasadas sentado en la banqueta de la señora Croft. Cuando le contaba alguna historia referente a mi madre, Mala se echaba a llorar. Fue Mala quien me consoló el día que, repasando las páginas del Globe, me tropecé con la necrológica de la señora Croft. Llevaba varios meses sin pensar en ella —por entonces, aquellas seis semanas de verano se habían convertido en un remoto entreacto de mi pasado—, pero cuando supe de su muerte, me sentí muy afectado, tanto que cuando Mala levantó la cabeza del jersey que estaba tejiendo, me encontró con la mirada clavada en la pared, el periódico descuidado sobre el regazo, incapaz por completo de hablar. La de la señora Croft fue la primera muerte que me afectó en América, pues suya había sido la primera existencia que yo admirara aquí; por fin se había marchado de este mundo, vieja y solitaria, para no volver jamás.

En cuanto a mí, no he marchado demasiado lejos. Mala y yo vivimos en una ciudad situada a unos treinta kilómetros de Boston, en una calle arbolada muy parecida a la de la señora Croft, en una casa en propiedad, con un jardín que nos libera de comprar tomates en verano y una habitación para huéspedes. Ahora somos ciudadanos estadounidenses, de forma que tenemos derecho a pensión. Aunque de vez en cuando volvemos de visita a Calcuta, donde compramos más pijamas bordados y té de Darjeeling, hemos decidido envejecer aquí. Yo trabajo en la biblioteca de una pequeña universidad. Tenemos un hijo que estudia en Harvard. Mala ya no se ajusta el extremo del sari sobre la cabeza ni se echa a llorar cuando piensa en sus padres, pero sí llora a veces cuando echa de menos a su hijo. Entonces vamos en coche a Cambridge a visitarle, o le invitamos a casa un fin de semana, para que coma arroz con nosotros, a mano desnuda y sin cubiertos, y no se olvide de hablar bengalí, cosas que a veces nos preocupa que deje de hacer después de nuestra muerte.

Siempre que hacemos ese viaje, tengo por principio ir por Massachusetts Avenue, por muy mal que esté el tráfico. Aunque apenas reconozco ya los edificios, cada vez que estoy allí vuelvo a las seis semanas de aquel verano, como si hubieran tenido lugar ayer mismo, reduzco la marcha y señalo a mi hijo la calle de la señora Croft, explicándole que ahí tuve mi primer hogar en América, cuando viví con una mujer de 103 años de edad.

—¿Te acuerdas? —dice Mala con una sonrisa, tan sorprendida como yo de que una vez fuéramos extraños aquí.

Mi hijo siempre se muestra asombrado, no tanto en relación con los años de la señora Croft, sino por lo barato que me salía el alquiler, cosa que le resulta casi tan inconcebible como le resultara la bandera hincada en la Luna a una mujer nacida en 1866. En los ojos de mi hijo veo reflejada la ambición que una vez me llevase a cruzar medio mundo. Dentro de pocos años terminará sus estudios y se abrirá su propio camino en la vida, a solas y sin protección. Sin embargo, trato de no olvidar que todavía tiene un padre con vida, una madre que es fuerte y feliz. Cuando le veo desilusionado, le recuerdo que si yo logré sobrevivir en tres continentes distintos, no habrá obstáculo que él no pueda superar. Si bien los astronautas, héroes para siempre, apenas estuvieron unas horas en la Luna, yo llevo casi treinta años viviendo en este nuevo mundo. Sé que mis logros son bastante corrientes. No soy el único hombre que ha buscado la fortuna lejos de su hogar; ciertamente, no soy el primero. Con todo, en ocasiones me asombro de cada kilómetro que he recorrido, cada comida de la que he disfrutado, cada persona a quien he conocido, cada habitación en la que he dormido. Por corriente que resulte, a veces me parece que todo eso está más allá de mi imaginación.

FIN

* * *

notes

Notas a pie de página

1 Dimple: hoyuelo. Simple: sencilla, sin demasiadas luces. (N. del T.)

2 «Twinkle, twinkle, little star» es el estribillo de una conocida canción de cuna infantil. (N. del T.)

